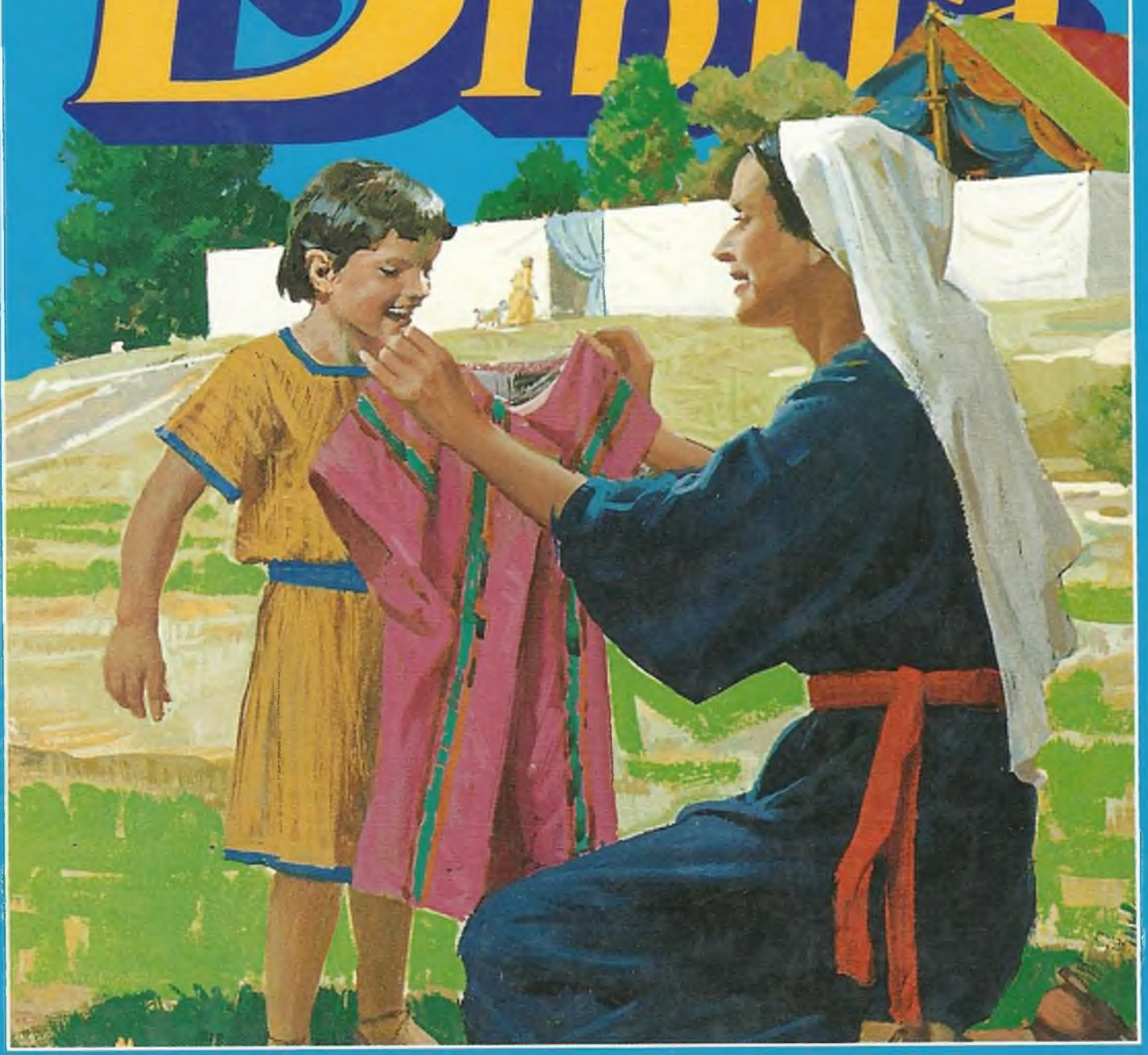
# Las Bellas Historias de la Biblia



ARTHUR S. MAXWELL

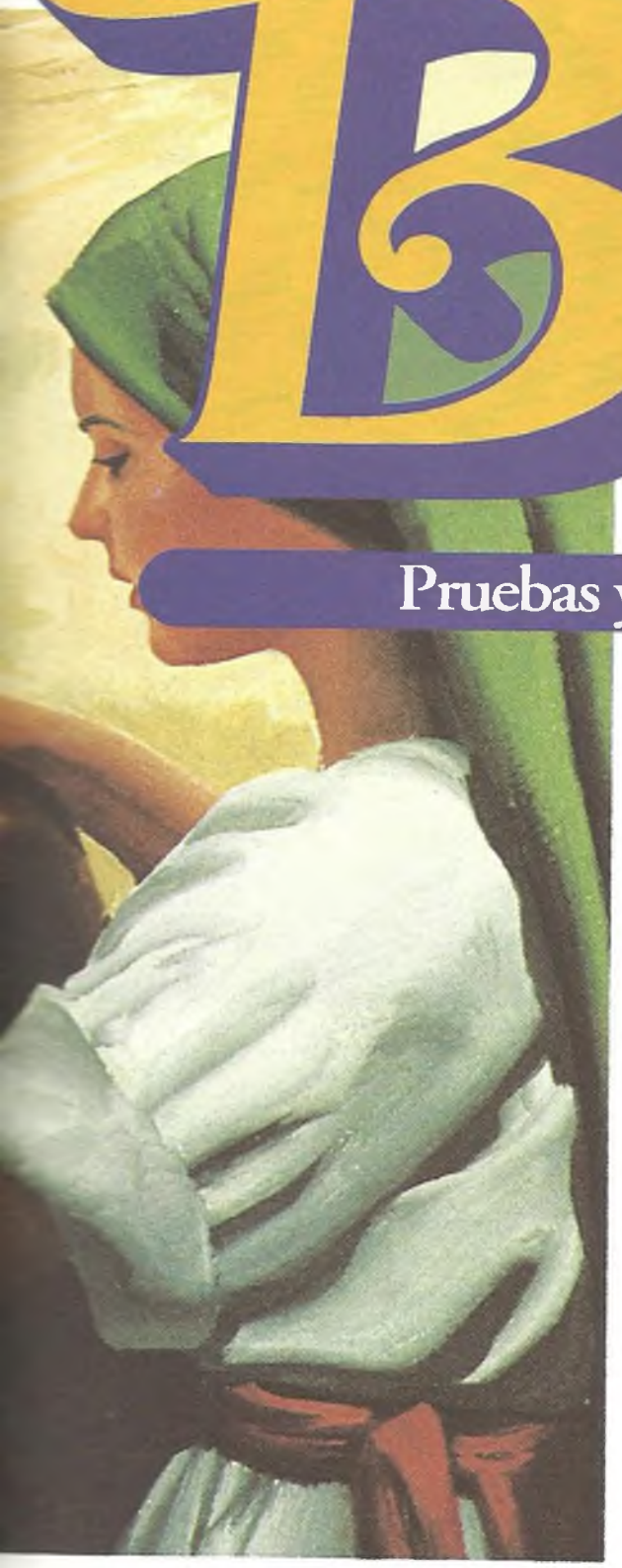
# Las Bellas Historias de la Biblia

# Pruebas y Triunfos

*(Desde la muerte de Nadab y Abiú hasta el ungimiento de David)*

TOMO III

# Las Bellas Historias de la Biblia



## Pruebas y Triunfos ◆ Tomo Tres

Por Arthuro S. Maxwell
Autor de *Mis historias favoritas*

Los pasajes bíblicos de esta obra han sido tomados literalmente de la Nueva Versión Internacional, que contiene un lenguaje claro y fresco que los niños de hoy comprenderán fácilmente.

Más de 400 historias en diez tomos que abarcan la Biblia entera, desde el Génesis hasta el Apocalipsis

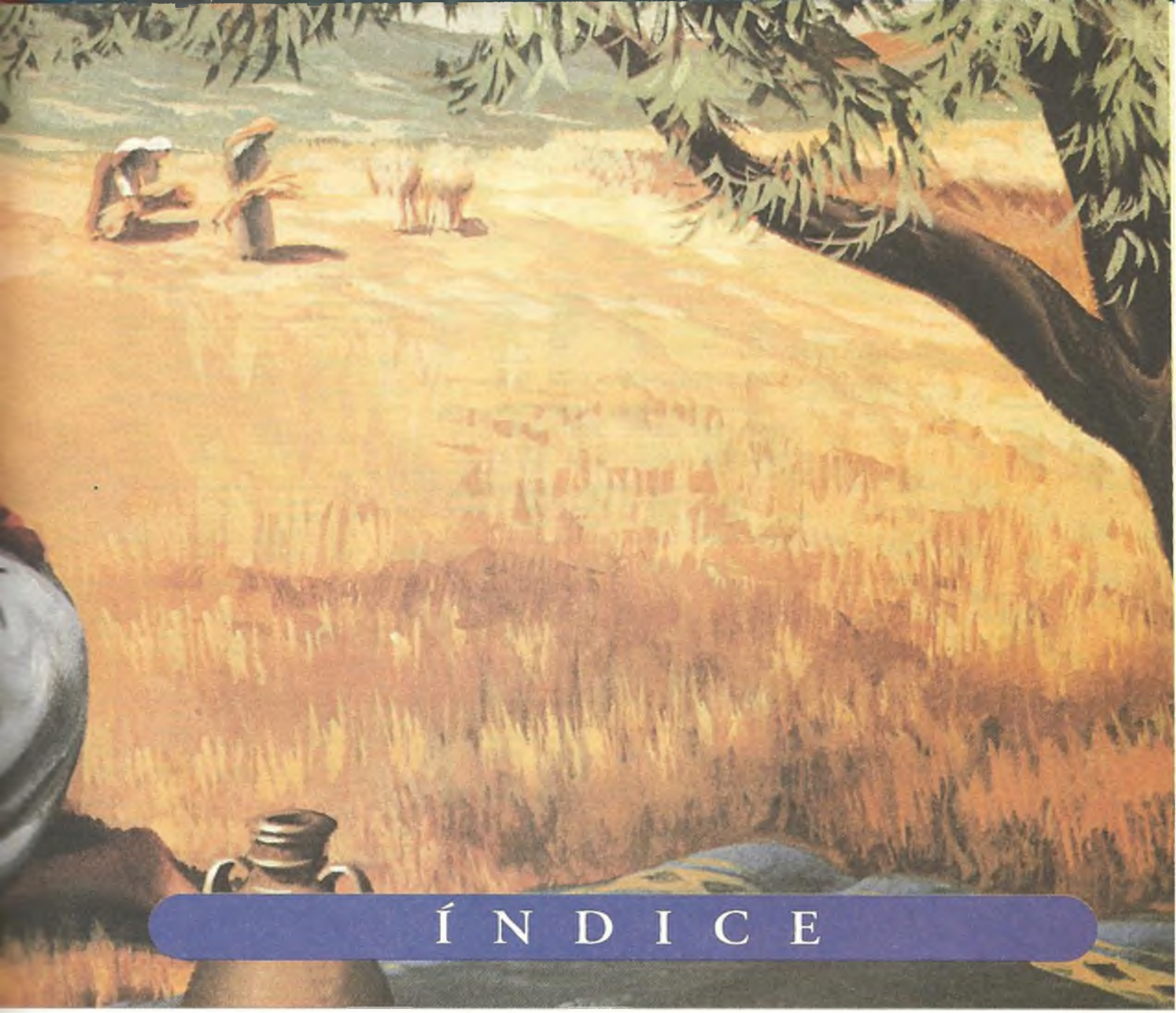
Mission Publications

Translation copyright, 2009, by Mission Publications. Illustrations copyright, 1994, by the Review and Herald Publishing Association. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de su contenido literario o pictórico debe ser reproducido sin permiso de los editores.

OFFSET IN KOREA

**En Canaán, tierra fértil y hermosa que Dios les había dado, los hijos de Israel se olvidaron de sus días de esclavitud en Egipto y de las privaciones que habían sufrido durante su peregrinación.**

ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN



# ÍNDICE

## Primera Parte: Historias de Israel en el Desierto

*Levítico 9:1 a Números 20:29*


1. Dos jóvenes irreverentes ..... 9
2. Dios y los rezongones ..... 13
3. Faltan dos hombres ..... 17
4. Dificultades en la familia ..... 21
5. Tan cerca, pero tan lejos ..... 26
6. La gran rebelión ..... 32
7. Flores en una vara ..... 38
8. Agua de una roca ..... 42
9. Una triste despedida ..... 47

## Segunda Parte: Historias de la Conquista de Canaán

*Números 21:1 a Josué 24:33*

1. La serpiente en el asta ..... 52
2. El asna que habló ..... 58
3. Cinco jovencitas hacen historia ..... 64
4. Un viaje solitario ..... 67
5. El cordón rojo ..... 74
6. El cruce del Jordán ..... 78
7. Aparece el capitán ..... 85
8. El grito que despedazó la ciudad ..... 88
9. El pecado enterrado ..... 92
10. Pan mohoso ..... 96
11. El sol se detiene ..... 99
12. Los últimos días de Josué ..... 102

## Tercera Parte: Historias de los Días de los Jueces

*Jueces 1:1 a Rut 4:22*

1. El lugar de los que lloran ..... 107
2. Días de inestabilidad ..... 110
3. Un ángel quema la cena ..... 115
4. El vellón húmedo-seco ..... 119
5. Trescientos héroes ..... 121
6. Una historia muy triste ..... 124
7. El niño muy deseado ..... 127
8. El hombre más fuerte que haya existido ..... 130
9. La niña que juntaba espigas ..... 137

## Cuarta Parte: Historias de Samuel y Saúl

*1 de Samuel 1:1 a 16:13*

1. Consagrado al Señor ..... 145
2. Una voz en medio de la noche ..... 149
3. El botín peligroso ..... 155
4. Una advertencia desatendida ..... 160
5. La elección del rey ..... 164
6. Saúl salva los ojos del pueblo ..... 170
7. El precio de la impaciencia ..... 174
8. El valiente joven príncipe ..... 177
9. Obediencia, no sacrificios ..... 182
10. Dios encuentra otro muchacho ..... 187

PRIMERA PARTE

*Historias de*

# Israel en el Desierto

*(Levítico 9:1 a Números 20:29)*

# Dos jóvenes irreverentes

*(Levítico 10:1-11)*

LUEGO de todo lo que sucedió ese día frente al tabernáculo, cuando Aarón y sus hijos fueron consagrados al sacerdocio, pensarías que estos cuatro jovencitos serían los últimos en meterse en problemas en el campamento.

¿No los había lavado Moisés mismo en presencia de todos? Los había vestido con ese ropaje hermoso y limpio. Nadab, Abiú y Eleazar habían colocado sus manos sobre el becerro y el carnero, confesando sus pecados. Y la sangre había sido colocada en sus orejas, en su pulgar derecho y el dedo gordo de sus pies.

¿Cómo podían haber experimentado todas esas ceremonias sin conocer su significado?

Y aunque por un momento se hubieran olvidado, cada vez que miraban a su padre, podían ver las palabras: "CONSAGRADO AL SEÑOR".

Lo sabían muy bien. Lo entendían. Moisés no podría haber dejado más en claro lo que Dios deseaba: que fueran los mejores jóvenes en el campamento, un ejemplo para todos los muchachos y las niñas que habían salido de Egipto.



← ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Aarón fue ordenado sumo sacerdote para servir al pueblo de Dios mientras viajaban hacia la tierra prometida, ayudado por sus cuatro hijos. Sus vestiduras eran hermosísimas.

Dios le había dado a Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar una maravillosa oportunidad. Cuanto más se piensa en ello, tanto más se ve cuán grande era esta ocasión, y cuánto esperaba Dios de ellos. Debían ser los líderes espirituales de los jóvenes de Israel. Debían ser jóvenes de un carácter tan perfecto y de una vida tan noble, que todos los muchachos y las niñas que los observaran, quisieran ser como ellos.

Pero ¿qué pasó con ellos?

Dos de ellos se emborracharon. No mucho después de la ceremonia de consagración.

No sé de dónde sacaron la bebida. Quizá había alguien en el campamento que tenía una prensa para exprimir uvas; pero ¿de dónde conseguían uvas? Alguien puede haber sabido como fermentar cereal y hacer cerveza, ¿de dónde obtenían el cereal? También puede haber sucedido que las bebidas alcohólicas habían sido traídas de Egipto, pero es difícil pensar que alguien la hubiera introducido de contrabando a través del Mar Rojo en aquella noche de la gran liberación. Todo lo que sabemos es que en el campamento había alcohol, y que Nadab y Abiú lo bebieron.

Es probable que a esos dos muchachos no les importara mucho el haber sido elegidos para trabajar en el santuario. Tal vez ni siquiera querían ser sacerdotes. Puede ser que participaron en toda esa larga ceremonia de consagración solo porque su padre y su tío se lo pidieron. Lo cierto es que el lavamiento que Moisés realizó no había limpiado su corazón, ni la sangre que fue aplicada a sus pies impidió que tomaran el mal camino.

Pero el pecado de usar bebidas alcohólicas no era nada en comparación con el delito que eso los llevó a cometer.

Como su cerebro estaba tan nublado y adormecido por las be-

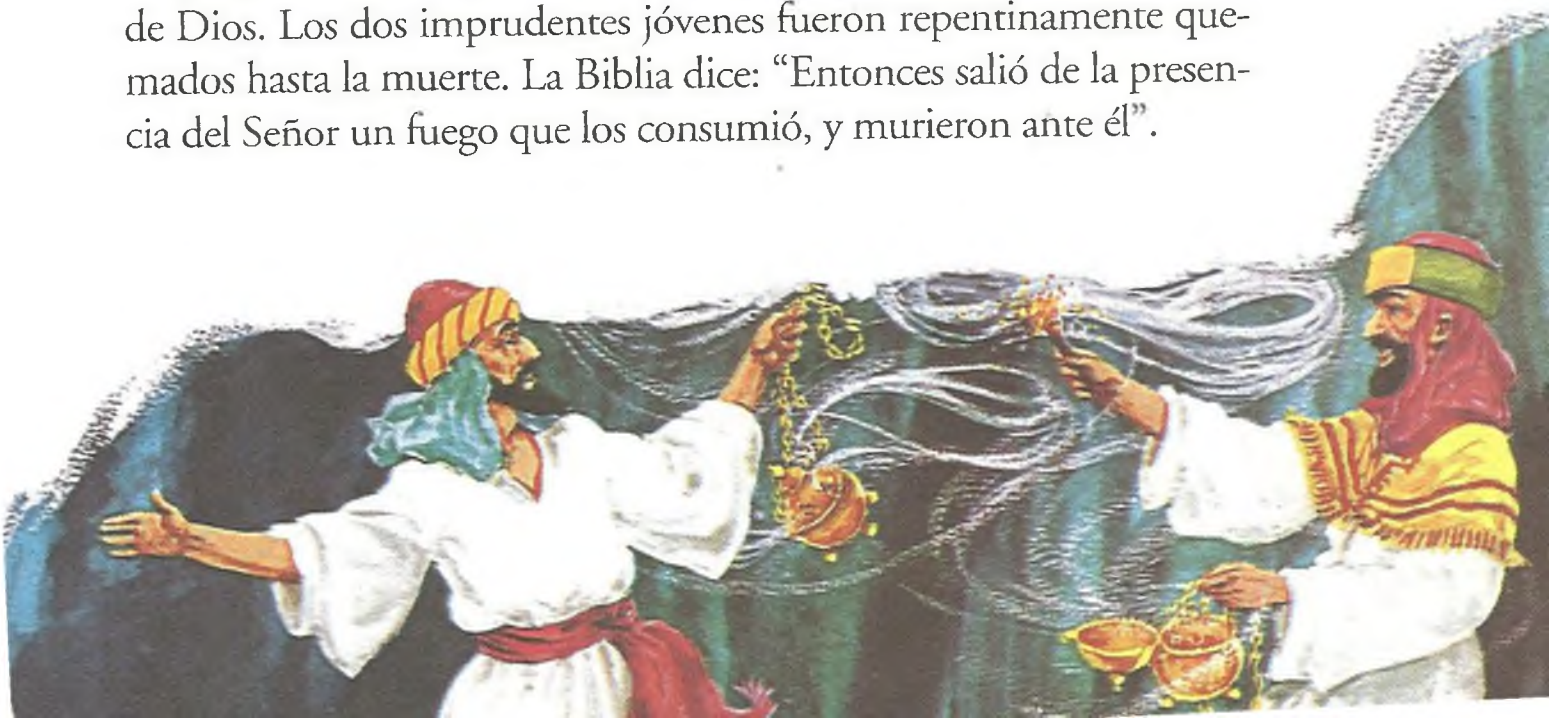
bidas alcohólicas, no pudieron diferenciar el bien del mal, y trataron con liviandad sus deberes sagrados. Se preguntaron por qué debían prender sus incensarios en el altar de oro, del incienso, que estaba en el tabernáculo. ¿Por qué no podían encenderlos en cualquier otro lugar que quisieran? ¿Cuál sería el problema si ellos mismos los encendieran?

Así, "Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario y, poniendo en ellos fuego e incienso, ofrecieron ante el Señor un fuego que no tenían por qué ofrecer, pues él no se lo había mandado".

Es probable que los dos muchachos hayan caminado tambaleándose por el tabernáculo, moviendo sus incensarios irreverentemente, sin pensar en el significado sagrado de lo que debían estar haciendo en ese momento. Nunca sabremos con exactitud lo que hicieron, pero a Dios le desagradó muchísimo su conducta. No solamente lo habían desobedecido, sino que habían tratado las cosas sagradas y santas como si fueran comunes. Aunque el Señor los había honrado por encima de todos los jóvenes del campamento y había confiado en ellos, Nadab y Abiú le habían fallado.

Dios no podía permitir que una conducta tan provocativa quedara sin reprensión.

Y así, mientras Nada y Abiú estaban en el tabernáculo con "un fuego que no tenían por qué ofrecer", una llamarada de luz provino de Dios. Los dos imprudentes jóvenes fueron repentinamente quemados hasta la muerte. La Biblia dice: "Entonces salió de la presencia del Señor un fuego que los consumió, y murieron ante él".



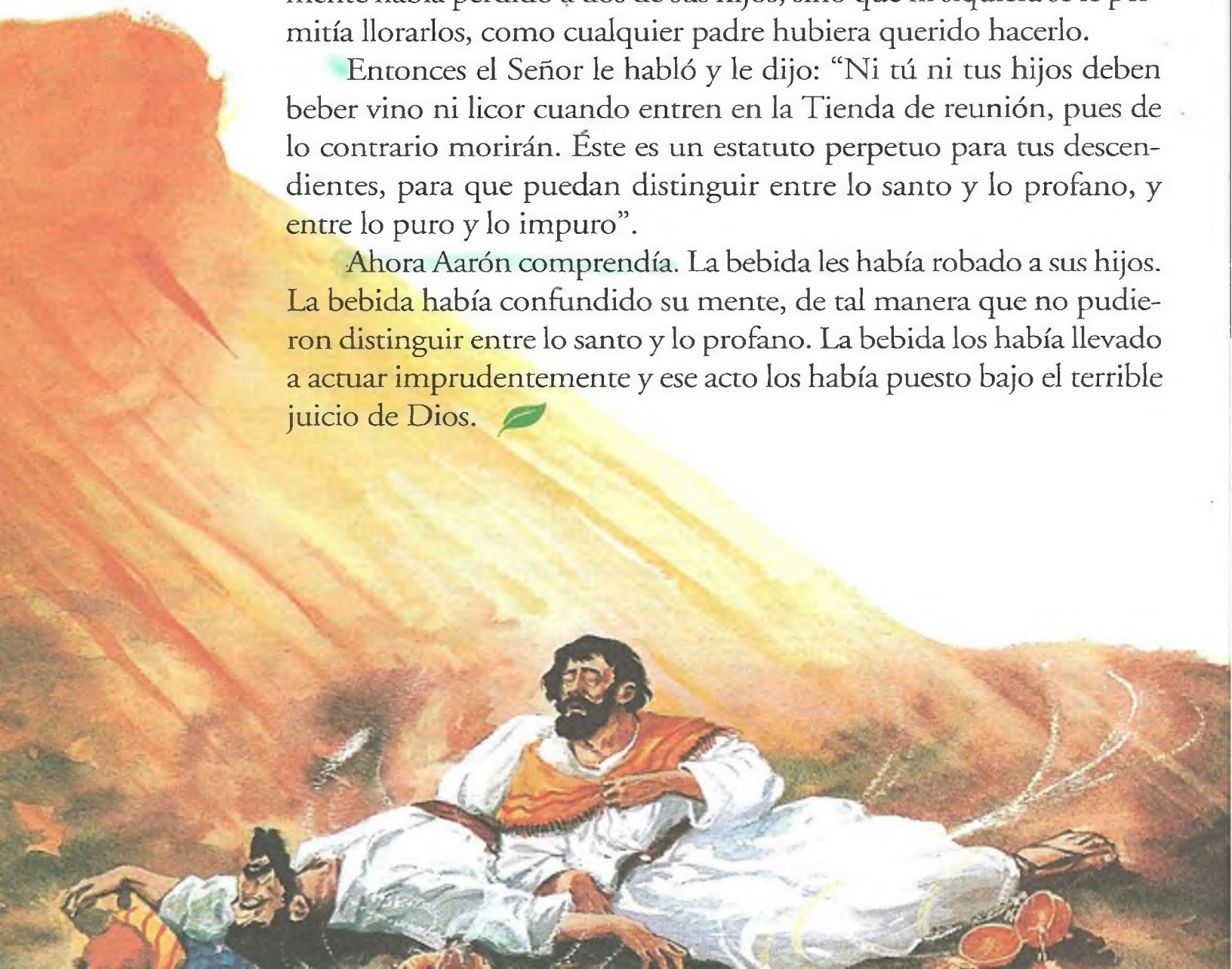
Las noticias conmovedoras pronto se esparcieron por el campamento. La gente quedó sorprendida al pensar que dos de los que acababan de ser consagrados al sacerdocio habían sido tan imprudentes.

Como se trataba de los hijos de Aarón, todo el mundo esperaba que se hiciera un gran sepelio. Pero no hubo ninguna ceremonia. Moisés no lo permitió. En cambio, pidió a dos de los primos de los hombres que transportaran los cuerpos fuera del campamento y los enterraran. Moisés incluso les dijo a Aarón y sus otros hijos que no debían llorar por ellos ni mostrar, de alguna manera, que no estaban de acuerdo con el juicio de Dios.

Eso debe haberle parecido muy duro a Aarón, porque no solamente había perdido a dos de sus hijos, sino que ni siquiera se le permitía llorarlos, como cualquier padre hubiera querido hacerlo.

Entonces el Señor le habló y le dijo: "Ni tú ni tus hijos deben beber vino ni licor cuando entren en la Tienda de reunión, pues de lo contrario morirán. Éste es un estatuto perpetuo para tus descendientes, para que puedan distinguir entre lo santo y lo profano, y entre lo puro y lo impuro".

Ahora Aarón comprendía. La bebida les había robado a sus hijos. La bebida había confundido su mente, de tal manera que no pudieron distinguir entre lo santo y lo profano. La bebida los había llevado a actuar imprudentemente y ese acto los había puesto bajo el terrible juicio de Dios.



# Dios y los rezongones

*(Números 10:11 a 11:15; 11:31-34)*

POCO tiempo después de la muerte de Nadab y Abiú, alguien se dio cuenta de que la nube que se había posado sobre el tabernáculo durante las últimas siete semanas parecía estar moviéndose de nuevo. La noticia se esparció con rapidez por el campamento.

"¡La nube! ¡Miren la nube! ¡Se está moviendo!".

Y así era. Y se estaba moviendo hacia la tierra prometida. ¡Qué entusiasmo! ¡Por fin iban a salir del Sinaí! ¡Dentro de poco estarían en Canaán! Parecía demasiado bueno para ser verdad.

Con empeño, el pueblo empaquetó sus cosas y dobló sus tiendas, preparándose para el viaje. Se juntaron las vacas y las ovejas, y se pusieron los arreos sobre los bueyes.

Los levitas comenzaron a desarmar el tabernáculo, y a enrollar las grandes cortinas, cubriendo el precioso mobiliario con telas que habían sido preparadas con ese propósito. Pronto, todo el pueblo se hallaba en marcha.

El viaje duró tres días. Una vez más, la nube se detuvo, los levitas volvieron a armar de nuevo el tabernáculo, y las doce tribus acam-

paron alrededor de él. Al principio, el pueblo se hallaba muy feliz, más de lo que jamás había estado desde aquella noche maravillosa en que había salido de Egipto. Todos veían que por fin estaban avanzando. Pronto llegarían a Canaán, la tierra de sus sueños.

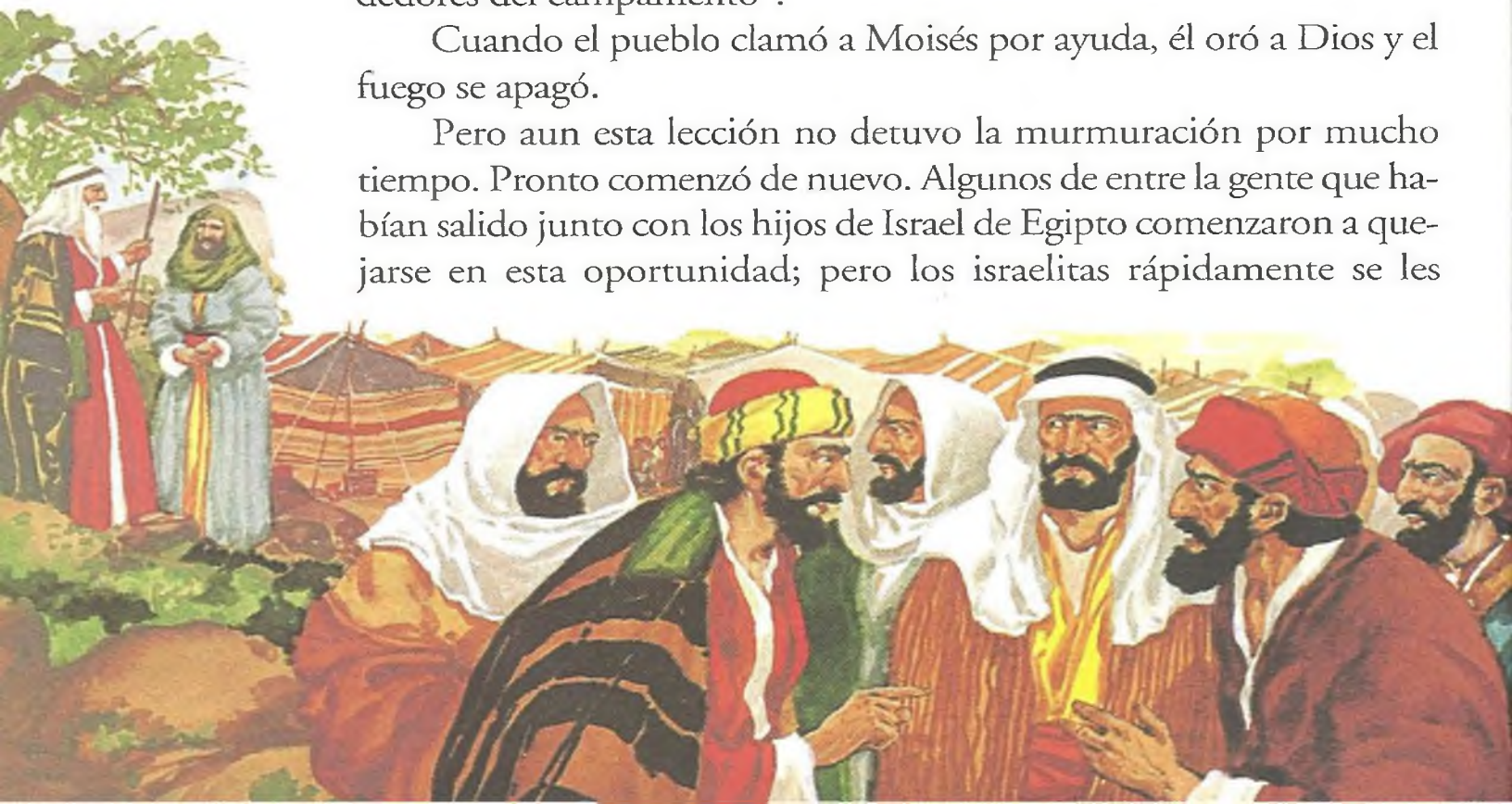
Eso era lo que pensaban, pero no sería así. Todavía no estaban listos para entrar en Canaán. Había muchas lecciones aún que debían aprender. Habían visto el milagro de Dios en el Mar Rojo. Habían escuchado su voz desde el monte Sinaí. Habían comido su maná diariamente durante muchos meses, pero no lo amaban de verdad. Su fe en él era todavía muy débil.

No habían permanecido muchos días en el nuevo campamento cuando de nuevo comenzaron a oírse murmuraciones entre ellos. Algunos se quejaban de una cosa, otros de otra. A algunos no les gustaba el horrible desierto en el que se encontraban, y querían volver otra vez al Sinaí. Otros lamentaban que no hubiera suficiente pasto para su ganado. Otros decían que tenían que caminar mucho para encontrar agua.

"Un día, el pueblo se quejó de sus penalidades que estaba sufriendo. Al oírlos el Señor, ardió en ira y su fuego consumió los alrededores del campamento".

Cuando el pueblo clamó a Moisés por ayuda, él oró a Dios y el fuego se apagó.

Pero aun esta lección no detuvo la murmuración por mucho tiempo. Pronto comenzó de nuevo. Algunos de entre la gente que habían salido junto con los hijos de Israel de Egipto comenzaron a quejarse en esta oportunidad; pero los israelitas rápidamente se les



unieron. Ahora, el motivo era la alimentación. Estaban cansados del maná y deseaban carne.

"¡Quién nos diera carne! ¡Cómo echamos de menos el pescado que comíamos gratis en Egipto! ¡También comíamos pepinos y melones, y puerros, cebollas y ajos! Pero ahora, tenemos reseca la garganta; ¡y no vemos nada que no sea este maná!"

Había un tono despectivo en sus voces cuando se referían al maná, y a Dios no le agradó esa actitud. Y le complació aún menos el que todos empezaran a llorar, "cada uno a la entrada de su tienda".

¡Pobre pueblo insensato! Se acordaba de todas las cosas buenas que había tenido para comer en Egipto, pero se olvidaba de la esclavitud que había soportado, de los capataces, de los golpes y castigos, y del trabajo duro. Sí, y se había olvidado de todo lo que Dios había hecho en su favor durante los catorce meses de libertad que había gozado.

Una vez más Moisés se dirigió a Dios en procura de ayuda:

–"Todo este pueblo viene llorando a pedirme carne –exclamó–. ¿De dónde voy a sacarla?"

Dio le dijo que no se afligiera. Él haría que el pueblo tuviera carne, y que esa carne alcanzara para todo un mes.

–"Me encuentro en medio de un ejército de seiscientos mil hombres, ¿y tú hablas de darles carne todo un mes? –preguntó Moisés–. Aunque se les degollaran rebaños y manadas completas, ¿les alcanzaría? Y aunque se les pescaran todos los peces del mar, ¿eso les bastaría?"

–"¿Acaso el poder del Señor es limitado? ¡Pues ahora verás si te cumplo o no mi palabra!" –fue la respuesta del Señor.

Moisés debió haber recordado también cómo Dios lo había ayu-

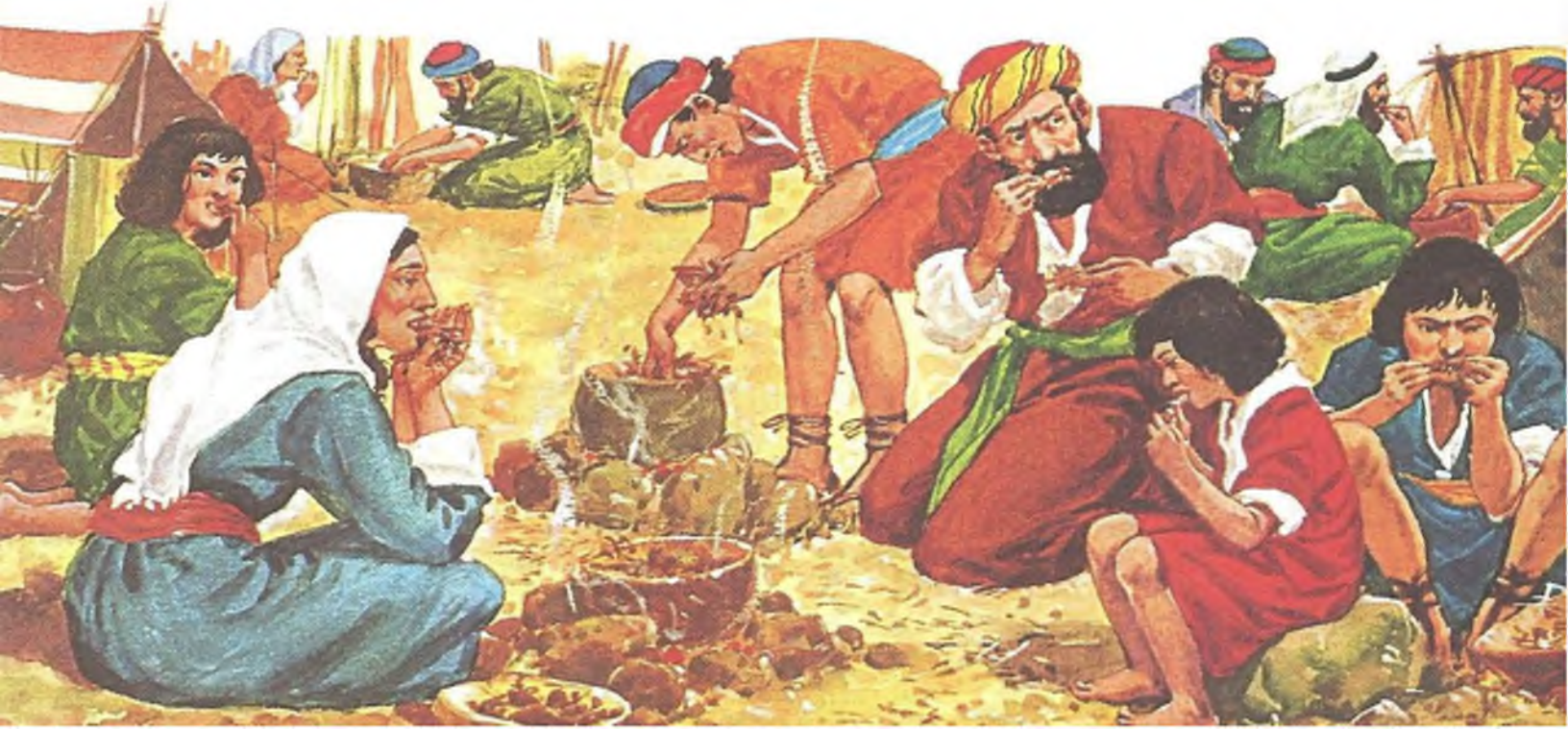
dado a salir de una situación difícil semejante a esta en una ocasión anterior, poco tiempo después de salir de Egipto.

Al día siguiente, el viento comenzó a soplar del lado del Mar Rojo, y con él también vinieron las codornices de nuevo, solo que en esta ocasión en incontables millares. El aire estaba repleto de ellas. Volaban muy bajo –"a una altura de casi un metro"– y, cuando pasaban, las personas las golpeaban con palos o las atrapaban con sus propias manos. Hombres, mujeres, niños y niñas, todos recolectaron montones de ellas.

¡Qué fiesta! Habían clamado por carne; ahora la tenían, y podrían comerla. Durante días y días no comieron otra cosa que codornices: por la mañana, a mediodía y por la noche. No se molestaron por juntar maná, sino que consumían solo codorniz. Y comieron carne hasta que se sintieron enfermos aun de verla.

Muchos comieron tanto, que enfermaron de veras. Se declaró una epidemia. Cientos de personas murieron como resultado de la gula y por intoxicación alimenticia. Cada día había más y más funerales.

Tantas personas murieron, que al lugar de esa primera etapa camino a Canaán se le dio un nuevo nombre: Quibrot Hatavá. Es un nombre largo, pero vale la pena recordarlo. Significa "sepultura de la glotonería", porque allí recibieron sepultura las personas dominadas por la gula y la codicia.



# Faltan dos hombres

*(Números 11:16-30)*

LAS quejas y las murmuraciones sin fin eran demasiado para Moisés. Y con razón. El trabajo de conducir a un millón de hombres, mujeres y niños a través de un desierto caluroso y seco, era de por sí una tarea difícil, sin añadirle todas las críticas.

Cuando Moisés oró a Dios acerca de este asunto, el Señor le dijo que eligiera setenta de los mejores hombres de Israel y formara un consejo que compartiera buen parte de la responsabilidad. Así, él no cargaría con toda la culpa cuando las cosas parecían ir mal.

Jetro, su suegro, le había dicho una vez lo mismo, y en aquel tiempo Moisés había nombrado dirigentes de mil, de cien, de cincuenta y de diez. Pero aún así se estaba matando con el trabajo y las preocupaciones.

–"Tráeme a setenta ancianos de Israel, y asegúrate de que sean ancianos y gobernantes del pueblo –le dijo Dios–. Llévalos a la Tienda de reunión, y haz que esperen allí contigo".

Obedientemente, Moisés hizo entonces una lista de los me-

jores hombres que él conocía en el campamento. Les mandó a avisar que se encontraran con él a la puerta del tabernáculo. Extrañamente, solo vinieron sesenta y ocho. Cuando pasó lista, faltaban dos: Eldad y Medad. Los nombres sugieren que tal vez se trate de hermanos, probablemente mellizos.

La Biblia no dice por qué no vinieron cuando Moisés los llamó. Claro que no se debía a que fueran rebeldes u obstinados, o algo por el estilo. Si lo hubieran sido, Moisés nunca los habría elegido para ser miembros del nuevo concilio de Israel. Tal vez estaban realizando alguna buena acción en favor de alguien, y no podían dejarla, o probablemente no se sintieron dignos del honor que Moisés les había ofrecido.

El hecho es que no llegaron y que Moisés tuvo que seguir adelante sin ellos. Ubicó a los sesenta y ocho dirigentes "alrededor de la Tienda de reunión" y esperó que Dios obrara.

De repente, la columna de nube descendió muy cerca de todos ellos, tan cerca que podían oír a Dios hablándole a Moisés. Entonces, ocurrió algo realmente admirable. El Espíritu de Dios descendió sobre todos ellos, y "se pusieron a profetizar". Debió haber sido algo similar a lo que ocurrió unos quince siglos más tarde en el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos y comenzaron a hablar acerca de las

cosas maravillosas de Dios.

Ahora podemos ver por qué Moisés había ubicado a los sesenta y ocho hombres "alrededor de la Tienda de reunión". Si hubieran estado en un solo grupo todos juntos, y hubieran empezado a hablar al mismo tiempo, habría ocurrido una gran confusión; pero ahora cada hombre tenía su propio auditorio. Y mientras los israelitas que se habían juntado alrededor del tabernáculo escuchaban las cosas hermosas que decían los hombres, estaban impresionados de que Moisés hubiera elegido verdaderos hombres de Dios para ser sus líderes espirituales.

En medio de toda la agitación, un joven se abrió paso entre la multitud y vino corriendo hacia Moisés, mientras exclamaba:

–"¡Eldad y Medad están profetizando dentro del campamento!"

De esta manera, Dios no había olvidado a los dos hombres que faltaban, aun cuando no habían podido llegar a la reunión frente al tabernáculo por alguna justa razón. Él había puesto su Espíritu sobre ellos también, lo que prueba que ambos deben haber sido hombres muy buenos.

Pero a Josué no le gustaba lo que estaba ocurriendo.

–"¡Moisés, señor mío, deténlos!" –exclamó.

Tenía miedo de que, si otras personas comenzaban a profetizar en el campo, despojarían a Moisés de parte de su poder y autoridad.

Pero a Moisés no le preocupaba:

–"¿Estás celoso por mí? –dijo–. ¡Cómo quisiera que todo el pueblo del Señor profetizara, y que el Señor pusiera su Espíritu en todos ellos!"

Moisés no se sentía celoso en lo más mínimo de que otras personas estuvieran haciendo las cosas que él había estado realizando solo hasta ese momento. Estaba listo para compartir la gloria de la dirección, si esa era la voluntad de Dios. ¿Por qué debía preocuparse de que Eldad y Meldad estuvieran profetizando en el campo? Habría setenta personas que desde ese momento lo estarían haciendo, y él hubiera querido que todos los israelitas merecieran ese honor.

Las palabras de Moisés –"¡Cómo quisiera que todo el pueblo del Señor profetizara!"– se hallan entre las más hermosas de la Biblia. Todos debemos tratar de recordarlas. Pues la disposición a compartir las alegrías y las recompensas del liderazgo es una señal de verdadera nobleza. Solo las personas pequeñas y egoístas tratan de guardarse para sí las mejores cosas, los primeros lugares, los mayores honores.

# Dificultades en la familia

*(Números 12)*

UN antiguo refrán afirma: "Sobre llovido, mojado". Así debió haber pensado Moisés cuando, muy poco tiempo después que la gente había murmurado acerca de la alimentación, se enteró de que su propio hermano y su hermana se estaban quejando él.

Eso debió haberle dolido, porque amaba mucho a Aarón y a Miriam. Miriam era su hermana mayor, que lo había vigilado cuando, siendo un bebé, había sido colocado en la cesta entre los juncos de la orilla del Nilo. Una vez, Aarón había recorrido todo el camino desde Egipto hasta el monte Sinaí para verlo. Los tres habían trabajado, sufrido y orado juntos para sacar a Israel de Egipto.

¿Qué los incomodaba? Estaban portándose como dos niños traviesos, en lugar de proceder como dos adultos maduros.

En primer lugar, estaban burlándose de Moisés con respecto a su esposa. Como era madianita y morena, decían que era etíope; es decir, cusita. Indudablemente habían dicho eso muchas veces en broma; pero ahora lo afirmaban en forma tan

mordaz, que desagradaba a Moisés.

Además decían: "¿Acaso no ha hablado el Señor con otro que no sea Moisés? ¿No nos ha hablado también a nosotros?"

¡Ah! ¡Ese era el problema! Estaban celosos de algo.

Moisés se preguntaba qué podría ser. ¿Querían ellos su puesto? ¿Estaban cansados de que él fuera el jefe?

Entonces recordó. ¡Era evidente! Así como Josué, se sentían descontentos por el nombramiento de los setenta ancianos y de que el Espíritu de Dios hubiera descendido sobre ellos. Temían no ser tan importantes en el campamento desde ese momento. Moisés, pensaban ellos, debió haberlos consultado antes de hacerlo.

¡Esto era terrible! Si Aarón y María comenzaban a murmurar como los demás, era señal de que las cosas estaban yendo mal. ¿Qué podía hacerse al respecto?

No había nada que Moisés pudiera hacer. Al nombrar a los setenta ancianos, él solo había hecho lo que Dios le había ordenado; y en cuanto a que ellos recibieran el Espíritu Santo, seguramente que él no era responsable. Y Moisés no era la clase de persona que se defendería a sí mismo. La Biblia dice que "Moisés era muy humilde, más humilde que cualquier otro sobre la tierra".

Aquella era una situación en la que Dios debía intervenir. Y él tendría que decidir el asunto de una manera clara, a fin de que no hubiera más malos entendidos. Así, mientras los tres estaban conversando entre ellos con cierto entusiasmo, tal vez en la tienda de Moisés, "de pronto el Señor les dijo a Moisés, Aarón y Miriam: 'Salgan los tres de la Tienda de reunión'".

Esta era una orden.

Fueron, preguntándose sin duda qué había de ocurrir después. Al llegar al tabernáculo, vieron la columna de nube descendiendo con lentitud, hasta que los tres parecieron estar encerrados con Dios, por así decirlo. Entonces el Señor habló.

"Llamó a Aarón y a Miriam, y cuando ambos se acercaron, el Señor les dijo:

–"Escuchen lo que voy a decirles: 'Cuando un profeta del Señor se levanta entre ustedes, yo le hablo en visiones y me revelo a él en sueños. Pero esto no ocurre así con mi siervo Moisés, porque en toda mi casa él es mi hombre de confianza. Con él hablo cara a cara, claramente y sin enigmas. Él contempla la

imagen del Señor. ¿Cómo se atreven a murmurar contra mi siervo Moisés?'"

Aarón y Miriam estaban silenciosos y con temor, porque era evidente que Dios se hallaba muy disgustado con ellos por lo que habían dicho a su hermano. Esperaron para ver si Dios hablaba de nuevo, pero no lo hizo. Entonces, la nube se elevó, y los tres se hallaron juntos bajo el sol radiante del desierto.

De repente Miriam dejó escapar un grito.

–"¡Mírenme! –exclamó–. ¡Mírenme! ¡Estoy leprosa!"

–"Cuando Aarón se volvió hacia ella, vio que tenía una enfermedad infecciosa".

Esta era una cosa terrible que le ocurriera a alguien, porque en aquellos días la lepra era considerada una enfermedad muy contagiosa. Todo el que la contraía, de inmediato debía de ser puesto fuera del campamento.

Fue un momento muy conmovedor. Miriam, completamente quebrantada, derramaba en lágrimas su corazón frente a su terrible castigo. Aarón, enfermo de angustia y muy arrepentido, clamaba por perdón para sí mismo y para su hermana. Y

Moisés, a quien Miriam había herido más que a ninguna otra persona con sus amargas quejas, estaba de rodillas, implorando a Dios que la sanara.

Quizá nunca, en toda la historia, se haya visto una escena familiar tan penosa. Y Dios lo estaba observando todo. Su amoroso corazón se hallaba profundamente conmovido. Oyó la oración de Moisés. Miriam fue sanada. Pero para que no olvidara su lección, el Señor ordenó que fuera llevada lejos del campamento durante siete días, como todos los demás que tenían lepra. Luego podría regresar, y todo volvería otra vez a la normalidad.

Así, la pobre Miriam fue conducida hasta el fin del campamento y colocada fuera. Indudablemente, Moisés y Aarón la acompañaron para consolarla y para despedirla. Y estoy seguro de que ellos fueron hasta el mismo lugar una semana más tarde para darle la bienvenida con los brazos abiertos.

# Tan cerca, pero tan lejos

*(Números 13:1 a 14:35)*

¿SABES cuánta distancia hay desde el monte Sinaí hasta el límite de Canaán? ¡Menos de 240 kilómetros! Si hubieran podido avanzar por una buena carretera moderna que atravesara el desierto en aquellos días –que no existía– y si Israel hubiera tenido unos pocos cientos de camiones –que no poseían–, podrían haber hecho ese viaje en cuatro o cinco horas.

Aun al ritmo en que iban –avanzando tan solo al paso del más pequeño cordero, o del niño de menos años, o del burro más obstinado–, la caravana estaba a solo once días de camino.

De manera que no pudo haber transcurrido mucho tiempo desde que se presentó el problema de las codornices, y la dificultad incluso peor entre Moisés, Aarón y Miriam, hasta el momento en que se acercaron a la tierra de sus sueños. Allí, por fin, precisamente unos quince meses después de su gran liberación de Egipto, observaron por primera vez las verdes colinas y los fértiles valles de su futuro hogar.

¡Cuán entusiasmados se sentían todos! Puedo imaginarme a las madres abrazando a sus hijos, gozosas con solo pensar que los

días difíciles del desierto, con todo su calor, su sed y su cansancio, terminarían pronto. Los muchachos y las niñas gritaban de alegría al observar la tierra donde "abundan la leche y la miel", de la que habían oído hablar a sus padres. ¡Imagina! ¡Toda la leche que podían beber! ¡Toda la miel que quisieran comer! ¡Qué país debía ser ese!

Entonces, llegó la orden de que todos permanecieran en el campamento mientras 12 hombres, uno de cada tribu, se adelantarían a explorar el país, a fin de descubrir qué se debía hacer para tomar posesión de él.

Estos hombres debían recorrer toda la región para investigar cuánta gente vivía allí, cuán sólidamente estaban fortificadas las ciudades, qué clase de alimento cultivaban y si había árboles para construcción.

Era un gran honor ser escogido para esa misión. Cada tribu envió a su mejor hombre, un líder en Israel. De ellos dependía mucho, ¡más de lo que se imaginaban!

La tribu de Judá enviado a Caleb, y la tribu de Efraín a Josué. Había otros 10, cuyos nombres no menciona la Biblia ni

nadie recuerda hoy.

Cuando los 12 se dispusieron a partir, muchos fueron a decirle adió y expresarle buenos deseos. Entonces, cuando el último había desaparecido de la vista, el resto regresó a sus tiendas para esperar el regreso de los espías.

Pasó una semana. Dos semanas. Tres semanas. Ni una noticia. ¿Qué podría haber ocurrido? Los 12 hombres, ¿habían sido muertos por los cananitas? Cuatro semanas. Cinco semanas... ¡Cuán largo parecía el tiempo de espera! Por fin, cuarenta días después de haber salido, regresaron.

Todos venían cargados con varias clases de frutas. ¡Y cuán buenas deben haberles parecido a quienes habían vivido durante tanto tiempo en el desierto! Pero lo que llamó la atención de todos fue un enorme racimo de uvas, tan grande, que se necesitaban dos hombres para llevarlo. Si este era el producto de Canaán, ¡qué maravilloso debía ser!

Los espías dijeron que nunca habían visto un país semejante.

—"Fuimos al país al que nos enviaste, ¡y por cierto que allí abundan la leche y la miel! Aquí pueden ver sus frutos".

Las personas escuchaban tan felices, que lucían una sonrisa de oreja a oreja. Todos querían ir inmediatamente a Canaán.

Entonces aparecieron las malas noticias:

—"Pero el pueblo que allí habita es poderoso, y sus ciudades son enormes y están fortificadas. Hasta vimos anaquitas allí".

Cuando algunos de los espías continuaron diciendo cuán fuerte era el pueblo de Canaán y cuán difícil sería quitarles la tierra, el corazón de los israelitas desfalleció. Fue un golpe muy duro para ellos.



← ILUSTRACIÓN DE FRANCISCO FORD

**Los doce espías enviados para reconocer la tierra de Canaán, volvieron después de un tiempo, trayendo consigo hermosas muestras de los frutos de ese país. Esto regocijó a la gente.**

Creían que todo sería fácil, así como había caído el maná y como el viento había traído las codornices. Pero esto era terrible. Nuevamente comenzaron a murmurar y a quejarse.

Sin embargo, "Caleb hizo callar al pueblo ante Moisés, y dijo:

–"Subamos a conquistar esa tierra. Estoy seguro de que podremos hacerlo".

Esa era una declaración valiente en un momento como ese, porque todos los demás –o casi todos– estaban contra él. Los otros 10 espías clamaron:

"–No podremos combatir contra esa gente. ¡Son más fuertes que nosotros!"

Eran 2 contra 10, y el pueblo creyó a los 10. Sus esperanzas se desvanecieron y se entregaron a la desesperación. "Aquella noche toda la comunidad israelita se puso a gritar y a llorar".

A la mañana siguiente todos estaban de mal humor, furiosos contra Moisés y contra Dios, y completamente rebelados.

–"¡Cómo quisiéramos haber muerto en Egipto! ¡Más nos val-

dría morir en este desierto! –exclamaron.

Y algunos hasta llegaron a decir:

–"¡Escojamos un cabecilla que nos lleve a Egipto!"

La frustración que sufrieron era más de lo que podían soportar. Pero en ese momento, Caleb y Josué se pusieron en pie delante de la multitud enfurecida y exclamaron:

–"La tierra que recorrimos y exploramos es increíblemente buena. Si el Señor se agrada de nosotros, nos hará entrar en ella. ¡Nos va a dar una tierra donde abundan la leche y la miel!"

–¡Apedréenlos! ¡Apedréenlos! –gritó entonces el pueblo.

Pero no se arrojó una sola piedra. Repentinamente, la gloria del Señor apareció en el tabernáculo y la enfurecida muchedumbre enmudeció. Israel aguardó, avergonzado y atemorizado, para escuchar lo que Dios iba a decir.

No tuvieron que esperar mucho tiempo. Pero cuando Dios habló, se dieron cuenta de su terrible equivocación.

Habían dicho que deseaban haber muerto en el desierto. Muy bien, dijo el Señor, tendrán lo que desean.

–"Aunque vieron mi gloria y las maravillas que hice en Egipto y en el desierto, ninguno de los que me desobedecieron y me pusieron a prueba repetidas veces verá jamás la tierra que, bajo juramento, prometí dar a sus padres. ¡Ninguno de los que me despreciaron la verá jamás! En este desierto perecerán. ¡Morirán aquí mismo!"

¡De vuelta al desierto! ¡Se quedarían fuera de Canaán para siempre! ¡Qué aflicción! ¡Qué precio terrible debían pagar por no haber confiado en Dios!

# La gran rebelión

*(Números 14:36-45; 16)*

PUEDES imaginarte cómo se sintió el pueblo. Se deben haber sentido desanimados y sin esperanza. Casi puedo oír a los niños preguntar a sus madres:

–¿No vamos a comer leche y miel hoy?

–No, queridos, hoy no –respondieron las madres muy abatidas–, ni tampoco por muchos, muchos días.

Entonces los niños también lloraron.

Algunos de los hombres subieron a la cima de la montaña para contemplar nuevamente la tierra que habían soñado durante tanto tiempo. Desde allí la veían tan cerca, que les daba lástima abandonarla y volver al desierto.

–Aquí estamos –se dijeron unos a otros–, e iremos a la tierra que el Señor nos ha prometido.

Pero era demasiado tarde. Moisés se enteró del plan que tenían y les dijo que no lo intentaran.

–"¿Por qué han vuelto a desobedecer la orden del Señor? –les dijo–. ¡Esto no les va a dar resultado! Si suben, los derrotarán sus enemigos, porque el Señor no está entre ustedes. Tendrán que enfren-

tarse a los amalecitas y a los cananeos, que los matarán a filo de espada".

Pero fueron igual. y no les resultó bien. Cruzaron la frontera cantando y gritando para darse ánimo. Pero no lograron apoderarse ni siquiera de la primera colina, porque los habitantes del lugar vinieron y los echaron.

Cuando esos hombres volvieron al campamento aquella noche, estaban muy tristes, porque sabían que era inútil tratar de entrar en Canaán. Su última esperanza se había esfumado.

Pronto, casi todo el campamento estaba enfurecido contra Moisés. ¿Por qué tenían de escuchar a ese viejo? ¡Lo había arruinado todo! Le había llevado 15 meses para un viaje que debería haber finalizado en dos semanas. Y ahora que habían llegado finalmente a los límites de Canaán, quería que volvieran al espantoso desierto durante otros 38 años. ¡Qué absurdo! No lo harían. ¿Acaso estaban obligados? Además, ¿quién era Moisés?

La gran rebelión había comenzado.

El líder era Coré, un primo de Moisés, de más o menos la misma

edad. Hasta puede haberse parecido a Moisés, porque ambos tenían el mismo abuelo: Coat, hijo de Leví. Quizá esa haya sido una razón por la que tantos otros estuvieron dispuestos a seguirlo. El hecho es que sublevó a no menos de "doscientos cincuenta israelitas. Todos ellos eran personas de renombre y líderes que la comunidad misma había escogido", y juntos marcharon contra Moisés y Aarón.

–"¡Ustedes han ido ya demasiado lejos! Si toda la comunidad es santa, lo mismo que sus miembros, ¿por qué se creen ustedes los dueños de la comunidad del Señor?"

–"¡Son ustedes, hijos de Leví, los que han ido demasiado lejos!" –respondió Moisés, empleando sus mismas palabras.

Entonces, les dijo que estaba dispuesto a permitir que el Señor decidiera quién había de ser el líder.

–"Tomarán incensarios, y les pondrán fuego e incienso en la presencia del Señor. El escogido del Señor será aquel a quien él elija".

Entonces, envió mensajeros que fueran a buscar a los otros dos conspiradores, Datán y Abirán, miembros de la tribu de Rubén. Pero ellos no quisieron ir. En cambio, enviaron este atrevido mensaje:

–"¡No iremos! ¿Te parece poco habernos sacado de la tierra donde abundan la leche y la miel, para que ahora quieras matarnos en este desierto? Lo cierto es que tú no has logrado llevarnos todavía a esa tierra donde abundan la leche y la miel, ni nos has dado posesión de campos y viñas. Lo único que quieres es seguir engatusando a este pueblo. ¡Pues no iremos!"

Hasta ahora, nadie le había hablado a Moisés de esa manera, y él estaba muy enojado. ¡Pensar que hablaban de Egipto como de una tierra que fluía leche y miel! ¡Egipto, la tierra de su esclavitud! ¡Y pensar que daban a entender que él quería ser un dictador que les saca-

ría los ojos a los que no concordaran con él! En su dolor clamó al Señor:

–"Yo de ellos no he tomado ni siquiera un asno, ni les he hecho ningún daño".

Había llegado el momento de la prueba. Todo el plan de salvación divino estaba en peligro. Si los rebeldes ganaban, todo lo que el Señor había procurado hacer por Israel estaría perdido.

Esa noche, todo el campamento era un hervidero de inquietud por los rumores que corrían. En centenares de tiendas se pronunciaban palabras de amargura y enojo. Los amigos de Corán, Datán y Abirán iban de aquí para allá urgiendo a todos a reunirse a la mañana en el tabernáculo para presenciar el fin de Moisés y de su tiranía.

Temprano, a la mañana siguiente, mientras el pueblo se dirigía al tabernáculo, Dios les dijo a Moisés y a Aarón:

–"Apártense de esta gente, para que yo la consuma de una vez por todas".

Pero ellos, postrándose sobre el rostro, dijeron:

–"Señor, Dios de toda la humanidad: un solo hombre ha pecado, ¿y vas tú a enojarte con todos ellos?"

En ese momento de crisis, estos dos amados ancianos oraron por el mismo pueblo que estaba complotando contra ellos. Entonces

Moisés cruzó por entre la multitud que se estaba congregando y se dirigió a la tienda donde estaban reunidos Coré, Datán y Abirán.

–"¡Aléjense de las tiendas de estos impíos! –pidió a la enardecida multitud de espectadores–. No toquen ninguna de sus pertenencias, para que ustedes no sean castigados por los pecados de ellos".

Cuando volvió a hablar, reinaba un profundo silencio.

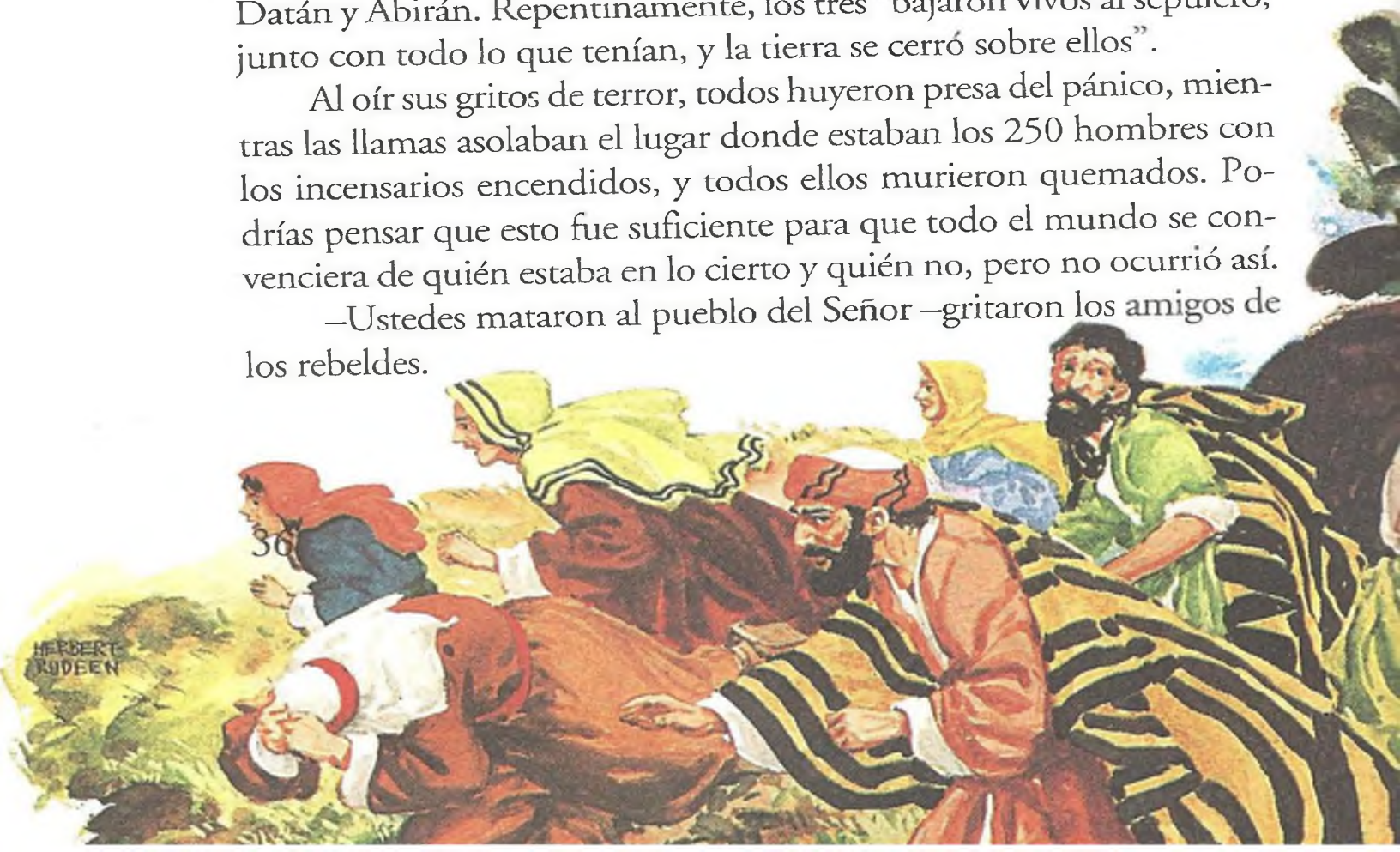
–"Ahora van a saber si el Señor me ha enviado a hacer todas estas cosas –dijo–, o si estoy actuando por mi cuenta. Si estos hombres mueren de muerte natural, como es el destino de todos los hombres, eso querrá decir que el Señor no me ha enviado. Pero si el Señor crea algo nuevo, y hace que la tierra se abra y se los trague... de tal forma que desciendan vivos al sepulcro, entonces sabrán que estos hombres menospreciaron al Señor".

–¡Ahora sí que ha ido demasiado lejos! –dijeron algunos–. ¿Se cree capaz de hacer que la tierra se abra para tragar a sus enemigos?

No habían terminado de decirlo cuando se produjo un estruendo espantoso y la tierra se abrió... justo donde se hallaban Coré, Datán y Abirán. Repentinamente, los tres "bajaron vivos al sepulcro, junto con todo lo que tenían, y la tierra se cerró sobre ellos".

Al oír sus gritos de terror, todos huyeron presa del pánico, mientras las llamas asolaban el lugar donde estaban los 250 hombres con los incensarios encendidos, y todos ellos murieron quemados. Podrías pensar que esto fue suficiente para que todo el mundo se convenciera de quién estaba en lo cierto y quién no, pero no ocurrió así.

–Ustedes mataron al pueblo del Señor –gritaron los amigos de los rebeldes.



Pero no habían terminado de decirlo, cuando la gente comenzó a caer muerta a diestra y siniestra. Al ver eso, aun Moisés se sorprendió.

–"La ira del Señor se ha desbordado –le dijo a Aarón– y el azote divino ha caído sobre ellos".

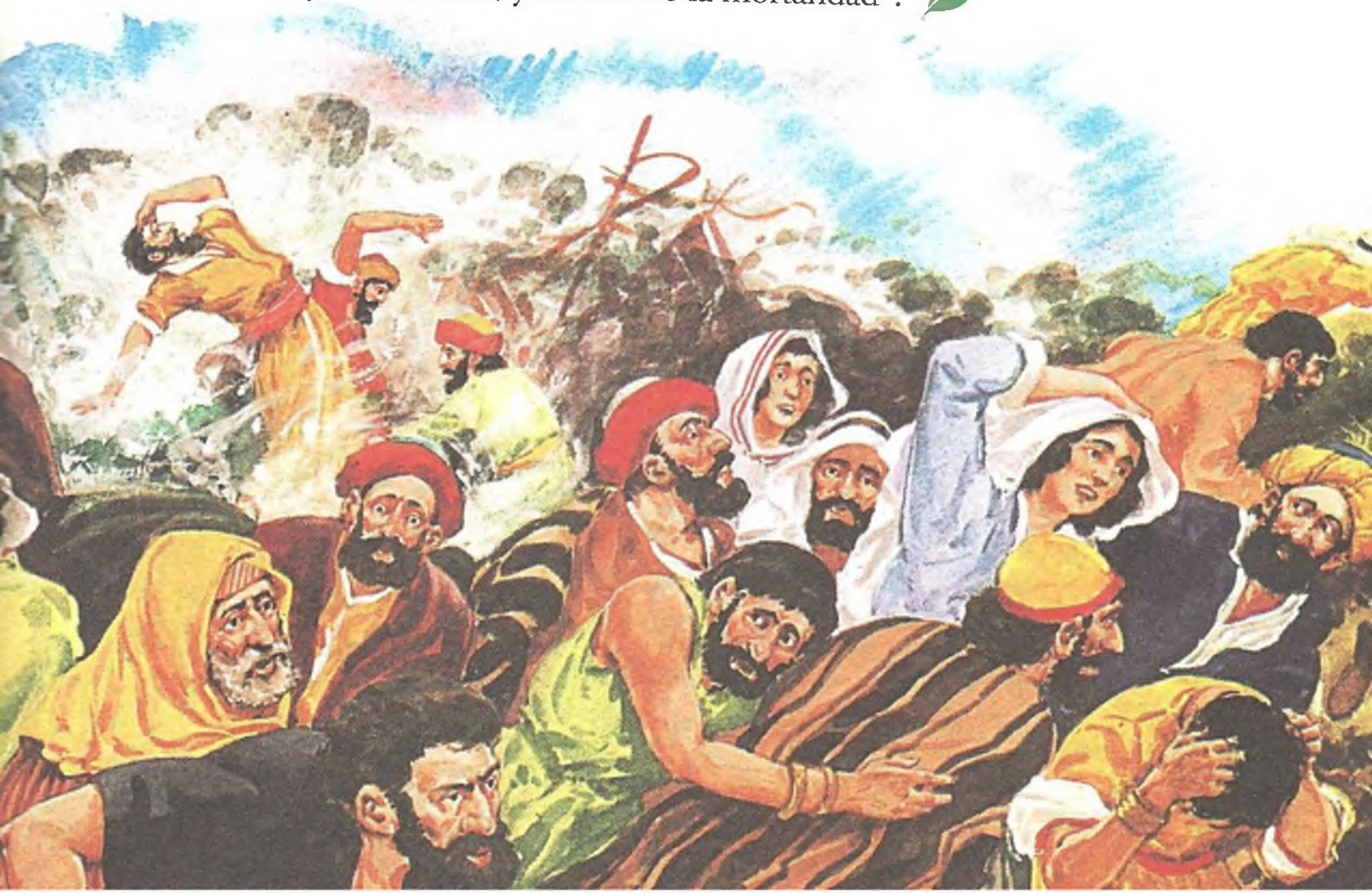
Temeroso de que el Señor consumiera por fin a todo el pueblo, le hizo un urgente pedido a su hermano:

–"Toma tu incensario y pon en él algunas brasas del altar; agrégale incienso, y vete corriendo adonde está la congregación, para hacer propiciación por ellos".

Y Aarón lo hizo. Llevando en su mano el incensario humeante, "corrió a ponerse en medio de la asamblea".

¡Imagínate la escena! ¡El bondadoso anciano, de 85, corriendo de un lado a otro, agitando su incensario y clamando a Dios que perdonara al pueblo que había cometido una falta tan grande!

¡Qué amor más maravilloso! La Biblia dice que Aarón "se puso entre los vivos y los muertos, y así detuvo la mortandad".



# Flores en una vara

*(Números 17)*

LA gran rebelión había llegado a su fin. Casi15.000 personas habían muerto en la plaga, 250 dirigentes habían sido calcinados por el fuego, y las familias de Coré, Datán y Abirán habían desaparecido cuando la tierra se abrió y los tragó. Los demás estaban muy atemorizados, y agradecidos de que aún vivían.

La dificultad había surgido cuando se les había dicho a los israelitas que, por otros cuarenta años, no podrían entrar en Canaán; pero esa rebelión se había estado gestando durante mucho tiempo. Bien puede haber ocurrido que, desde el momento en que Aarón había sido nombrado sumo sacerdote, su primo Coré se hubiera sentido celoso de él. Al hablar en contra de Aarón a los demás levitas, habrá pensado que algún día podría así conseguir su puesto. Datán y Abirán habían sentido celos de Moisés porque era el líder, y ellos no. De manera que metieron cizaña hasta que se suscitó una abierta rebelión.

Ahora, habían desaparecido. Pero ¿habían aprendido la lección los otros, a quienes se les había perdonado la vida? ¿Estarían todos

ahora de acuerdo en que Dios quería que Moisés y Aarón los condujeran? Dado que tantos levitas habían sido severamente castigados, quizá muchos se preguntaban ahora si Dios los habría rechazado como custodios del tabernáculo.

Para que se comprendieran plenamente sus deseos, Dios le dijo a Moisés que pidiera a los dirigentes de las doce tribus que se acercaran al tabernáculo. Cada uno debía traer con él su vara: el palo largo que los hombres de entonces usaban cuando caminaba.

Los 12 hombres acudieron como se les ordenó. Aarón se encontraba entre ellos como cabeza de la tribu de Leví. Ya que se trataba de los hombres más importantes del campamento, todos se habrán preguntado por qué los mandaba a llamar Moisés. Es probable que hayan sospechado que tendría que ver con los tristes sucesos ocurridos hacía pocos días. Imagínate cuán sorprendidos habrán quedado cuando Moisés les pidió que trajeran sus varas. ¿Qué querrá con ellas?, se habrán preguntado.

A medida que cada uno de los dirigentes le alcanzaba su vara, Moisés escribía cuidadosamente en ella el nombre del que se la entregaba, antes de colocarla con las demás. Esto debe haber requerido bastante tiempo y, mientras tanto, los 12 hombres se habrán estado

preguntando qué sucedería después.

Cuando se terminaron de escribir los nombres en las 12 varas, con tanta claridad como para que no hubiera lugar a ninguna confusión, Moisés las recogió y las llevó al tabernáculo. Cuando salió otra vez, les indicó a los hombres que ahora podían irse, pero que debían volver al día siguiente.

Moisés les explicó que Dios les mostraría mediante un milagro cuál de las tribus había elegido él para dirigir los servicios del santuario y quién era el hombre que había sido escogido como su líder. La señal consistiría en que la vara de ese hombre florecería. En esa vara seca, habría brotes y flores.

Los líderes volvieron a sus tiendas sin cayado, pero muy entusiasmados. Pensaban que tal vez Dios cambiaría la conducción de Israel y que esa sería la forma en que se lo comunicaría. Quizá al día siguiente descubrirían que algún otro había llegado a ser el sumo sacerdote en lugar de Aarón. ¿Cuál de ellos sería?

Seguramente que en su camino de regreso, algunos de los del pueblo habrán notado que no llevaban cayado.

–¿Perdieron el cayado? –tal vez les preguntaron.

–¡Oh, no! Lo dejamos en el tabernáculo –quizá les respondieron–. Estamos esperando para ver cuál de ellos florecerá.

A la mañana siguiente se reunió una multitud considerable en torno al tabernáculo para ver el resultado. Si una de las doce varas había florecido, ¿cuál de ellas sería?

Cuando los 12 líderes llegaron, Moisés entró en el tabernáculo. Aun él se sorprendió con lo que vio. Porque una de las varas tenía no solamente brotes y flores, sino también almendras maduras.

Entonces, Moisés llevó afuera las varas. Imagínate cuán atónitos

se habrán quedado al comprobar que, de la noche a la mañana, una de las varas se había transformado en un árbol.

–¿De quién es esa vara? –exclamaron.

–Acérquense y véanlo –respondió Moisés.

Ansiosos por descubrirlo, los doce se adelantaron y entonces vieron el nombre, claro e inconfundible, a pesar de todas las flores y las almendras que lo rodeaban.

–¡Aarón! –dijeron a coro.

De manera que, al fin y al cabo, no iba a producirse ningún cambio en el liderazgo. Y todos se sintieron satisfechos, porque no podía quedar ninguna duda de que Dios había hablado. Claramente, había expresado que todavía deseaba que la tribu de Leví se hiciera cargo del tabernáculo, y que Aarón fuera el sumo sacerdote.

Aarón fue el único que no recibió de vuelta su vara. Dios le dijo a Moisés que la llevara al tabernáculo y la guardara allí "para que sirva de advertencia a los rebeldes. Así terminarás con las quejas en contra mía".

Y esto acabó con la murmuración durante un tiempo, pero no para siempre. No pasó mucho tiempo hasta que volvieron a quejarse nuevamente.

# Agua de una roca

*(Números 20:1-13)*

DURANTE los 38 años siguientes, los hijos de Israel peregrinaron por el desierto. No se sabe mucho de lo que les ocurrió durante ese tiempo. Lenta, fatigosamente, se trasladaban de un lugar a otro, permaneciendo solo el tiempo necesario para que el ganado comiera el poco pasto que encontraban. Luego, volvían a marchar, quemados por el sol abrasador, sin rumbo ni esperanza.

Era una situación angustiosa y más de una vez deben haber pensado en el precio terrible que tenían que pagar por su falta de fe en Dios. Pero Dios escogió esta manera de mostrarles a ellos –y a todos lo que vendrían– cuán importante es creer en su Palabra y actuar de acuerdo con ella.

Uno tras otro, todos los que habían participado en la gran rebelión perecieron. Antes de que pasaran los 38 años, al menos 600 mil sepulcros quedaron esparcidos por el desierto cruel y solitario.

Aun cuando sufrieron mucho, Dios no los abandonó completamente. Todos los días de la semana, excepto el séptimo, en-

viaba maná para comer. Y desde el momento en que Moisés hirió la roca de Horeb, poco después de haber salido de Egipto, no les faltó agua para beber. No era que provenía de Horeb; pero siempre, cuando más la necesitaban, fluía fresca y pura del suelo rocoso.

El profeta Isaías escribió mucho tiempo después al respecto: "Cuando los guió a través de los desiertos, no tuvieron sed; hizo que de la roca brotara agua para ellos; partió la roca, y manaron las aguas".[1] David recuerda que "brotó agua que corrió por el desierto como un río".[2]

Sin embargo, un día, cuando estaban llegando al final de su peregrinación, cesó la corriente de agua. Si hubieran contado cuidadosamente los años que habían andado errantes por el desierto, habrían tomado eso como una señal de que se estaban acercando de nuevo a la tierra prometida. Pero, en cambio, fueron otra vez a quejarse a Moisés y a Aarón, que eran ya muy ancianos.

–"¡Ojalá el Señor nos hubiera dejado morir junto con nuestros hermanos! –se lamentaron–. ¿Para qué nos trajiste a este desierto, a morir con nuestro ganado? ¿Para qué nos sacaste de Egipto y nos metiste en este horrible lugar? Aquí no hay semillas, ni higueras, ni viñas, ni granados, ¡y ni siquiera hay agua!"

Era la misma historia de siempre, la misma antigua queja. En cuanto las cosas empezaban a ir mal, anhelaban haber estado en Egipto y le echaban la culpa a Moisés de todas sus dificultades.

Y como tantas veces antes lo habían hecho, Moisés y Aarón se volvieron a Dios en busca de ayuda. Fueron a la puerta del tabernáculo y se inclinaron sobre su rostro. Cuando lo hicieron "entonces la gloria del Señor se manifestó ante ellos". Ellos habían envejecido, pero Dios era el mismo de siempre, todavía dispuesto a mostrarles la forma de resolver sus problemas.

–"Reúne a la asamblea. En presencia de ésta, tú y tu hermano le ordenarán a la roca que dé agua. Así harán que de ella brote agua".

De manera que Moisés y Aarón convocaron al pueblo para que se reuniera junto a la gran peña que dominaba el campamento. De pie junto a ella, Moisés exclamó:

–"¡Escuchen, rebeldes! ¿Acaso tenemos que sacarles agua de esta roca?"

Ahí fue donde Moisés cometió una gran equivocación. Olvidó dar la gloria a Dios por el milagro. Luego, cometió otro error. "Levantó la mano y dos veces golpeó la roca con la vara".

El agua brotó de la roca y la gente regocijada, se agachó para beber; el ganado, abrasado por la sed, se apresuró a llegar a la co-



ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

**Enfurecido por la rebelión de los israelitas, Moisés golpeó la roca dos veces, en lugar de hablarle, como se le había ordenado; no obstante Dios, por misericordia, les envió agua.**

rriente fresca y burbujeante; pero Moisés y Aarón quedaron a un lado, fuera de la escena, solos y cubiertos de vergüenza.

"Por no haber confiado en mí, ni haber reconocido mi santidad en presencia de los israelitas, no serán ustedes los que lleven a esta comunidad a la tierra que les he dado".

El corazón de los ancianos desfalleció. ¿No podrían entrar en Canaán? ¿Después de todo lo que habían hecho por Israel, de todas las pruebas que habían soportado y de todo el larguísimo viaje que habían hecho? ¡Seguramente Dios se estaba equivocando! ¿Qué habían hecho para merecer semejante castigo?

Habían echado a perder algo muy hermoso. Habían arruinado la lección más importante que él deseaba enseñar no solo a Israel, sino a los habitantes de todo el mundo.

La roca era un símbolo de Cristo. El Salvador iba a ser herido una vez, pero no nuevamente. Él iba a ser "ofrecido en sacrificio una sola vez para quitar los pecados de muchos";[3] no muchas veces.

Moisés había herido la roca una vez: en Horeb. Eso estaba bien. Había recibido instrucción de que lo hiciera así. Pero ahora la había herido de nuevo, de hecho, dos veces. Y Dios le había ordenado que le hablara, no que la hiriera, así como los pecadores pueden hablar a Cristo en cualquier lugar y en todo momento de necesidad, y recibir en su alma el agua de vida.

¡Pobres Moisés y Aarón! Quizá ellos no entendían todo esto como lo hacemos ahora, pero Dios no los culpó por no entenderlo, sino por no creer en su palabra ni obedecerla.

[1] Isaías 48:21.
[2] Salmo 105:41.
[3] Hebreos 9:28.

# Una triste despedida

*(Números 20:14-29)*

LA NOTICIA de que no podría entrar en Canaán, era demasiado duro para Moisés. Se sentía muy desilusionado. ¿Quién no lo hubiera estado? Pero ¿abandonar? ¡Nunca! Conocía demasiado bien a Dios como para dudar de su bondad y de su amor. Mientras se le concediera vida y salud, conduciría a Israel hacia la tierra prometida.

Olvidándose de sí mismo, comenzó a planear la próxima etapa del viaje. Se había hecho la idea de que el camino más fácil para entrar en Canaán era a través de la tierra de Edom, de manera que envió mensajeros al rey, solicitando permiso para que Israel pasara por su territorio.

Era un mensaje atento y amigable, porque los edomitas, como descendientes de Esaú, eran también hijos de Abram. Después de relatarle al rey algunas de las dificultades por las cuales había pasado Israel, Moisés escribió: "Sólo te pedimos que nos dejes cruzar por tus dominios. Te prometo que no entraremos en ningún campo ni viña, ni beberemos agua de ningún pozo. Nos limitaremos a pasar por el camino real, sin apartarnos de él para

nada, hasta que salgamos de tu territorio".

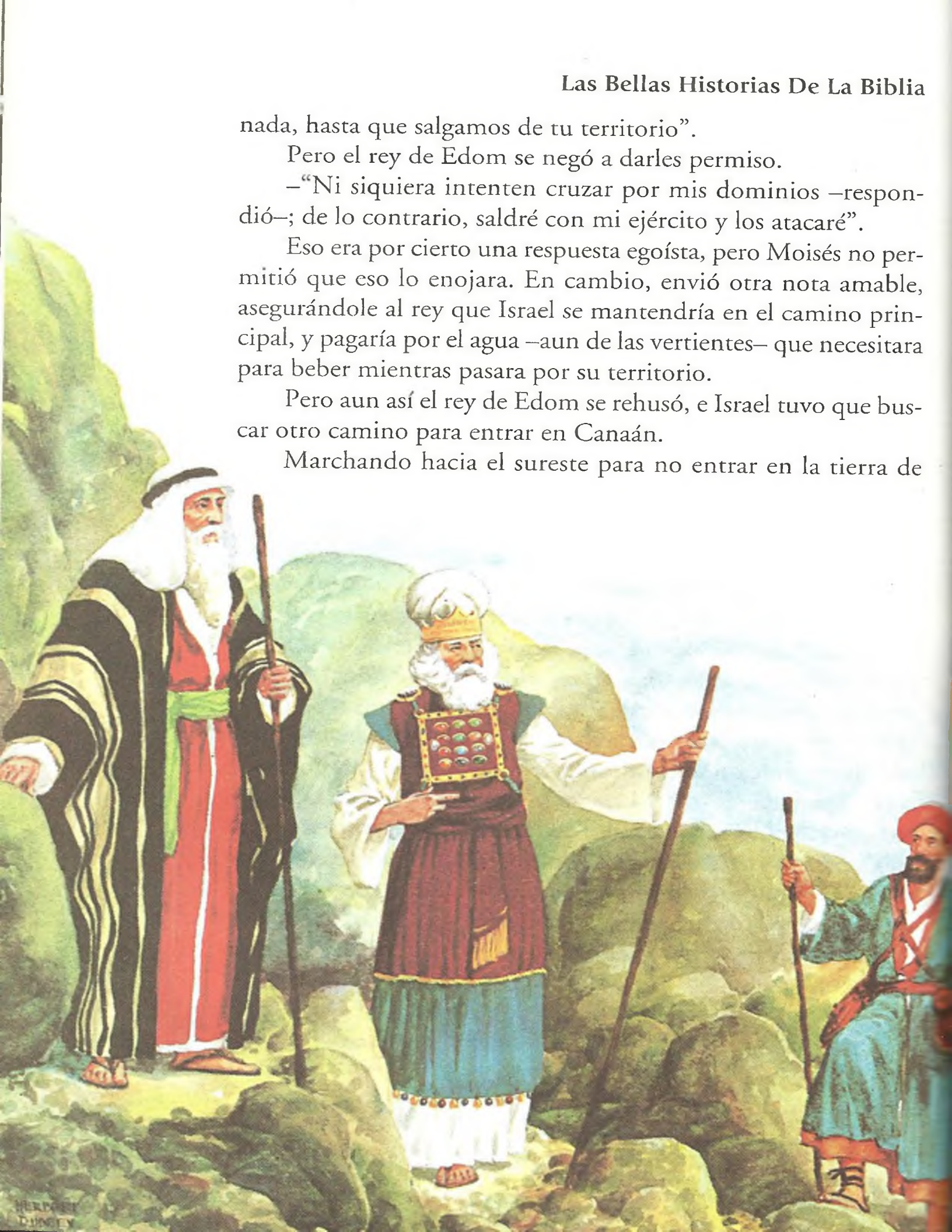
Pero el rey de Edom se negó a darles permiso.

–"Ni siquiera intenten cruzar por mis dominios –respondió–; de lo contrario, saldré con mi ejército y los atacaré".

Eso era por cierto una respuesta egoísta, pero Moisés no permitió que eso lo enojara. En cambio, envió otra nota amable, asegurándole al rey que Israel se mantendría en el camino principal, y pagaría por el agua –aun de las vertientes– que necesitara para beber mientras pasara por su territorio.

Pero aun así el rey de Edom se rehusó, e Israel tuvo que buscar otro camino para entrar en Canaán.

Marchando hacia el sureste para no entrar en la tierra de



Edom, llegaron al monte Hor.

Allí fue donde ocurrió algo muy triste. Mientras el pueblo acampaba en ese lugar, Dios le dijo a Moisés que Aarón moriría. Quería que ambos subieran a la cima del monte, y llevaran con ellos a Eleazar, el hijo de Aarón.

Debe haber sido una procesión muy triste la que ascendía lenta, muy lentamente hacia la cima de la montaña. Aarón tenía ahora 123 años y Moisés solo tres años menos. Habían sido amigos durante muchísimo tiempo, y juntos habían compartido toda clase de dificultades. Ahora debían separarse.

Supongo que, en esa oportunidad, se habrán detenido muchas veces por el camino, con tal de poder conversar un poco más y de alargar lo más posible la última jornada que harían juntos. Pero poco a poco, y paso a paso, se fueron acercando a la cima. Mirando hacia abajo, contemplaron el campamento de Israel que se extendía en el valle que llegaba hasta el pie de la montaña. Quizás comentaron cuánto significaba para ellos ese pobre y querido pueblo, y cuánto habían intentado ayudarlo.

Unos pocos pasos más los llevaron hasta la cima de la montaña. Entonces, ocurrió algo muy conmovedor. Una a una, Moisés le fue quitando a Aarón las vestiduras sacerdotales y las fue colocando sobre Eleazar, mientras las lágrimas humedecían las mejillas de los tres. Había llegado el momento de despedirse.

–Adiós, hijo; Dios te bendiga.

–Adiós, padre.

Los dos hermanos se miraron a los ojos por última vez.

–¡Adiós! –se dijeron.

Y mientras el brazo de su hermano lo rodeaba, Aarón exhaló

su último aliento.

Allá, en el lejano campamento, la gente comenzó a preocuparse. ¿Por qué Moisés, Aarón y Eleazar se demoraban tanto tiempo en la montaña?

De pronto, vieron dos figuras que descendían por la ladera. Aarón no formaba parte del grupo y su hijo usaba sus vestiduras sacerdotales.

Inmediatamente, supusieron lo que había ocurrido, y la triste noticia se propagó por el campamento: "¡Aarón ha muerto!"

Aunque algunos no habían simpatizado con él y otros hasta se le habían opuesto, ahora todo el pueblo sentía pesar por su partida. Y toda la casa de Israel "lo lloró treinta días".

SEGUNDA PARTE

*Historias de la*

# Conquista de Canaán

*(Números 21:1 a Josué 24:33)*

# La serpiente en el asta

*(Números 21:4-9)*

UN mes después de la muerte de Aarón, Moisés le ordenó a los israelitas que levantaran el campamento y se pusieran una vez más en movimiento. Él sabía que ya no faltaba mucho tiempo ahora. Los años de peregrinación por el desierto casi habían terminado.

Otras personas habían estado contando esos años. Desde la gran rebelión de Coré, Datán y Abirán, miles de niños se habían transformado en hombres, y niñas en mujeres. Se habían casado y tenido sus propios hijos en esa tierra ardiente, seca y desolada. Habían esperado meses y meses, anhelando el día cuando se les permitiera entrar en Canaán.

¡Cuán lentamente habían transcurrido los años! Diez, 20, 30 años... cada uno marcado por un creciente número de funerales causados por la muerte de los ancianos que habían salido de Egipto. Debe haber parecido que los 38 años del desierto nunca iban a terminar.

Treinta y cinco, 36, 37, 38. ¡Por fin estaban acercándose! Pero entonces sufrieron una penosa decepción. Cuando la gran caravana

se puso otra vez en movimiento, notaron que, en lugar de dirigirse directamente hacia el norte, estaban yendo hacia el sureste, "por la ruta del Mar Rojo, bordeando el territorio de Edom".

¡Eso era demasiado! Ellos no querían volver a ver el Mar Rojo. Querían ir a Canaán por el camino más corto y más rápido que fuera posible. El pensamiento de tener que desandar lo hecho casi quebrantó su corazón. La Biblia dice que los israelitas se "impacientaron" por causa del camino. Temían que a pesar de todas las dificultades que habían soportado no pudieran entrar en la tierra prometida.

Otra vez aparecieron las murmuraciones. El pueblo comenzó "a hablar contra Dios y contra Moisés" diciendo:

–"¿Para qué nos trajeron ustedes de Egipto a morir en este desierto? ¡Aquí no hay pan ni agua! ¡Ya estamos hartos de esta pésima comida!"

Parecía que se produciría otra gran rebelión, pero de repente ocurrió algo que cambió toda la situación. Por todas partes en el desierto aparecieron serpientes venenosas. Miles y miles de ellas. Venían reptando y entraban en las tiendas, en las camas, y en las provisiones de alimento. Andaban por todas partes. Era algo ate-

rrador. Miles de personas eran mordidas y morían.

Muchos trataron de matar las serpientes, pero cuanta más mataban, más aparecían. El temor no les permitía comer ni dormir. Parecía que no había manera de librarse de ellas.

Por fin, los israelitas acudieron a Moisés y le suplicaron que los ayudara.

–"Hemos pecado al hablar contra el Señor y contra ti. Ruégale al Señor que nos quite esas serpientes".

Y "Moisés intercedió por el pueblo".

Fue entonces que el Señor instruyó a Moisés para que hiciera una cosa muy extraña. No le explicó cómo librarse de las serpientes, sino cómo curar a las personas que habían sido mordidas por ellas.

–"Hazte una serpiente, y ponla en un asta. Todos los que sean mordidos y la miren, vivirán".

De manera que Moisés "Moisés hizo una serpiente de bronce y la puso en un asta. Los que eran mordidos, miraban a la serpiente de bronce y vivían".

Entonces ocurrió algo maravilloso. De todas partes del campamento se oían gritos de alegría provenientes de los que solo poco antes estaban moribundos, pero que, al mirar a la serpiente de bronce, descubrían que estaban del todo curados.

Me imagino a una madre con su hijito en brazos. Está desesperada porque el niño se siente enfermo. El veneno lo está matando, y pronto va a morir. Ella procura que él mire la serpiente de bronce que

está sobre el asta.

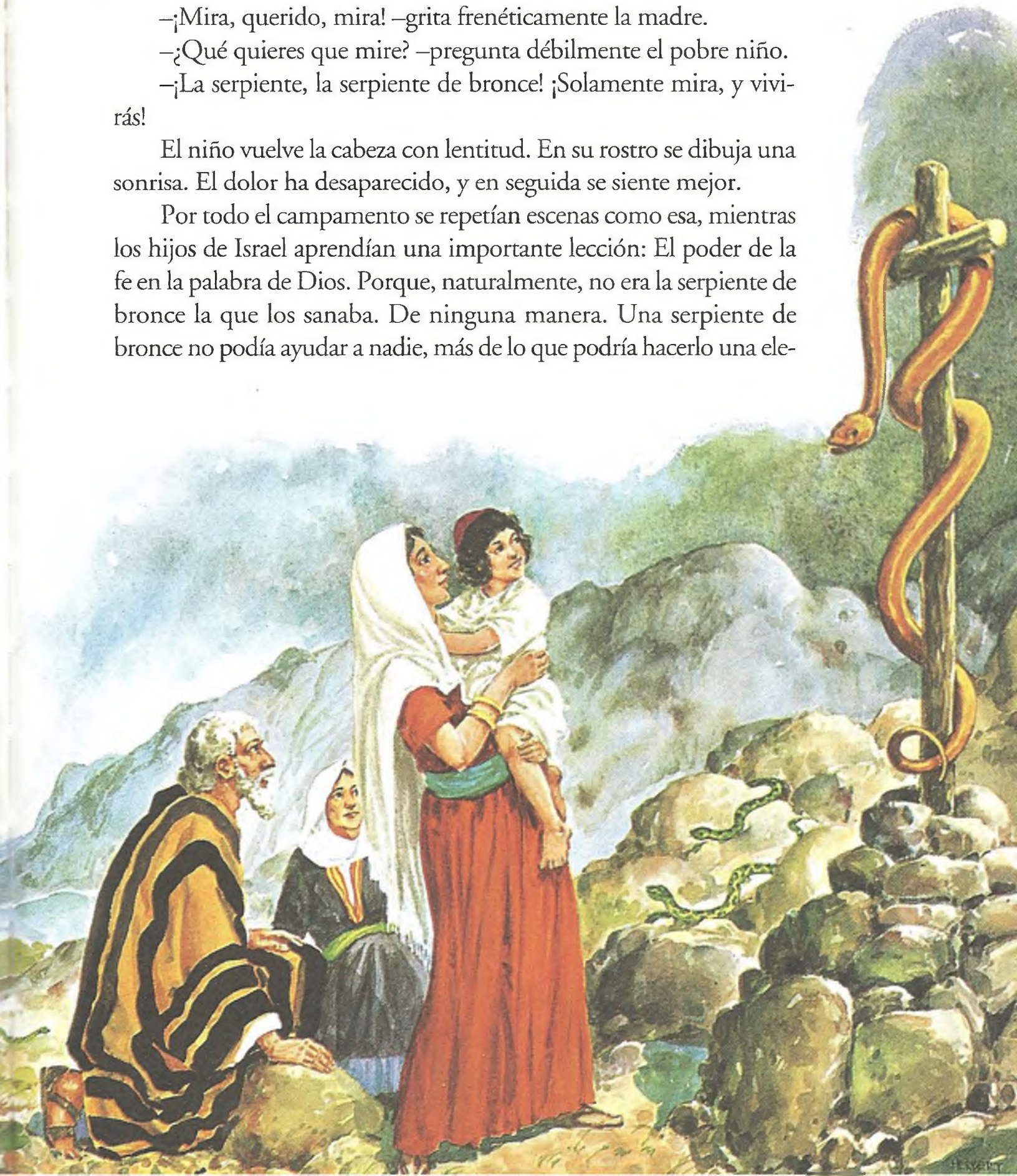
–¡Mira, querido, mira! –grita frenéticamente la madre.

–¿Qué quieres que mire? –pregunta débilmente el pobre niño.

–¡La serpiente, la serpiente de bronce! ¡Solamente mira, y vivirás!

El niño vuelve la cabeza con lentitud. En su rostro se dibuja una sonrisa. El dolor ha desaparecido, y en seguida se siente mejor.

Por todo el campamento se repetían escenas como esa, mientras los hijos de Israel aprendían una importante lección: El poder de la fe en la palabra de Dios. Porque, naturalmente, no era la serpiente de bronce la que los sanaba. De ninguna manera. Una serpiente de bronce no podía ayudar a nadie, más de lo que podría hacerlo una ele-



fanta o una cabra de bronce. Pero cuando ellos hicieron exactamente como Dios les indicó, y miraron a la serpiente, su fe les impartió poder en su vida, y fueron sanados.

Los hijos de Israel guardaron esa serpiente de bronce durante muchísimo tiempo. Pero con el transcurso de los años, se olvidaron de su verdadero significado, y la convirtieron en un ídolo. Hasta le quemaban incienso como si fuera un dios. Siglos más tarde, el buen rey Ezequías la destruyó, llamándola "Nehustán",[1] que significa "cosa de bronce". Y el nombre era acertado, porque solo se trataba d un pedazo de bronce, un simple objeto de metal, que no podía ayudar ni sanar a nadie.

Siglos más tarde, Jesús le dijo a Nicodemo: "Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna".[2]

Esta es una de las cosas más hermosas que Jesús dijera alguna vez. Él fue "levantado" sobre la cruz del Calvario, y desde entonces miles de personas de todo el mundo lo han mirado con fe y han sido salvadas de la maldición del pecado.

Su promesa todavía tiene valor. Es para ti y para mí. Es para cada niño y para cada niña de este mundo.

Hoy, si has sido mordido por "la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás",[3] vuelve tus ojos a Jesús. Piensa en su cruz. Recuerda su promesa de que "todo" el que cree en él no perecerá sino que tendrá "vida eterna".[4] Y la vida de Dios fluirá en tu vida con todo su poder sanador, purificador y perdonador.

[1] 2 Reyes 18:4.
[2] Juan 3:14, 15.
[3] Apocalipsis 20:2.
[4] Juan 3:16.



← ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

Todos los que contemplaban la serpiente de bronce eran curados de la mordedura de las serpientes venenosas. Eso nos recuerda el poder de Jesús para salvarnos cuando buscamos su ayuda.

# El asna que habló

*(Números 21:16-35; 22; 23; 24)*

DESDE el momento en que los hijos de Israel comenzaron a confiar en Dios, como lo hicieron cuando miraron a la serpiente que estaba sobre el asta, las cosas comenzaron mejorar.

Cuando llegaron al fin del desierto, se alegraron mucho al ver la verde tierra fértil. Entonces, Moisés hizo algo diferente de todo lo que había hecho hasta ese momento. ¡Les pidió a los príncipes de Israel que cavaran un pozo con sus cayados!

¿Has procurado alguna vez cavar un hueco en la arena con un palo? ¿Cuán hondo has llegado?

Todos se reunieron para observar cómo trabajaban los príncipes, y todos sonreían. ¡Imagínate la gracia que te haría ver a los líderes de tu iglesia tratando de abrir un hueco con palos largos! Por supuesto, no lograron nada.

Y entonces, ¡maravilla de maravillas!, ¡el agua brotó de la misma arena que ellos habían estado procurando remover! Así, Dios les mostró una vez más que él tenía el poder y el deseo de proveer a sus necesidades, aun cuando ellos podían hacer muy

poco por sí mismos.

Al ver el agua, la gente comenzó a cantar, y su canto decía así: "¡Que brote el agua! ¡Que cante el pozo!"

Estaban felices ahora porque habían recibido una prueba adicional de que Dios los acompañaba. Y su fe les produjo felicidad, y su felicidad, sus primeras victorias.

Dirigiéndose hacia el norte, le pidieron a Sijón, rey de los amorreos, que les permitiera pasar por su territorio. Él no se los permitió, aun cuando le prometieron no pasar por sus sembrados ni por sus viñedos, sino "por el camino real". Sijón salió, y los atacó con todos sus soldados, pero Israel ganó la batalla, arrollándolos y tomando todas sus ciudades desde el río Arnón hasta el río Jaboc.

Si te fijas en el mapa de la página 106, verás que el río Arnón desemboca en el Mar Muerto y el río Jaboc en el río Jordán; esto te dará una idea de cuánta tierra tomaron los hijos de Israel de los amorreos, y cómo subieron por el este del Mar Muerto para conquistar Canaán.

Og, rey de Basán, fue el siguiente en luchar contra Israel. Era un gigante, y su pueblo vivía en lugares fortificados en la montaña. Pero él también fue derrotado y despojado de todo su territorio.

Para entonces, los gobernantes de otras ciudades comenzaron a temer a Israel. Uno de ellos fue Balac, rey de los moabitas. Estaba tan asustado, que le dijo a sus amigos los madianitas: "¡Esta mu-

chedumbre barrerá con todo lo que hay a nuestro alrededor, como cuando el ganado barre con la hierba del campo!"

Entonces, Balac tuvo una brillante idea. Si no podía combatir a los hijos de Israel, quizá podría conseguir algún hechicero que los maldijera y de ea manera los debilitara para que a él le fuera posible expulsarlos de su territorio.

Pensó en un hombre llamado Balán, de quien se decía que podía hacer esta clase de cosas. Pero Balán vivía en Mesopotamia, a 650 kilómetros de distancia. ¿Valía la pena ir tan lejos?

Parecía ser la única salida. Israel significaba una amenaza mortal para su país. Así que Balac envió mensajeros con una gran suma de dinero para persuadir a Balán a que viniera.

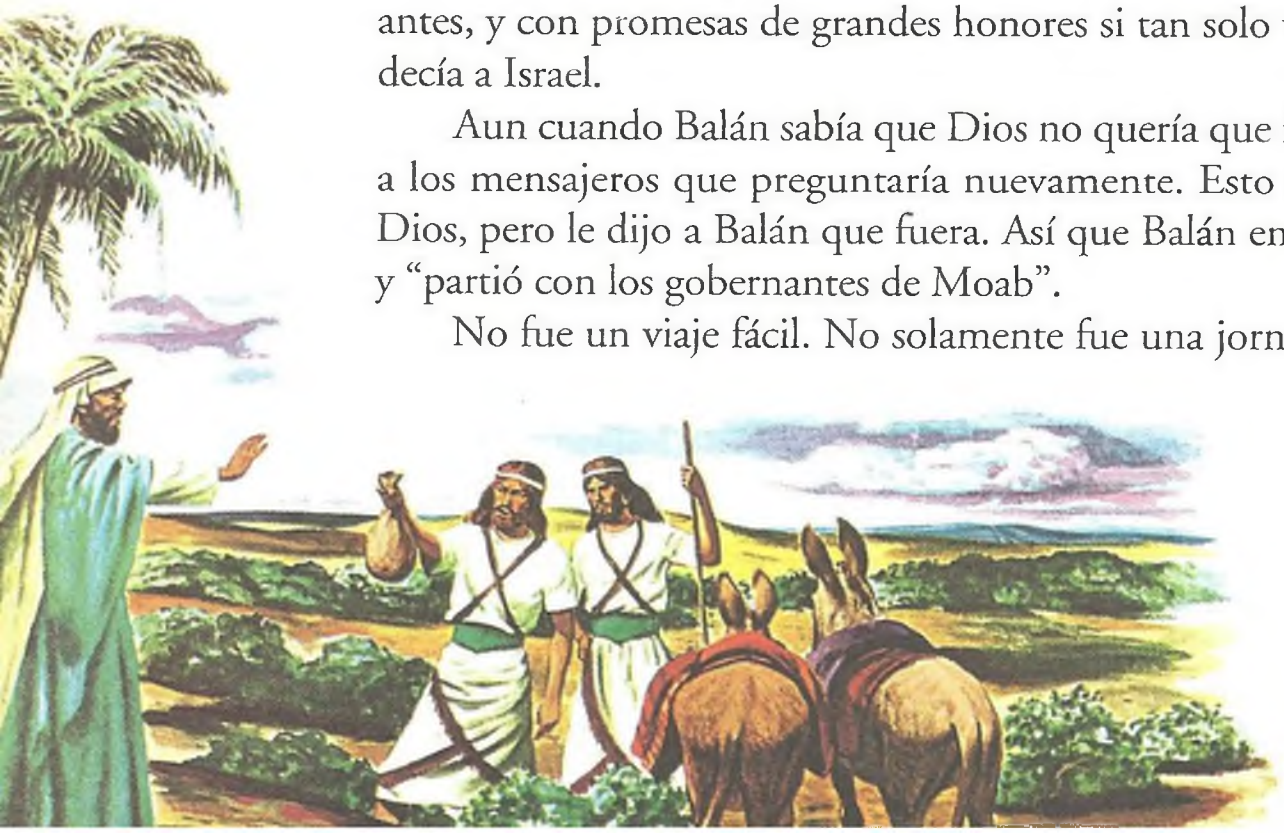
–"Hay un pueblo que salió de Egipto, y que ahora cubre toda la tierra y ha venido a asentarse cerca de mí. Te ruego que vengas y maldigas por mí a este pueblo, porque es más poderoso que yo".

Balán escuchó lo que los mensajeros tenían que decirle, pero Dios le dijo que no fuera. Así que Balán no quiso no quiso ir con ellos. Los mensajeros regresaron a la tierra de Moab sin él.

Cuando Balac vio que Balán no había venido con sus mensajeros, se enojó. Entonces escogió algunos de los hombres más importantes de su país, y volvió a enviarlos a Balán con más dinero que antes, y con promesas de grandes honores si tan solo venía y maldecía a Israel.

Aun cuando Balán sabía que Dios no quería que fuera, le dijo a los mensajeros que preguntaría nuevamente. Esto desagradó a Dios, pero le dijo a Balán que fuera. Así que Balán ensilló su asna y "partió con los gobernantes de Moab".

No fue un viaje fácil. No solamente fue una jornada larga en



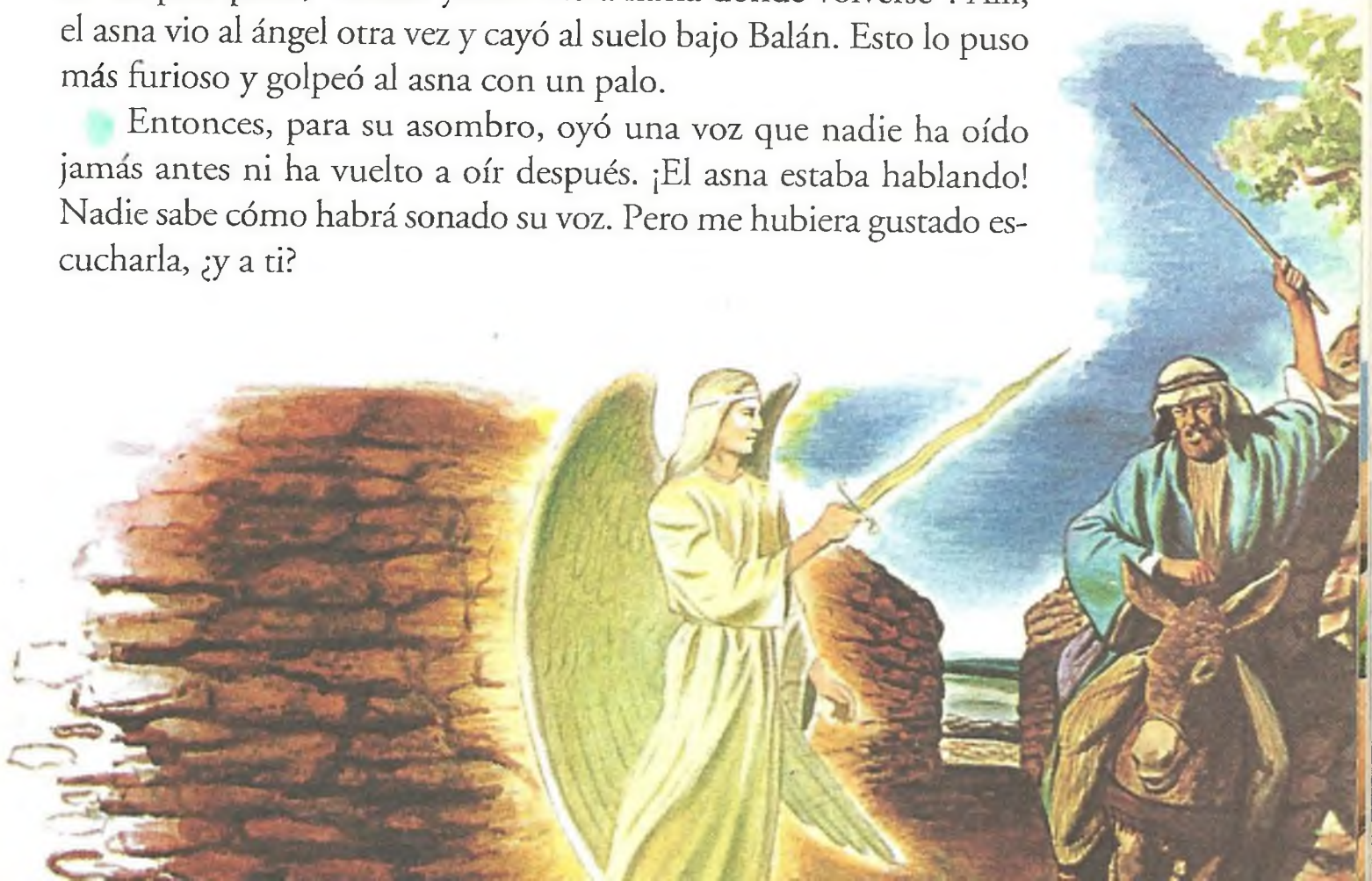
un clima muy caluroso, sino que, sin que él lo supiera, se había enviado un ángel del cielo para que le impidiera ir a maldecir a Israel. Con respecto al asna que montaba... bueno, ¡Balán nunca soñó que ella pudiera ver ángeles y hablar!

La primera vez que Balán se dio cuenta de que algo andaba mal fue cuando el asna salió del camino y entró en un campo. Eso lo enojó mucho, porque lo hacía aparecer como un tonto frente a sus dos siervos y los príncipes de Moab. Estaba muy avergonzado. Por supuesto, no sabía que el asna había visto a un ángel con su espada desenvainada en la mano, de manera que castigó al pobre animal y lo obligó a volver al sendero.

Un poco más adelante, el asna volvió a empacarse. Andaban por un camino angosto a través de un viñedo. Había un cerco a cada lado, y de repente el asna se asustó de algo, y le aplastó el pie a Balán contra la pared. Nuevamente, Balán se enojó y golpeó cruelmente al asna.

Poco a poco llegaron a un lugar muy angosto, quizá al borde de un precipicio, "donde ya no había hacia dónde volverse". Allí, el asna vio al ángel otra vez y cayó al suelo bajo Balán. Esto lo puso más furioso y golpeó al asna con un palo.

Entonces, para su asombro, oyó una voz que nadie ha oído jamás antes ni ha vuelto a oír después. ¡El asna estaba hablando! Nadie sabe cómo habrá sonado su voz. Pero me hubiera gustado escucharla, ¿y a ti?



–"¿Se puede saber qué te he hecho –preguntó el asna–, para que me hayas pegado tres veces?"

–"¡Te has venido burlando de mí! –dijo Balán furioso porque ella se había portado tan mal delante de gente tan importante–. Si hubiera tenido una espada en la mano, te habría matado de inmediato".

" –¿Acaso no soy la burra sobre la que siempre has montado, hasta el día de hoy? –dijo el pobre animalito–. ¿Alguna vez te hice algo así?"

–"No –respondió Balán".

"El Señor abrió los ojos de Balán" y vio lo que el asna había visto durante todo ese tiempo: "al ángel del Señor en el camino y empuñando la espada".

Instantáneamente, Balán se postró, echándose sobre su rostro.

¿Y qué supones que fue lo primero que le dijo el ángel? Habló de la pobre asna, revelando cómo Dios cuida de los animales.

–"¿Por qué golpeaste tres veces a tu burra? –le dijo–. ¿No te das cuenta de que vengo dispuesto a no dejarte pasar porque he visto que tus caminos son malos? Cuando la burra me vio, se apartó de mí tres veces. De no haber sido por ella, tú estarías ya muerto y ella seguiría con vida".

–"He pecado" –dijo Balán, ofreciendo volverse a su casa de inmediato.

Pero el ángel le dijo:

–"Ve con ellos, pero limítate a decir sólo lo que yo te mande".

De manera que Balán continuó su camino, con los príncipes de Moab. Contento por su llegada, el rey Balac llevó a Balán a la cima de una montaña desde donde ambos podían contemplar el campamento de Israel.

–Ahora maldícelos –le dijo el rey.

Sin embargo, Balán no pudo hacerlo. En cambio, los bendijo. Disgustado, Balac, lo llevó a otro lugar, luego a otro, pero no había caso. Balán no pudo emitir ni una sola maldición. Solo pronunció lo que Dios le indicó, y eran todas bendiciones.

–"¡Benditos sean los que te bendigan! ¡Malditos sean los que te maldigan!"

Como puedes imaginarte, eso enfureció mucho al rey Balac.

–"Te mandé llamar para que echaras una maldición sobre mis enemigos, ¡y estas tres veces no has hecho sino bendecirlos! ¡Más te vale volver a tu tierra!"

Y Balán huyó, tan rápido como su asna lo pudo llevar. ¿Qué habrá dicho el asna en el camino de regreso? ¡Es lo que todos quisiéramos saber!

# Cinco jovencitas hacen historia

*(Números 26; 27:1-11; 36:1-12)*

AHORA, Israel estaba acampando al este del río Jordán, justo del otro lado de la ciudad de Jericó. Casi había llegado el momento de entrar en Canaán, y se necesitaría a todos los hombres que estuvieran en condiciones de pelear. Así que Dios le dijo a Moisés que censara al pueblo y determinara cuántos había exactamente.

Casi 40 años antes, el número de los hombres de veinte años para arriba era de 603.550. Ahora, la cuenta llegaba a 601.730. Eso da una idea del enorme número de muertes que ocurrieron en el desierto. Porque habían muerto casi todos los 603.550, salvo Caleb y Josué.

Mientras los que hacían el censo estaban contando a los hombres de la tribu de Manasés, llegaron hasta Zelofejad, y se detuvieron. Porque Zelofejad (un tátara tataranieto de José) había muerto, y había tenido cinco hijas, pero no hijos.

En aquellos días, después que un hombre moría, sus bienes generalmente pasaban a sus hijos. Dado que Zelofejad no tenía hijos, sus hijas temían ser pasadas por alto a la hora de dividir la

tierra de Canaán entre las familias israelitas. No les agradaba esa idea. ¡En lo más mínimo! Y decidieron tomar hacer algo.

Debe haber ocurrido algo muy notable en relación con esas cinco niñas, porque en la Biblia se las menciona varias veces por nombre. Quizá debieras aprender sus nombres para no olvidarte de ellas. Se llamaban Majlá, Noa, Joglá, Milca y Tirsá. Estas niñas pasaron a la historia.

En primer lugar, pidieron una entrevista con Moisés. Él accedió a recibirlas y escuchar su pedido. Se dirigieron, pues, al tabernáculo para cumplir con su cita, y... ¡qué sorpresa! Cuando llegaron allí, descubrieron que no solamente estaba Moisés esperándolas, sino también Eleazar, el nuevo sumo sacerdote, y todos los príncipes de la congregación, ¡y casi toda la demás gente del campamento!

Con decisión, las cinco niñas pasaron por entre la enorme multitud y se dirigieron a la puerta del tabernáculo. ¡Qué valientes eran! Nunca antes las niñas se habían atrevido a hacer algo semejante.

Yo no sé exactamente quién fue la oradora. Majlá era la mayor. Podría haber hablado en representación de sus hermanas, pero incluso ella debe haber sido muy joven, porque ninguna se había casado todavía. Sin importar quién haya sido, presentó su caso de manera sensata.

–"Nuestro padre murió sin dejar hijos, pero no por haber participado en la rebelión de Coré contra el Señor. Murió en el desierto por su propio pecado. ¿Será borrado de su clan el nom-

bre de nuestro padre por el solo hecho de no haber dejado hijos varones? Nosotras somos sus hijas. ¡Danos una heredad entre los parientes de nuestro padre!"

Moisés escuchó pacientemente. Le pareció que el pedido era justo. Pero antes de seguir, dijo que consultaría a Dios al respecto.

Así lo hizo, y el Señor contestó muy pronto.

–"Lo que piden las hijas de Zelofejad es algo justo, así que debes darles una propiedad entre los parientes de su padre. Traspásales a ellas la heredad de su padre".

Y añadió:

–"Además, diles a los israelitas: 'Cuando un hombre muera sin dejar hijos, su heredad será traspasada a su hija'".

Así fue como estas cinco jóvenes hicieron historia. Poniéndose de parte de lo que creían que era justo, se transformaron en una bendición para todas las jovencitas a través de los siglos desde entonces hasta ahora. Porque la ley de herencia dada por Dios en aquella ocasión es muy similar a la que se emplea actualmente en todos los países civilizados.

Te alegrarás de saber que las cinco se casaron. La Biblia lo dice. "Las hijas de Zelofejad" que "se llamaban Majlá, Tirsá, Joglá, Milca y Noa", "se casaron con sus primos".

Quizá la historia debería terminar: "Y vivieron felices para siempre". Por supuesto que no iban a vivir para siempre, pero estoy seguro de que vivieron durante muchos años.

# Un viaje solitario

*(Deuteronomio 1 a 34)*

"POR favor, querido Señor, déjame ir a ver la tierra de Canaán", oraba Moisés una y otra vez.

¡Y no es para menos! Durante 80 había soñado con ella. En los días oscuros de Egipto y durante los años de su peregrinación por el desierto, siempre había pensado en ella. Cuando los israelitas se desanimaban, procuraba alentarlos hablándoles de todas las cosas buenas que disfrutarían en la tierra prometida.

Ahora, Moisés y los israelitas habían llegado hasta el Jordán. A través del río podía contemplar la ciudad de Jericó y, más allá, las montañas. Se hallaba tan cerca y, sin embargo, ¡tan lejos!

Nuevamente le suplicó al Señor:

–Déjame, te pido, atravesar, para que pueda ver la excelente tierra del lado de allá del Jordán, esas hermosas montañas y el Líbano.

Pero de nuevo Dios se lo negó.

–No vuelvas a hablarme de eso –le dijo.

Esto debe haberle resultado a Moisés algo muy difícil de aceptar. ¡Y todo por culpa de aquel pecado cometido cuando desobedeció al Señor e hirió la roca por segunda vez! Pero aun cuando ese rechazo de Dios en permitirle ir a Canaán significara abandonar uno de los sueños más acariciados de su vida, Moisés sabía que Dios lo amaba. Y él amaba a Dios tan intensamente, que estaba dispuesto a hacer lo que le pidiera.

"Sube hasta la cumbre del Pisgá –le dijo Dios– y mira al norte, al sur, al este y al oeste. Contempla la tierra con tus propios ojos, porque no vas a cruzar este río Jordán. Dale a Josué las debidas instrucciones; anímalo y fortalécelo, porque será él quien pasará al frente de este pueblo y quien les dará en posesión la tierra que vas a ver".

Moisés sabía ahora que su fin estaba cercano. Había llegado el momento en que Israel cruzaría el Jordán, y él debía ser dejado atrás. Ellos continuarían, y él quedaría allí. Josué sería quien los guiaría, no él.

De manera que convocó al pueblo por última vez. Los israelitas se reunieron a su alrededor, como tantas veces antes lo habían hecho.

De pie, delante de la gran congregación, Moisés se dirigió a ella con una voz tan potente y clara como siempre, porque aun cuando era anciano, "no se había debilitado su vista ni había perdido su vigor". Hora tras hora estuvo allí, relatando de nuevo la historia de las bendiciones que Dios les había otorgado durante los 40 transcurridos desde la gran liberación de Egipto.

La mayoría de los adultos que lo escuchaban no conocían Egipto. Muchos de ellos eran solo niños o bebés de brazos cuando

cruzaron el Mar Rojo. Muchos solo tenían un pálido recuerdo de la ocasión en que se promulgó la ley en el monte Sinaí. En cuanto a los niños, no sabían nada de esas cosas, excepto por lo que sus padres les habían contado.

De manera que Moisés comenzó desde el principio y contó otra vez la maravillosa historia, recordándoles la manera en que Dios les había enviado alimento y agua y los había protegido.

–"Por todo el camino que han recorrido, hasta llegar a este lugar, ustedes han visto cómo el Señor su Dios los ha guiado, como lo hace un padre con su hijo".

Todos entendían eso, y especialmente los niños pequeños. Se acordaban que, cuando estaban cansados, sus padres los levantaban y los llevaban sobre sus hombros.

Dios había sido como un padre para ellos, ayudándolos siempre que se encontraban en dificultad, y ¿por qué? Porque él quería que dieran un buen ejemplo a todos los habitantes del mundo. Les dio los Diez Mandamientos para que pudieran ver la diferencia entre lo bueno y lo malo. Les ordenó que construyeran un santua-

rio, para que supieran que Dios esperaba que ellos fueran gente pura y santa.

–"Porque para el Señor tu Dios –dijo Moisés– tú eres un pueblo santo; él te eligió para que fueras su posesión exclusiva entre todos los pueblos de la tierra".

Entonces, para que no tuvieran ninguna idea errónea, añadió:

–"El Señor se encariñó contigo y te eligió, aunque no eras el pueblo más numeroso sino el más insignificante de todos. Lo hizo porque te ama y quería cumplir su juramento a tus antepasados; por eso te rescató del poder del faraón, el rey de Egipto".

Dios los amaba tanto, que no había nada que no estuviera dispuesto a hacer por ellos con tal que le fueran fieles.

–"Si realmente escuchas al Señor tu Dios, y cumples fielmente todos estos mandamientos que hoy te ordeno –dijo–, todas estas bendiciones vendrán sobre ti y te acompañarán siempre".

Los seguirían toda suerte de bendiciones, los alcanzarían y los sorprenderían. Serían bendecidos en sus ciudades y en sus campos, en el hogar y fuera de él, en todas partes y en todas las cosas.

–"El Señor abrirá los cielos, su generoso tesoro, para derramar a su debido tiempo la lluvia sobre la tierra, y para bendecir todo el trabajo de tus manos. Tú les prestarás a muchas naciones, pero no tomarás prestado de nadie. El Señor te pondrá a la cabeza, nunca en la cola".

Moisés trató de explicarles cuánto bien recibirán si se mantenían cerca de Dios y se acordaban de obedecer sus mandamientos. Pero también les advirtió lo que ocurriría si se apartaban de Dios y se olvidaban de él. En lugar de ser benditos, serían malditos. La enfermedad y toda clase de dificultades caerían sobre ellos. En lugar

de disfrutar de la tierra prometida, serían esparcidos entre todos los pueblos.

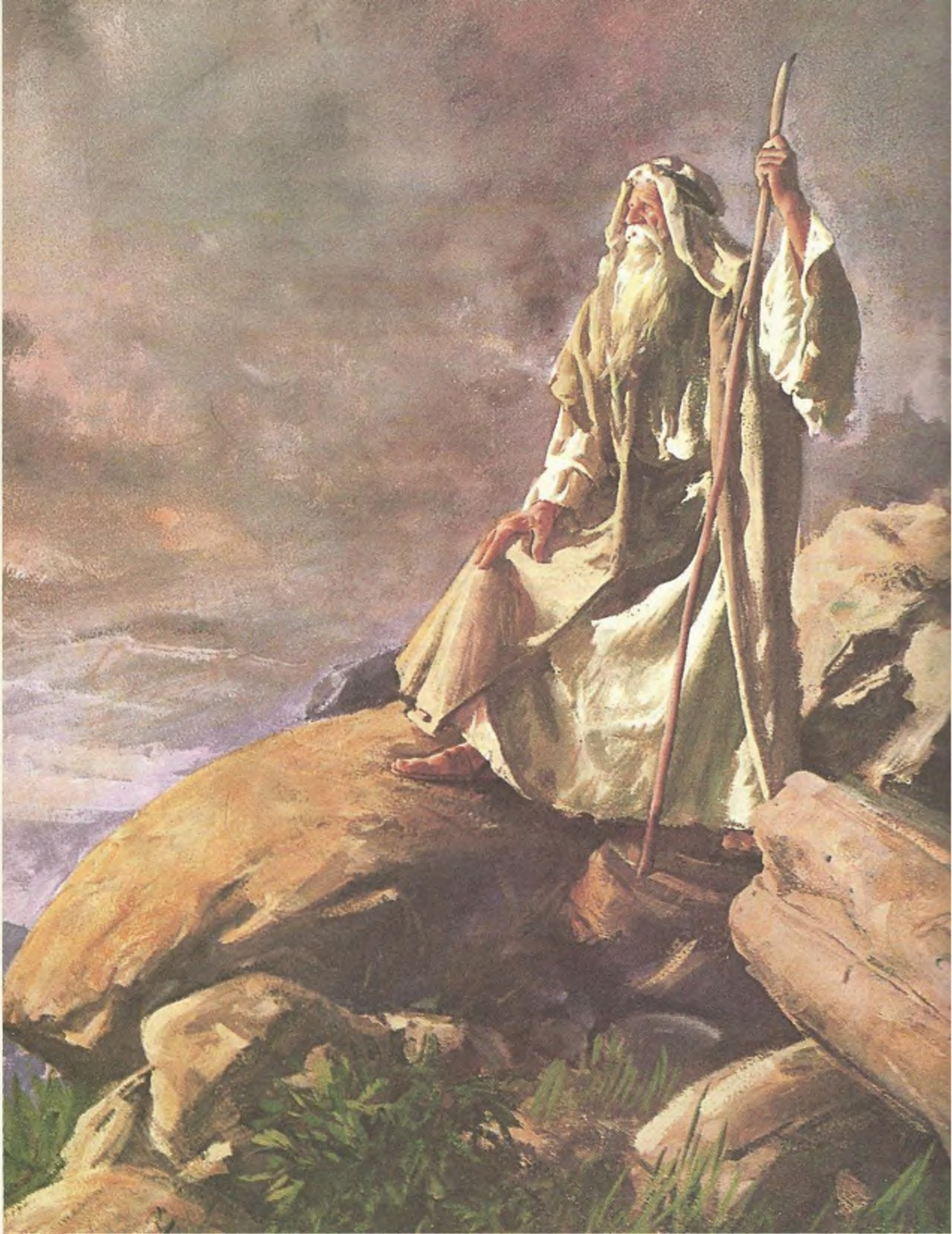
–"Si no te empeñas en practicar todas las palabras de esta ley, que están escritas en este libro –dijo–, ni temes al Señor tu Dios, ¡nombre glorioso e imponente!, el Señor enviará contra ti y contra tus descendientes plagas terribles y persistentes". "El Señor te dispersará entre todas las naciones, de uno al otro extremo de la tierra".

Terminando su discurso, dijo:

–"Hoy te doy a elegir entre la vida y la muerte, entre el bien y el mal". "Elige, pues, la vida".

Entonces, Moisés llamó a Josué ante él, y "presencia de todo Israel" le transfirió su cargo de líder. Con todo valor, aunque quizás con lágrimas en los ojos, le dijo: "Sé fuerte y valiente, porque tú entrarás con este pueblo al territorio que el Señor juró darles a sus antepasados... El Señor mismo marchará al frente de ti y estará contigo; nunca te dejará ni te abandonará. No temas ni te desanimes".

Entonces, Moisés y Josué fueron juntos a la entrada del taber-



náculo, y "el Señor se apareció a la entrada de la Tienda de reunión, en una columna de nube". Así el pueblo tuvo la seguridad que la elección de Josué como su nuevo líder también era la elección de Dios.

Cuando terminó la reunión, el pueblo se dirigió de nuevo a sus tiendas. Algunos estaban llorando; otros, hacían comentarios acerca de Josué y de la clase de líder que sería; los niños jugaban por allí como si no hubiera ocurrido nada importante.

El silencio reinaba sobre todo el campamento. Todos entraban en sus tiendas para pasar la noche...Todos, salvo uno.

Envuelta en la decreciente claridad del atardecer, se mueve la figura de un anciano solitario. Su obra está terminada. Su último mandato ha sido dado. Ha pronunciado su último adiós. Ahora, asciende al monte Nebo, "a la cima del monte Pisgá", para encontrarse con Aquel a quien ha servido tan fielmente y durante tanto tiempo.

Esta vez, no está Aarón para acompañarlo, ni Eleazar, ni Josué. En su último viaje, camina solo.

Al amanecer, contempla el campamento del pueblo que tanto ha amado. Entonces, sus ojos miran a través del valle del Jordán, hacia el oeste, hacia el norte, hacia el sur. ¡Esa es! ¡La hermosa tierra! ¡La tierra buena! Por un momento, todo se presenta ante él en un glorioso panorama. ¡Qué maravilloso! ¡Bien valía la pena toda la lucha, la fatiga, la espera!

Esa visión gloriosa es lo último que contempla sobre la tierra. Luego, los viejos ojos se cierran. Se duerme en los brazos de Dios.

"Allí en Moab murió Moisés...Y fue sepultado en Moab" por Dios mismo.



ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

de la cima del monte Pisgá, Moisés contempló los fértiles valles y las verdes llanuras de la tierra prometida que Israel iba a poseer pronto, después de su larga peregrinación.

# El cordón rojo

*(Deuteronomio 34:5-12; Josué 1:1 a 2:21)*

JOSUÉ esperó en el campamento, preguntándose cuándo regresaría Moisés. Pero él no volvió. Quizá Josué haya enviado patrullas de rescate para encontrarlo, pero si fue así, nunca lo encontró. Simplemente, había desaparecido.

Entonces, el Señor mismo dio las tristes nuevas: "Mi siervo Moisés ha muerto". Y "durante treinta días los israelitas lloraron a Moisés". Todos se afligieron al pensar que el gran anciano no estaría más con ellos. Durante un tiempo, se produjo un sentimiento de vacío y soledad en todo corazón. Pero no podían lamentarse para siempre. Había trabajo que hacer. Debían prepararse para la gran invasión.

Dios dijo a Josué: "Tú y todo este pueblo deberán prepararse para cruzar el río Jordán... Así como estuve con Moisés, también estaré contigo; no te dejaré ni te abandonaré. Sé fuerte y valiente".

Josué necesitaba valor en ese momento. Toda la carga del liderazgo acababa de recaer sobre él. La tarea de planear para el futuro era ahora suya, y no podía acudir más a Moisés en busca de consejo. De ahora en adelante, él debía tomar todas las decisiones por sí mismo.

Bien puede haberse sentido un poco preocupado al pensar en todo lo que tenía que hacer, y esa puede haber sido la razón por la que Dios le dijo vez tras vez: "¡Sé fuerte y valiente!"

Lo primero que hizo por sí mismo fue enviar dos hombres al otro lado del Jordán para reconocer las defensas de Jericó y averiguar cualquier cosa que pudiera resultar de utilidad al planear el ataque.

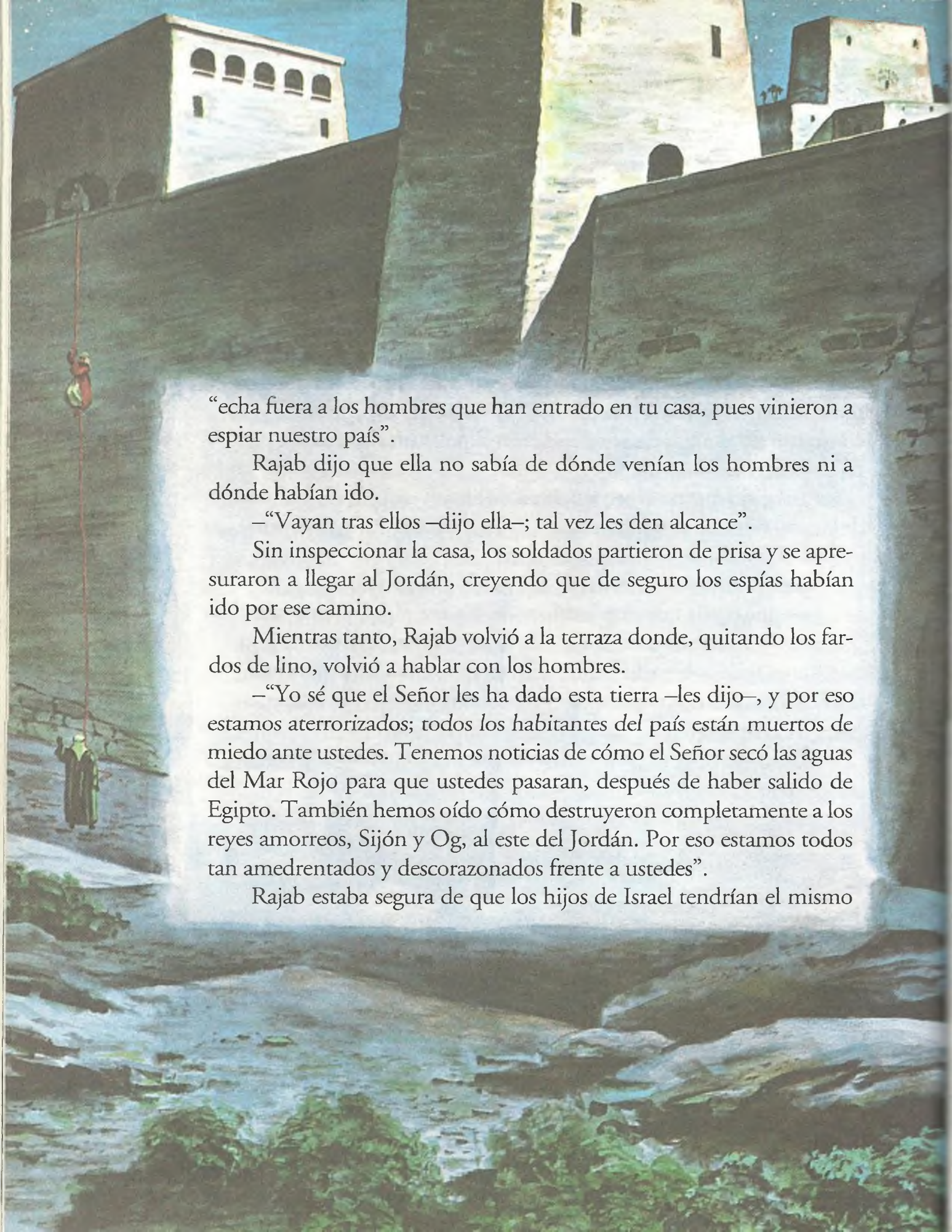
Esos dos espías cruzaron el río perfectamente y, mezclándose con la multitud, se las arreglaron para entrar en la ciudad si ningún inconveniente. Entonces, trepándose a lo más alto de la muralla, encontraron allí algunas casas y decidieron alquilar una habitación para pasar la noche.

Pensando que no corrían peligro, hablaron con Rajab, la dueña de la casa, y descubrieron muchas cosas interesantes. Pero, de repente, oyeron el sonido de tropas que afuera.

–¡Los soldados! –gritó Rajab–. ¡Corran a la terraza!

Los dos espías huyeron escaleras arriba tan rápidamente como pudieron, y tras de ellos fue Rajab. En la terraza, había fardos de lino, que Rajab apiló sobre ellos. Entonces, se apresuró a bajar para atender la puerta, donde los soldados estaban llamando con bastante energía.

–En el nombre del rey –gritaron cuando ella abrió la puerta–,



"echa fuera a los hombres que han entrado en tu casa, pues vinieron a espiar nuestro país".

Rajab dijo que ella no sabía de dónde venían los hombres ni a dónde habían ido.

–"Vayan tras ellos –dijo ella–; tal vez les den alcance".

Sin inspeccionar la casa, los soldados partieron de prisa y se apresuraron a llegar al Jordán, creyendo que de seguro los espías habían ido por ese camino.

Mientras tanto, Rajab volvió a la terraza donde, quitando los fardos de lino, volvió a hablar con los hombres.

–"Yo sé que el Señor les ha dado esta tierra –les dijo–, y por eso estamos aterrorizados; todos los habitantes del país están muertos de miedo ante ustedes. Tenemos noticias de cómo el Señor secó las aguas del Mar Rojo para que ustedes pasaran, después de haber salido de Egipto. También hemos oído cómo destruyeron completamente a los reyes amorreos, Sijón y Og, al este del Jordán. Por eso estamos todos tan amedrentados y descorazonados frente a ustedes".

Rajab estaba segura de que los hijos de Israel tendrían el mismo

éxito cuando cruzaran el Jordán, porque dijo:

–"Yo sé que el Señor y Dios es Dios de dioses tanto en el cielo como en la tierra".

De manera que procuró hacer un trato con los espías. Ella los ayudaría a escapar, si ellos en cambio le prometían que, cuando Israel capturara a Jericó, ella y todos sus parientes serían perdonados. Ellos aceptaron el trato.

Tarde esa noche, Rajab dejó que los hombres, ayudados por una cuerda fuerte, se deslizaran por la parte exterior del muro. Cuando estos estuvieron listos para escaparse en la oscuridad, le susurraron en voz tan alta como se atrevieron:

–Ata este cordón rojo a la ventana.

Eso era para que los soldados de Israel supieran qué casa debían perdonar.

Tan pronto como los espías se fueron, Rajab tomó el cordón rojo y lo ató en la ventana de su casa. Y allí quedó durante muchos días. Cada vez que Rajab lo miraba se decía: "Eso me salvará". Estaba tan segura de ello, que persuadió a su padre, a su madre y a todos sus hermanos y hermanas a que vinieran a su casa y permanecieran con ella.

Sus familiares creyeron su historia. ¡Y cuán felices se sintieron después! Porque cuando la ciudad cayó en manos de los israelitas, todos los que estaban en esa casa se salvaron.

Era algo parecido a la ocasión en que los israelitas asperjaron la sangre del cordero en los dinteles de sus casas en Egipto la noche en que murieron los primogénitos. Todas las casas que tenían la sangre fueron pasadas por alto. Así ocurrirá en el futuro. Todo corazón que tenga la sangre de Cristo en su dintel, o el cordón rojo de su amor en la ventana, será perdonado en el día del juicio.



← ILUSTRACIÓN DE FRED COLLINS

Los dos espías que Josué envió a Jericó se refugiaron en la casa de Rajab. Ella, en medio de la oscuridad, los hizo descender por una ventana con la ayuda de una cuerda.

# El cruce del Jordán

*(Josué 2:22 a 4:24)*

LOS dos espías se escondieron en las montañas cercanas a Jericó durante tres días, hasta que estuvieron seguros de que los soldados que los buscaban se habían ido de regreso. Entonces, volvieron al campamento de Israel después de cruzar el Jordán.

Josué los estaba esperando. "¡Todos sus habitantes tiemblan de miedo ante nosotros!", le contaron, repitiendo lo que Rajab había dicho.

Llamando a sus oficiales, Josué les relató lo que los espías habían averiguado y les aseguró que había llegado el momento de tomar Jericó. Entonces, les ordenó que fueran por el campamento, y que dijeran a cada uno que preparara alimentos y que estuviera listo para marchar en tres días.

Puedes imaginarte el alboroto que se produjo cuando el pueblo oyó las noticias. ¡Habían esperado ese momento durante tanto tiempo! Solo tres días más y estarían en Canaán. El sábado siguiente lo pasarían en la tierra que fluía leche y miel. Parecía demasiado bueno para ser cierto.

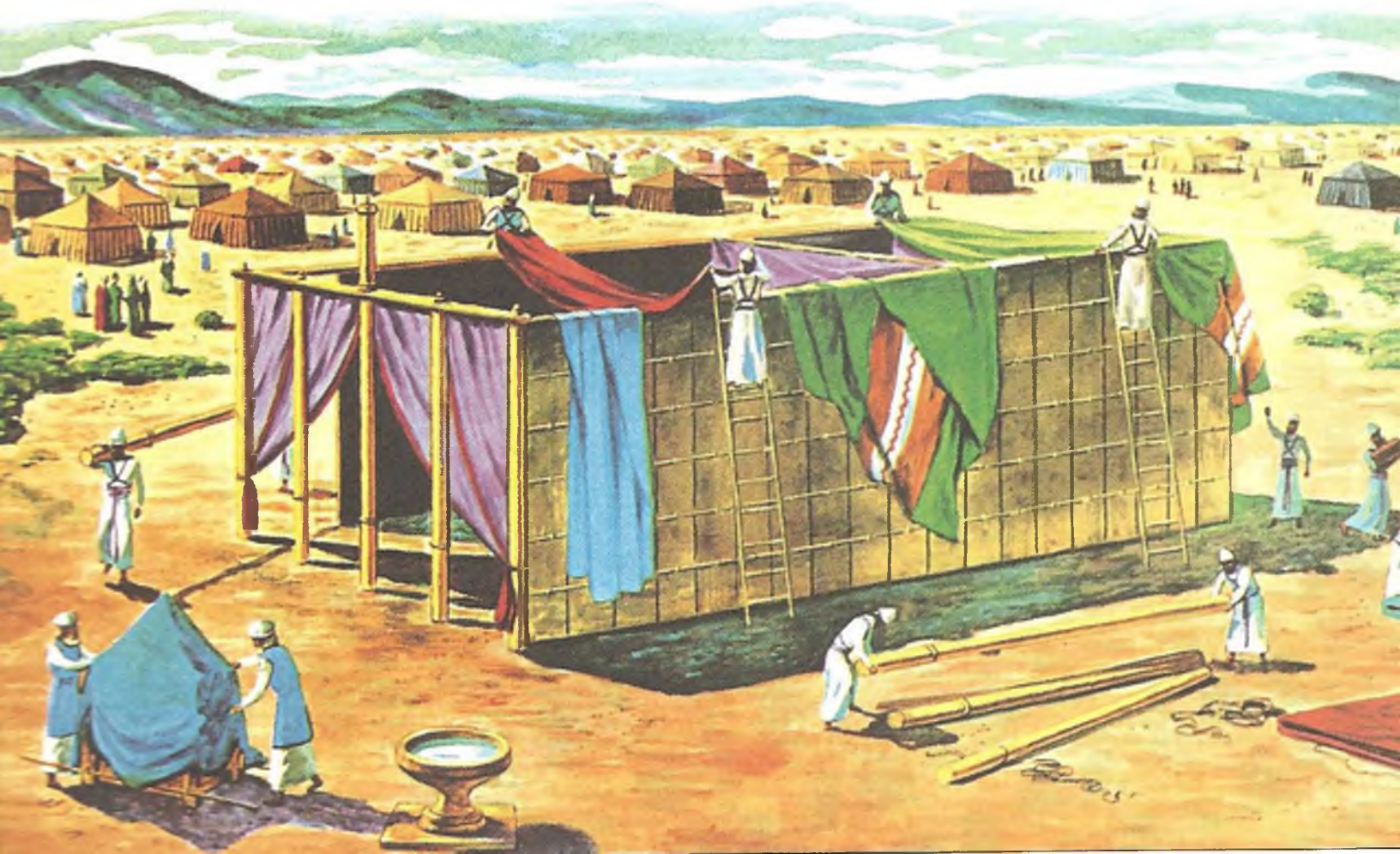
Había solo un problema: "las aguas del Jordán se desbordan en el tiempo de la cosecha". ¿Cómo planeaba Josué cruzar a un millón de personas? ¿Iba a construir un puente, o botes?

Los tres días pasaron volando. Todos se sentían felices y permanecían ocupados, preparando alimentos, doblando las tiendas, guardando la ropa de cama y cargando los carros... Pero todavía no había señales de la construcción de un puente o de botes.

Se anunció ahora por el campamento que todos debían observar a los levitas, que darían la señal de partida.

–"Cuando vean el arca del pacto del Señor su Dios, y a los sacerdotes levitas que la llevan –dijo Josué–, abandonen sus puestos y pónganse en marcha detrás de ella".

Todos los ojos se volvieron hacia el centro del campamento, donde había estado el tabernáculo durante las últimas semanas. Ya no estaba allí. Se había desmontado el armazón de madera recubierta de oro, se habían doblado con cuidado las hermosas cortinas, y se habían cubierto reverentemente los muebles.



Pero todavía estaba allí el Jordán, ancho, torrentoso y profundo. ¿Cómo iba a resolver Josué ese problema? Entonces, el día anterior al de la partida le dijo al pueblo:

–"Purifíquense, porque mañana el Señor va a realizar grandes prodigios entre ustedes".

Esto creó un revuelo mayor. El Señor había obrado maravi*llas por ellos antes. ¿Qué iba a hacer ahora?*

Esa última fue una noche de oración. Padres y madres, niños y niñas, se entregaron de nuevo a Dios y le pidieron perdón por sus pecados. Querían estar listos cuando él se acercara.

Temprano a la mañana siguiente Josué congregó al pueblo y le dijo:

–"Acérquense y escuchen lo que Dios el Señor tiene que decirles... 'Ahora sabrán que el Dios viviente está en medio de ustedes... El arca del pacto, que pertenece al Soberano de toda la tierra, cruzará el Jordán al frente de ustedes... Tan pronto como los sacerdotes que llevan el arca del Señor, soberano de toda la tierra, pongan pie en el Jordán, las aguas dejarán de correr y se detendrán formando un muro'".

La emoción dominó a los que esperaban.

–¿Vamos a cruzar el Jordán en seco como nuestros padres

cruzaron el Mar Rojo? –se decían unos a otros.

Los sacerdotes que llevan el arca comienzan a descender hacia el río. Todos quedan en suspenso. Miles de niños y niñas se ponen en puntillas de pie, pues quieren ver qué es lo que va a suceder.

Los sacerdotes se van acercando más y más al borde del agua. El río todavía sigue corriendo majestuosamente.

Se acercan cada vez más... ¿Y si no ocurre nada? ¿Seguirán caminando y entrarán en el agua? ¿O Josué les dirá que se detengan?

Se siguen acercando cada vez más, cada vez más. Faltan solo unos pocos pasos para llegar. Cinco, cuatro, tres, dos, uno.

¡Mira! ¡Sus pies ya tocan el agua!

De repente, algo sucede. Nadie sabe qué. Pero el hecho es que el agua se ha retirado tres metros. Seis metros. Diez metros. Treinta metros. Ahora parece que se ha abierto un camino seco a través de todo el río. A la derecha y a la izquierda no queda vestigio alguno de agua. De alguna manera, en algún punto, milagrosamente se ha contenido el río y ha cesado de fluir.

Los sacerdotes avanzan. A la orden de Josué se detienen en medio del lecho del río, en el lugar más peligroso, en caso de que el agua volviera a fluir. Al verlos en ese lugar, el pueblo se anima y comienza a cruzar. Formando escuadrones de miles y de diez miles, los israelitas se apresuran a pasar al otro lado, llevando consigo sus carros y su ganado tan rápidamente como les es posible. ¡Es un espectáculo estupendo!

Los habitantes de Jericó, que están observándolo desde la muralla, enmudecen de temor. Nunca habían visto algo semejante.

Hora tras hora continúan los israelitas la travesía, hasta que el último hombre, la última mujer, el último muchachito y la última niñita se encuentran a salvo en la otra orilla.

Josué envía a decir a los sacerdotes que sostienen el arca en medio del lecho del río:

–"Salgan del Jordán".

Estos salen, ¡y están muy contentos de hacerlo! Apenas llegan a la orilla cuando, en alguna parte, a la distancia, las aguas detenidas vuelven a fluir, cubriendo por completo precisamente el lugar donde ellos habían estado.

Todos miran el agua asombrados. Cuesta creerlo. ¡El río sigue fluyendo como antes! ¡Pero un millón de personas lo ha

cruzado sin valerse de un puente ni de un bote! ¡Ese era el prodigio que Dios había prometido obrar!

Para asegurarse de que el pueblo no iba a olvidarse jamás de ese milagro portentoso, antes de que los sacerdotes abandonaran su lugar, Josué pidió a 12 hombres, uno de cada tribu, que trajeran 12 piedras grandes del medio del Jordán. Entonces, las apiló en un gran montón, formando así un monumento conmemorativo del gran evento. "En el futuro, cuando sus hijos les pregunten: '¿Por qué están estas piedras aquí?', ustedes les responderán: 'Porque el pueblo de Israel cruzó el *río Jordán* en seco'... Esto sucedió para que todas las naciones de la tierra supieran que el Señor es poderoso, y para que ustedes aprendieran a temerlo para siempre".

Desafortunadamente, el montón de piedras desapareció con los años, y lo mismo ocurrió con el recuerdo de lo que Dios había hecho.

# Aparece el capitán

*(Josué 5:10 a 6:5)*

LUEGO de atravesar con seguridad el río Jordán, los hijos de Israel levantaron sus tiendas con una felicidad que nunca antes habían conocido. ¡Finalmente se encontraban en Canaán! ¡Sus pies estaban sobre la tierra prometida!

Con profunda gratitud a Dios, observaron la Pascua, que les recordaba la liberación de Egipto, ocurrida hacía 40 años. De algún modo, esto parecía cuadrar maravillosamente con la forma en que Dios acababa de conducirlos a través del Jordán.

A la mañana siguiente, comieron alimentos que encontraron en Canaán, y a la otra mañana, ya no cayó el maná. La Biblia dice que, "al día siguiente, después de la Pascua, el pueblo empezó a alimentarse de los productos de la tierra... Desde ese momento dejó de caer maná". Sin duda algunos, como era su costumbre, salieron para juntar maná para el desayuno, pero no encontraron nada. Nunca más volvieron a ver el maná. Esa era otra señal de que ahora comenzaba para ellos una nueva vida.

Cierto día, quizá a la hora en que las sombras de la tarde caían sobre el valle del Jordán y el campamento de Israel se sumía en el si-



← ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

Antes de intentar la captura de Jericó, Josué se fue al campo, para orar a solas. No sabía que iba a encontrarse con el Capitán de la hueste del Señor, que había descendido para ayudarlo.

lencio, Josué se apartó solo para orar. Estaba preocupado. Él conocía mejor que nadie las dificultades que lo esperaban. No muy lejos estaba Jericó, tan cerca que podía ver los soldados sobre las murallas. Se preguntaba cómo esa ciudad, tan fortificada y bien defendida, podía ser tomada por un pueblo que conocía tan poco de la guerra. Más allá había un centenar de otras ciudades semejantes, llenas de gentes feroces y crueles que lucharían hasta la muerte para impedir que Israel los conquistara.

Luego, estaban esas montañas cuya silueta se perfilaba a la luz del crepúsculo, altas y empinadas, que les cortaban el paso al mar. ¿Cómo las atravesaría con un millón de personas?

Josué expresó delante de Dios un sentimiento de impotencia, y suplicó que se le concediera sabiduría para saber qué hacer. De repente, cuando levantó la cabeza, vio a alguien que estaba parado a su lado, con una espada desnuda en su mano. Es probable que Josué se aferrara instintivamente a su espada al ir al encuentro del extraño.

–"¿Es usted de los nuestros, o del enemigo?" –preguntó, como lo haría cualquier soldado.

–"¡De ninguno! –respondió–. Me presento ante ti como comandante del ejército del Señor".

"¡Comandante del ejército!", pensó Josué. ¿Acaso el capitán no era él? Entonces se dio cuenta. Este debía ser el Señor mismo, el verdadero Capitán de Israel. Y había venido para concederle la ayuda, la sabiduría y el valor, por los que había orado.

"Entonces Josué se postró rostro en tierra y le preguntó:

–"¿Qué órdenes trae usted, mi Señor, para este siervo suyo?"

El Señor tenía mucho que decirle, pero en primer lugar le recordó que fuera reverente en la presencia de Dios. Tal como le había

dicho a Moisés ante la zarza ardiendo, le pidió a Josué que se quitara los zapatos, porque le lugar donde estaba era tierra santa. "Y Josué le obedeció".

Entonces, el Señor le explicó lo que él más deseaba saber: Cómo capturar a Jericó. Israel no tendría que pelear, sino caminar rodeando varias veces la ciudad. Entonces, todos debían gritar fuerte, y las murallas caerían. Así de fácil sería la captura.

¡Cuán simple le parecía ahora el problema a Josué! Ya no necesitaba seguir preocupándose más. El Capitán de la hueste estaba al frente, y la victoria era segura.

Todos nuestros problemas se simplificarán, si dejamos que el Señor se encargue completamente de nuestra vida.

# El grito que despedazó la ciudad

*(Josué 6:6-20)*

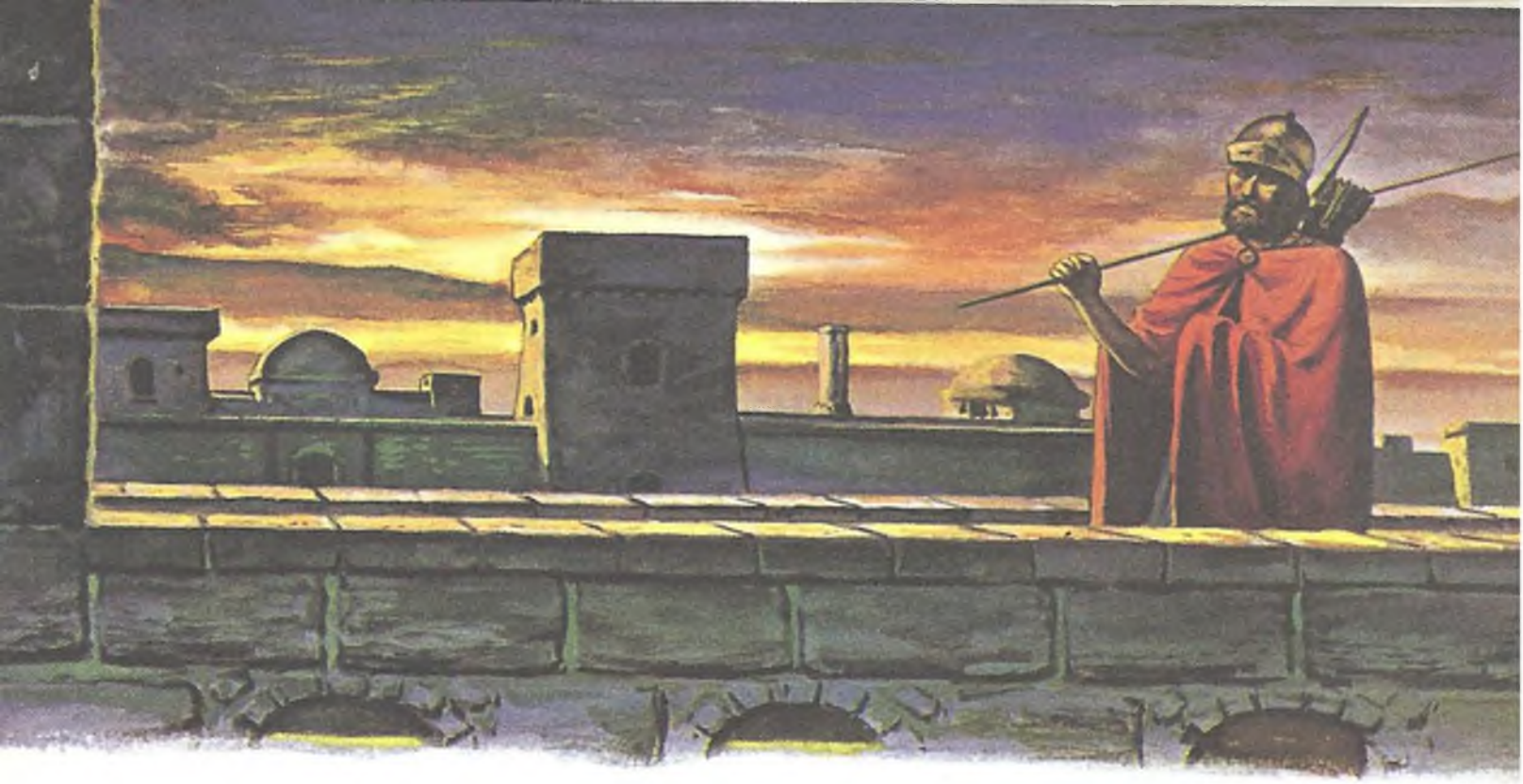
LOS guardias que vigilaban sobre las murallas de Jericó estaban pasmados. Desde que habían presenciado a los hijos de Israel pasar por el lecho seco del río, habían esperado un ataque. Pero nada había sucedido.

Las puertas de la ciudad estaban cerradas. Todos los hombres en condiciones de pelear estaban completamente armados, listos para actuar en cualquier momento. Los arqueros se encontraban apostados en las murallas para disparar contra cualquier atacante. Pero ninguno venía.

Los espías informaron que los israelitas estaban realizando ciertas ceremonias religiosas, pero que no poseían ninguna gran máquina de guerra para abordar las murallas de la ciudad. Tampoco estaban construyendo alguna. Todo parecía muy extraño. ¿Estaban planeando quedarse allí quietos para que ellos murieran de hambre?

Entonces, cierto día, observaron que se estaba formando una procesión fuera del campamento de Israel.

"¡Ahí vienen!", se dijeron, mientras enviaban soldados a los puestos de batalla. Pero el ataque no se produjo.



En lugar de eso vieron a miles de hombres armados que comenzaban a marchar no hacia la ciudad, sino alrededor de ella. Les seguía un grupo de sacerdotes que llevaban el mismo objeto extraño que habían visto en el medio del Jordán cuando los israelitas lo habían cruzado. Y así continuó la procesión hasta que los invasores rodearon completamente la ciudad. Luego, todos volvieron al campamento de Israel y se dispersaron.

–¡Es una manera cómica de atacar la una ciudad! –dijo uno que estaba sobre las murallas–. Si así es como piensan hacernos la guerra, no tenemos por qué preocuparnos.

–No me gusta eso –dijo otro–. ¿Notaste cuán callados iban? Hasta donde me fue posible escuchar, nadie dijo una palabra. Lo único que se oía era el sonido que hacían con las trompetas.

Al otro día, sucedió lo mismo: una procesión idéntica, la misma marcha silenciosa alrededor de la ciudad. Era algo tan extraño.

Y lo mismo ocurrió al día siguiente y al siguiente, durante seis días consecutivos.

–¿Qué es lo que se proponen? –comentaban muchos en la ciu-

dad–. ¿Piensan que van a atemorizarnos así, dando vueltas y vueltas?

Entonces, llegó el séptimo día. Temprano por la mañana, la procesión comenzó otra vez. Al principio no parecía haber ninguna diferencia. Y no la hubo, hasta que se completó un circuito. Entonces, en lugar de volver al campamento como acostumbraban hacerlo, los soldados y los sacerdotes dieron otra vuelta a la ciudad. Luego otra, y otra. Cuatro veces, cinco veces, seis veces.

Pero no arrojaron siquiera una lanza, ni dispararon una flecha. El único sonido que se oía era el que hacían los sacerdotes con las trompetas y el ruido del tramp, tamp, producido por los pies de la multitud que marchaba.

Indudablemente, para entonces las murallas estaban atestadas de gente que observaba el espectáculo asombroso, preguntándose qué significaría, y qué podría ocurrir después. La procesión dio

vuelta por séptima vez.

De repente, mientras los sacerdotes tocaban una vez más las trompetas, se oyó un gran alarido. Parecía como si todos los soldados de las filas de los israelitas hubieran gritado exactamente al mismo tiempo. La onda de sonido pareció herir las murallas como un ariete, porque en ese preciso momento, se produjo un temblor y un estremecimiento, como si un terremoto hubiera sacudido la ciudad. Las grandes murallas comenzaron a caer hacia afuera. Centenares de hombres que habían sido ubicados allí para defenderlas se cayeron y perecieron, dejando así la ciudad abierta para los israelitas.

Minutos después, la batalla había concluido. Jericó había sido capturada. Israel había ganado su primera victoria en Canaán.

# El pecado enterrado

*(Josué 7)*

CUANDO los israelitas regresaron al campamento después de la captura de Jericó, se sintieron muy satisfechos. ¡Habían tomado la ciudad más importante del valle del Jordán sin un una sola batalla! Comenzaron a pensar que, si todas las ciudades de Canaán podían ser tomadas tan fácilmente como esa, poseerían la tierra inmediatamente.

Pensando así, salieron para tomar la ciudad de Hai. Dado que era mucho menor que Jericó, algunos de los líderes dijeron que no sería necesario enviar a la batalla a todos los hombres de Israel. "Dos o tres mil soldados serán suficientes para que tomemos Hai –le dijeron a Josué–, no hay necesidad de cansar a todo el pueblo".

De manera que salieron unos 3.000 hombres para atacar a Hai; y fueron derrotados. Treinta y seis hombre fueron muertos, y el resto llegó al campamento muy desanimado.

Algo había andado mal. Josué se sentía casi tan apesadumbrado como los demás. No podía entenderlo. ¿Dónde estaba el Capitán de la hueste del Señor que había prometido la victoria?

*El Pecado Enterrado*

"Josué se rasgó las vestiduras y se postró rostro en tierra ante el arca del pacto del Señor. Lo acompañaban los jefes de Israel, quienes también mostraban su dolor y estaban consternados".

Esa era una posición extraña para el supuesto conquistador del país, y al Señor no le gustó.

–"¡Levántate! –le dijo a Josué– ¿Qué haces allí postrado?"

Entonces, el Señor le explicó qué era lo que pasaba. Alguien en el campamento había cometido un pecado atroz. Dios había dicho que "el oro y la plata y los utensilios de bronce y de hierro pertenecen al Señor: colóquenlos en su tesoro".

–"Los israelitas han pecado y han violado la alianza que concerté con ellos. Se han apropiado del botín de guerra que debía ser destruido y lo han escondido entre sus posesiones. Por eso los israelitas no podrán hacerles frente a sus enemigos, sino que tendrán que huir de sus adversarios".

Alguien había desobedecido órdenes y guardado una parte del botín de Jericó para sí. ¿Pero cómo podría Josué encontrar al hombre que había cometido ese acto? Entonces, el Señor le indicó que echaran suertes, primero para encontrar la tribu a la que pertenecía el hombre, luego su familia y, finalmente, para encontrar al hombre.

Mientras tanto, Acán, que había robado los artículos y los había enterrado en su tienda, se sentía perfectamente a salvo. "No

me van a pescar nunca –se decía a sí mismo–. Nunca".

Aun cuando Josué reunió a todo el pueblo y comenzó a echar suertes, Acán permanecía tranquilo. Entre tantos, tantos miles de personas, ¿cómo podrían encontrarlo jamás, especialmente cuando en el campamento nadie sabía lo que él había hecho?

Pero cuando oyó que, al echar suertes por las doce tribus, la suerte había caído en la tribu de Judá, comenzó a sentir un poco de ansiedad. "Esa es la mía –se dijo–. Pero hay miles de familias en la tribu de Judá –se tranquilizó–. Todavía estoy bien".

Se preocupó un poco más cuando se enteró de que la suerte que se había echado entre las familias de Judá, había caído sobre la familia de los de Zera. "Esa es mi familia –se dijo–. Eso no me gusta. Se están acercando mucho".

Minutos más tarde, la suerte cayó más cerca aún, porque correspondió a Zabdí, el abuelo de Acán. Cuando el hombre se adelantó para hablar con Josué, y los sacerdotes comenzaron a echar suertes sobre los hijos y los nietos de Zabdí, el rostro de Acán se volvió pálido.

Entonces, oyó que se llamaba su propio nombre, y su corazón desfalleció. Su deshonestidad había sido descubierta, y ya no podía esconderlo más.

–"Hijo mío –dijo Josué bondadosa pero solemnemente–, honra y alaba al Señor, Dios de Israel. Cuéntame lo que has hecho. ¡No me ocultes nada!"

Temblando, Acán confesó. No había nada más que pudiera hacer. Sí, él era quien había pecado. Cuando Jericó había sido capturada, había visto "un hermoso manto de Babilonia", que pensaba ponerse algún día, doscientas monedas de plata y una barra

de oro de medio kilo.

–"Me deslumbraron y me apropié de ellos. Entonces los escondí en un hoyo que cavé en medio de mi carpa".

Josué envió hombres a la tienda de Acán, y pronto encontraron los bienes robados y los trajeron consigo. Con ellos, hicieron una miserable pilita enfrente de Josué y de los ancianos de Israel, y el manto babilónico no pareció ni de cerca tan hermoso como antes. ¡Qué pena que Israel hubiera sufrido la derrota en la batalla, y que muchos hombres buenos hubieran perdido la vida, por causa de esa miserable pieza de ropa y de unos trozos de plata y de oro!

Acán estaba muy apenado. Pero era demasiado tarde para lamentarse. Debía ser castigado, y lo fue.

Fue llevado hasta un valle donde había muchas piedras, y el pueblo le arrojó piedras hasta que murió. "Luego colocaron sobre ellos un gran montón de piedras que sigue en pie hasta el día de hoy".

El lugar fue llamado Acor, que significa "desgracia". ¡Y cuántas dificultades se produjeron por ese un pequeño pecado, un pecado enterrado que no pudo quedar oculto!

# Pan mohoso

*(Josué 8:1-29; 9)*

DESPUÉS de que Acán fuera castigado, Hai fue fácilmente conquistada. Aunque esta vez no fueron 3.000 hombres, sino todos los hombres de guerra, como habían hecho en el caso de Jericó, y la ciudad fue destruida.

Cuando las noticias de esa segunda gran victoria se divulgaron por la región, la gente de Canaán se asustó mucho. Algunos de los gobernantes de las ciudades más grandes decidieron aliarse entre sí para pelear contra Israel. Otros pensaron que, de ser posible, sería mejor hacer un tratado de paz con los invasores. Entre ellos se contaban los dirigentes de Gabaón, que trazaron un brillante plan para salvarse.

Su ciudad no distaba mucho de Hai, y pensaba que, si no actuaban pronto, serían los próximos en ser destruidos. De manera que se disfrazaron de embajadores de un país distante y "enviaron unos mensajeros, cuyos asnos llevaban costales viejos y odres para el vino, rotos y remendados. Iban vestidos con ropa vieja y tenían sandalias gastadas y remendadas. El pan que llevaban para comer estaba duro y hecho migas. Fueron al campamento de Guilgal, donde estaba

Josué, y les dijeron a él y a los israelitas:

–"Venimos de un país muy lejano. Queremos hacer un tratado con ustedes".

Algunos de los dirigentes de Israel sospecharon un poco de los forasteros sucios por el viaje, y los observaron cuidadosamente, pero ninguno descubrió la simulación. De manera que Josué les preguntó quiénes eran y de dónde venían.

Fatigosamente respondieron:

–"Nosotros somos sus siervos, y hemos venido de un país muy distante, hasta donde ha llegado la fama del Señor su Dios. Nos hemos enterado de todo lo que él hizo en Egipto y de lo que les hizo a los dos reyes amorreos al este del Jordán: Sijón, rey de Hesbón, y Og, rey de Basán".

Por supuesto, evitaron mencionar a Jericó y Hai, cosa que los hubiera delatado. Luego, notando que su discurso había producido una profunda impresión en Josué y en los príncipes de Israel, siguieron adelante y, como demostración de lo que habían afirmado, mostraron el alimento que habían traído consigo.

–"Cuando salimos para acá –dijeron compungidos–, nuestro pan estaba fresco y caliente, pero ahora, ¡mírenlo! Está duro y hecho migas. Estos odres estaban nuevecitos y repletos de vino, y ahora, tal como pueden ver, están todos rotos. Y nuestra ropa y sandalias están gastadas por el largo viaje".

No sé cómo podían quedarse serios mientras decían todas esas

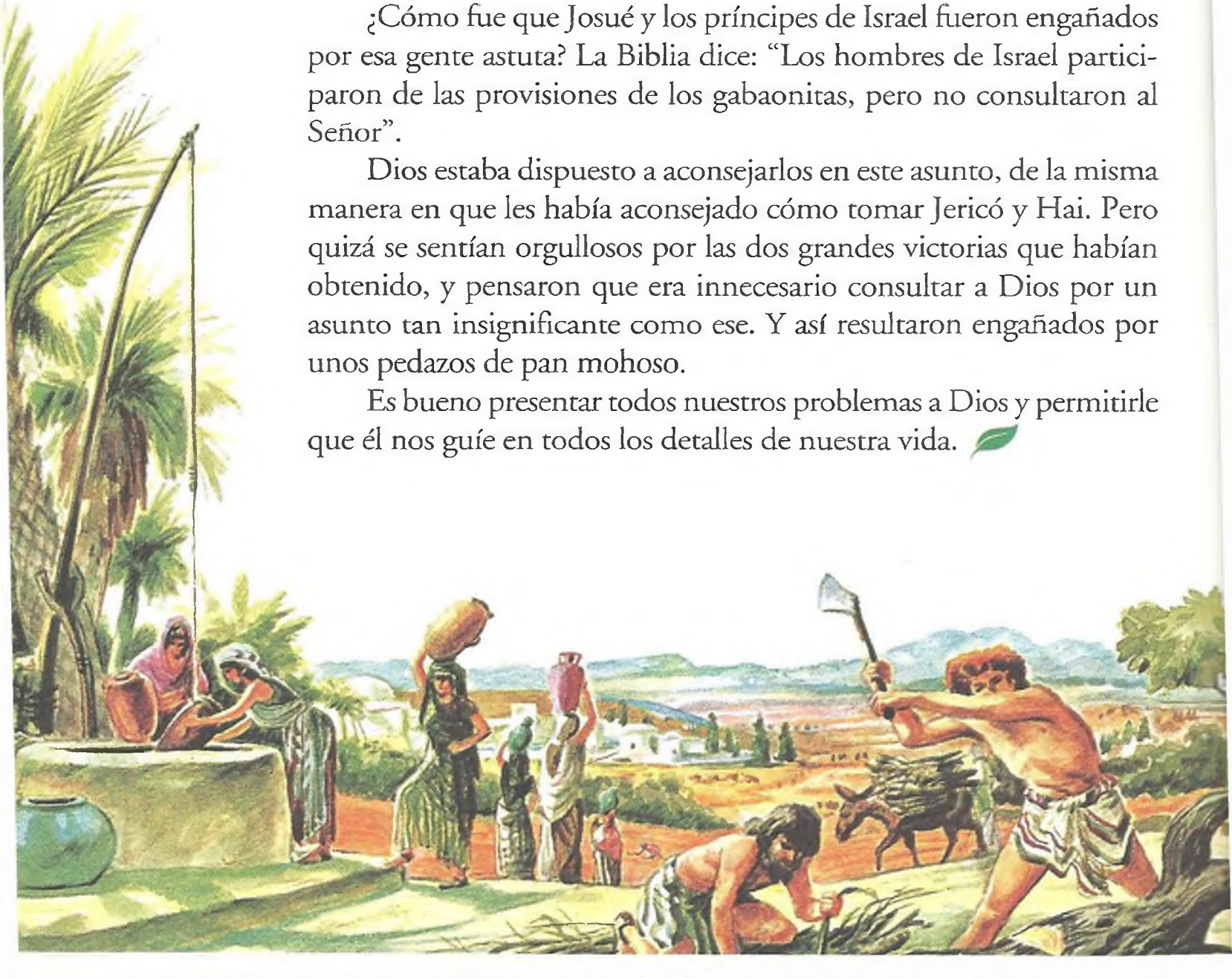
falsedades. Pero lo hicieron. Y Josué les creyó. Y lo mismo ocurrió con los demás dirigentes que los escucharon. ¿Cómo podían negar la evidencia de ese pan envejecido? "Entonces Josué hizo con ellos un tratado de ayuda mutua y se comprometió a perdonarles la vida. Y los jefes israelitas ratificaron el tratado".

Naturalmente, no pasó mucho tiempo antes de que descubriera el fraude. A los tres días salió a luz la verdad. Puedes imaginarte cuán indignados se sintieron Josué y los demás. Pero mantuvieron su palabra. Cuando llegaron a Gabaón, no la tocaron. No obstante, se les dijo a los gabaonitas que, como castigo por su engaño, debían por siempre "ser los leñadores y aguateros de la comunidad" como servicio en favor de los hijos de Israel.

¿Cómo fue que Josué y los príncipes de Israel fueron engañados por esa gente astuta? La Biblia dice: "Los hombres de Israel participaron de las provisiones de los gabaonitas, pero no consultaron al Señor".

Dios estaba dispuesto a aconsejarlos en este asunto, de la misma manera en que les había aconsejado cómo tomar Jericó y Hai. Pero quizá se sentían orgullosos por las dos grandes victorias que habían obtenido, y pensaron que era innecesario consultar a Dios por un asunto tan insignificante como ese. Y así resultaron engañados por unos pedazos de pan mohoso.

Es bueno presentar todos nuestros problemas a Dios y permitirle que él nos guíe en todos los detalles de nuestra vida.



# El sol se detiene

*(Josué 10 a 21)*

ESE pedazo de pan mohoso que los gabaonitas mostraron a Josué le trajo más dificultades de lo que él esperaba.

Poco después de haber firmado el tratado de paz con ellos, le enviaron un mensaje urgente, pidiéndole ayuda. Estaban a punto de ser atacados por cinco reyes de las ciudades vecinas, y le rogaron que acudiera en seguida y los salvara. "No abandone usted a estos siervos suyos –le rogaron–. ¡Venga de inmediato y sálvenos! Necesitamos su ayuda, porque todos los reyes amorreos de la región montañosa se han aliado contra nosotros".

Estos cinco reyes habían planeado atacar a los israelitas y detener la invasión de Canaán; de manera que, naturalmente, cuando se enteraron de que los gabaonitas habían firmado la paz con Israel, se enfurecieron. Los llamaron traidores y se dispusieron a castigarlos. De ahí que los gabaonitas recurrieran a Josué en busca de ayuda.

Esta vez, Josué no se olvidó de consultar a Dios acerca de qué debía hacer. Para su sorpresa, el Señor le dijo que acudiera en socorro

de esa gente que lo había engañado, y que lo hiciera inmediatamente.

Marchando durante toda la noche, los ejércitos de Israel llegaron a Gabaón justo a tiempo. Tomados por sorpresa, los soldados de los cinco reyes se dispersaron en todas direcciones.

Durante la lucha que continuó, ocurrieron dos cosas maravillosas. En primer lugar, se desató de repente una tormenta de granizo que abatió al enemigo, de manera que "mató a más gente de la que el ejército israelita había matado a filo de espada".

Entonces, como se estaba haciendo tarde, y Josué se dio cuenta de que muchos escaparían en medio de la oscuridad, oró para disponer de más tiempo para terminar la obra.

Josué reconoció que esa era una batalla muy importante. Si la ganaba, quebrantaría el poder de los cananitas de una vez por todas. Su camino al mar quedaría libre, como también quedaría todo Canaán. Debía ganarla. ¡Oh, si tuviera unas horas más de luz! ¡Si tan solo el sol no se pusiera!

De pronto, miró hacia el sol que estaba poniéndose y exclamó: "Sol, deténte en Gabaón, luna, párate sobre Ayalón".

Yo no sé exactamente cómo sucedió eso, pero a la Biblia dice que "el sol se detuvo y la luna se paró" hasta que la batalla estuvo ganada.

Hora tras hora, cuando normalmente hubiera sido oscuro, había luz. El sol continuó brillando, y "no se movió de allí por casi un día entero". Permaneció allí en el cielo, donde estaba. "Nunca antes ni después ha habido un día como aquél; fue el día en que el Señor obedeció la orden de un ser humano. ¡No cabe duda de que el Señor estaba peleando por Israel!"

Por supuesto, todos los habitantes de Palestina se dieron cuenta

de este fenómeno y se maravillaron por ese día tan largo. Y cuando se enteraron de que eso había ocurrido solamente para que Israel pudiera derrotar a los cinco reyes, no les quedó mucho ánimo para pelear. En las batallas que siguieron, Israel obtuvo una sucesión de victorias. "Así logró Josué conquistar toda aquella tierra, conforme a la orden que el Señor le había dado a Moisés"

Por fin, cuando terminó la batalla, Josué dividió cuidadosamente la tierra entre los hijos de Israel. Para asegurarse de que todos quedarían satisfechos, designó una comisión de 21 hombres, que exploraran toda la tierra y trajeran "una descripción escrita de todos sus territorios". Estos "regresaron a Siló con la descripción de todo el país, ciudad por ciudad, y su división en siete partes". Con este libro en mano, repartió el territorio echando suertes, y las diversas tribus aceptaron la porción que les tocó. Entonces, se separaron para comenzar la nueva vida en la tierra prometida.

"Ninguna de las buenas promesas del Señor su Dios ha dejado de cumplirse al pie de la letra. Todas se han hecho realidad, pues él no ha faltado a ninguna de ellas".

# Los últimos días de Josué

*(Josué 14:6-15; 19:49, 50; 23; 24:1-31)*

CUANDO la tierra de Canaán se estaba dividiendo entre las tribus de Israel, dos cosas hermosas ocurrieron .

La primera sucedió cuando el anciano Caleb vino a hacer un pedido. ¿Qué supones que pidió este anciano veterano de 85 años? ¿Una linda porción de llanuras fértiles lindantes al Jordán? No, por cierto. Eso no lo haría él. "Dame... la región montañosa –dijo, señalando a un monte donde todavía vivían los gigantes hijos de Anac–. Con la ayuda del Señor los expulsaré de ese territorio, tal como él ha prometido".

Eran los mismos hijos de Anac los que habían atemorizado al pueblo 40 años antes. Ahora Caleb, valiente hasta el fin, se ofreció para combatirlos él mismo. Lo hizo, y obtuvo la victoria.

Entonces, cuando la división de la tierra había casi terminado, le tocó el turno a Josué. ¿Qué pidió él? Como líder, podría haber demandado una hermosa y extensa franja de tierra, pero no lo hizo. En cambio, pidió una ciudad pequeña y arruinada, que tuvo que reconstruir. Y cuando se la dieron la llamó Timnat Sera, que significa

"la porción que permanece". Con su actitud, demostró ser un hombre verdaderamente grande. No tomó nada para sí hasta que todos habían sido atendidos.

Los años pasaron. Años de paz y felicidad para Israel. Josué celebró su centésimo cumpleaños. Poco después, sintiendo que su fin se acercaba, reunió al pueblo como lo había hecho Moisés poco antes de morir.

Cuando los israelitas acudieron, les recordó nuevamente todas las bondades que Dios había tenido para con ellos desde el día en que había llamado a Abram a salir de Ur de los caldeos. Haciéndolos retroceder con la imaginación hasta los días de su esclavitud en Egipto, se refirió a la gran liberación del Mar Rojo, al milagroso cruce del Jordán y, por último, a todas las maravillosas victorias que Dios les había concedido desde aquel día.

–"Hagan, pues, todo lo que está de su parte para amar al Señor su Dios –les imploró–. Entréguense al Señor y sírvanle fielmente".

Luego, les advirtió lo que les ocurriría si llegaban a olvidarse del Dios que los había bendecido tanto, añadiendo aquellas últimas y memorables palabras suyas:

–"Elijan ustedes mismos a quiénes van a servir... Por mi parte, mi familia y yo serviremos al Señor".

Profundamente conmovidos por la fe de su anciano líder y por su gran preocupación por ellos, el pueblo respondió:

–"Sólo al Señor nuestro Dios serviremos, y sólo a él obedeceremos".

Ellos se proponían hacer lo que decían, estoy seguro de ello. Y mientras Josué vivió, cumplieron su palabra.

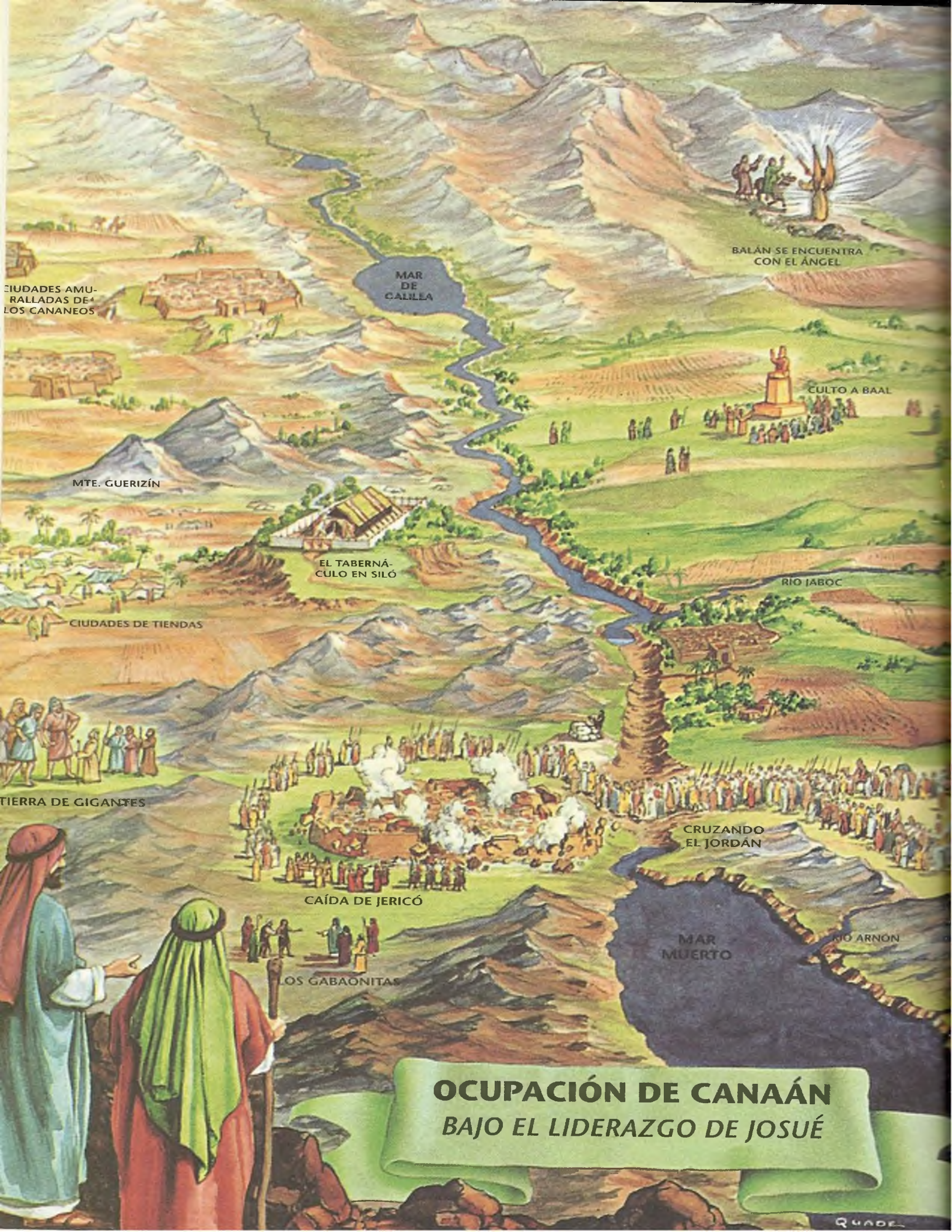
Entonces, Josué murió "a la edad de ciento diez años". ¿Y dónde supones que lo sepultaron? En su propia ciudad, la ciudad de Timnat Sera, "la porción que permanece", un lugar adecuado para alguien cuyo nombre permanecería para siempre.

TERCERA PARTE

*Historias de*

# los Días de los Jueces

*(Jueces 1:1 a Rut 4:22)*


BALÁN SE ENCUENTRA CON EL ÁNGEL
MAR DE GALILEA
CIUDADES AMURALLADAS DE LOS CANANEOS
CULTO A BAAL
MTE. GUERIZÍN
EL TABERNÁCULO EN SILÓ
RÍO JABOC
CIUDADES DE TIENDAS
TIERRA DE GIGANTES
CRUZANDO EL JORDÁN
CAÍDA DE JERICÓ
MAR MUERTO
RÍO ARNÓN
LOS GABAONITAS
OCUPACIÓN DE CANAÁN
BAJO EL LIDERAZGO DE JOSUÉ

# El lugar de los que lloran

*(Jueces 1:1 a 2:15)*

CUANDO las tribus de Israel recibieron la tierra de Canaán, se entendía que debían expulsar a los pobladores malvados que encontraran allí. Debían quebrar sus ídolos, derribar sus altares y organizar en Palestina una nación pura y santa que resplandeciera iluminada por la gloria de Dios en un mundo malvado. Pero no lo hicieron. Se cansaron demasiado pronto.

Estaban tan apurados por construir sus propias casas y comenzar a cultivar de nuevo la tierra, que encontraron toda clase de excusas para no hacer exactamente lo que Dios, por medio de Josué, les había indicado.

Leemos que la tribu de Judá se apoderó "de la región montañosa, pero no pudieron expulsar a los que vivían en las llanuras, porque esa gente contaba con carros de hierro". ¿Qué tenían que ver los carros de hierro en todo esto? El Señor, ¿no podría haber encontrado una solución para resolver ese problema, así como había solucionado tantos otros antes?

El primer capítulo de Jueces encierra una larga historia de fraca-



← ILUSTRACIÓN DE LESTER QUADE

Después de cruzar el Jordán y de vencer a los gigantes en sus ciudades amuralladas, los israelitas armaron el tabernáculo, pactaron con los cabaonitas y prosperaron como Dios prometió.

sos. "Los de la tribu de Manasés no pudieron expulsar a los de Betseán".

"Los de la tribu de Efraín tampoco pudieron expulsar a los cananeos que vivían en Guézer".

"Los de la tribu de Zabulón, por su parte, tampoco pudieron expulsar a los cananeos que vivían en Quitrón".

Y así por el estilo. Entonces, dice: "Los amorreos hicieron retroceder a los de la tribu de Dan hasta la región montañosa, y no les permitieron bajar a la llanura". ¡Qué vergüenza que eso ocurriera después de todas las aplastantes victorias que Israel había obtenido bajo la dirección de su valeroso líder, Josué! Todo eso era muy desanimador.

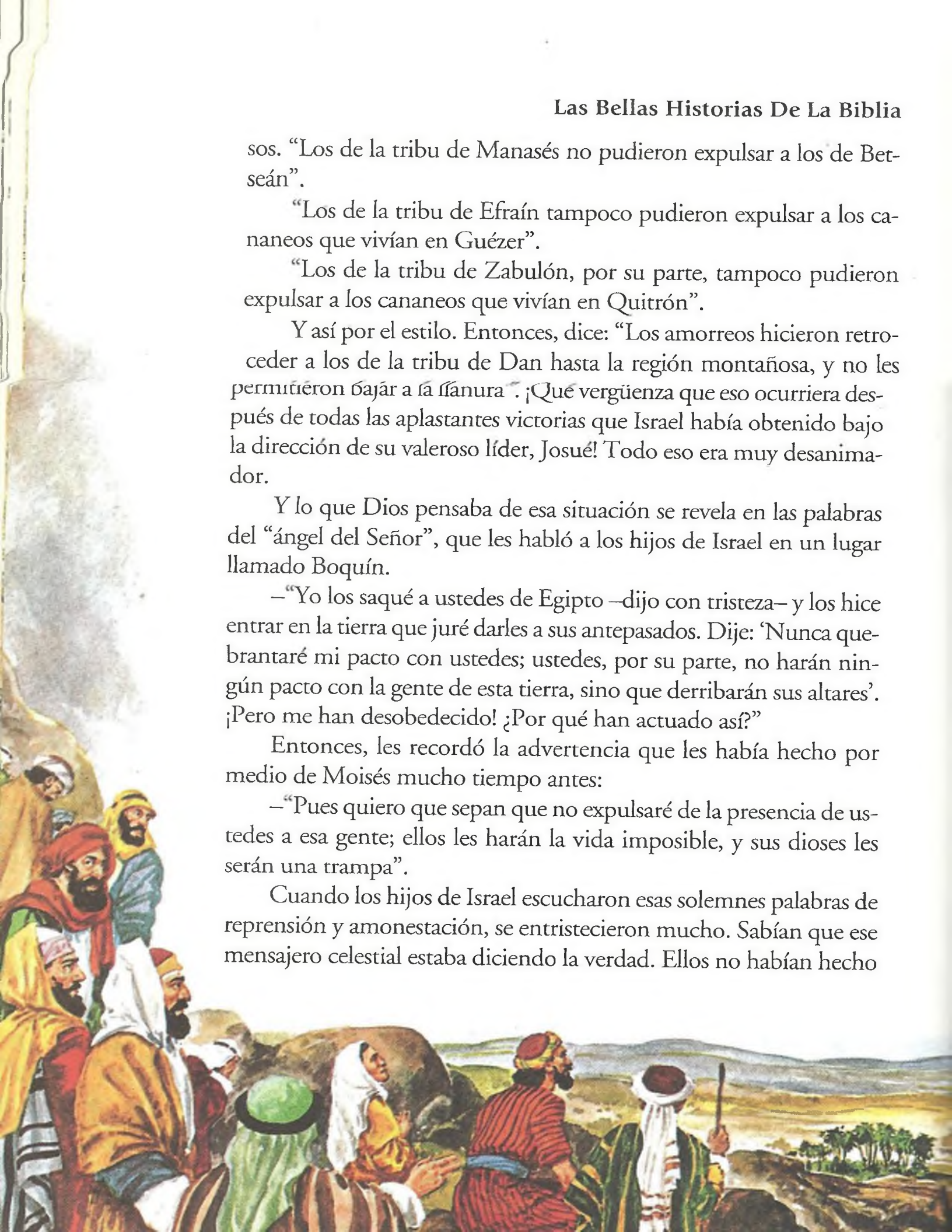
Y lo que Dios pensaba de esa situación se revela en las palabras del "ángel del Señor", que les habló a los hijos de Israel en un lugar llamado Boquín.

–"Yo los saqué a ustedes de Egipto –dijo con tristeza– y los hice entrar en la tierra que juré darles a sus antepasados. Dije: 'Nunca quebrantaré mi pacto con ustedes; ustedes, por su parte, no harán ningún pacto con la gente de esta tierra, sino que derribarán sus altares'. ¡Pero me han desobedecido! ¿Por qué han actuado así?"

Entonces, les recordó la advertencia que les había hecho por medio de Moisés mucho tiempo antes:

–"Pues quiero que sepan que no expulsaré de la presencia de ustedes a esa gente; ellos les harán la vida imposible, y sus dioses les serán una trampa".

Cuando los hijos de Israel escucharon esas solemnes palabras de reprensión y amonestación, se entristecieron mucho. Sabían que ese mensajero celestial estaba diciendo la verdad. Ellos no habían hecho



lo que Dios les había pedido. No habían expulsado a los cananeos. No habían destruido sus ídolos. No habían derribado sus altares. Habían sido holgazanes, egoístas, insensatos, desobedientes. Y ahora Dios no los iba a ayudar más.

Primero, uno de ellos comenzó a llorar, luego otro y otro, hasta que finalmente, todos estaban derramando lágrimas. "El pueblo lloró a gritos. Por eso llamaron a aquel lugar Boquín", que significa "los que lloran".

Estuvo bien que lloraran. Dios se agradó al ver que ellos se sentían apenados por sus pecados. Pero su arrepentimiento no duró mucho tiempo. Demasiado pronto "esos israelitas hicieron lo que ofende al Señor y adoraron a los ídolos de Baal. Abandonaron al Señor, Dios de sus padres, que los había sacado de Egipto, y siguieron a otros dioses".

"*Entonces, el Señor se enfureció contra los israelitas y los entregó* en manos de invasores que los saquearon. Los vendió a sus enemigos que tenían a su alrededor... Cada vez que los israelitas salían a combatir, la mano del Señor estaba en contra de ellos para su mal, tal como el Señor se lo había dicho y jurado. Así llegaron a verse muy angustiados".

¡Qué días más tristes!

Es difícil imaginar que personas que habían visto al Señor obrar tantas maravillas en su favor pudieran olvidarlo tan pronto. Pero lo hicieron. ¡Y qué precio tuvieron que pagar! En poco tiempo, cada ciudad que habían edificado y cada una de sus moradas llegó a ser un boquín, un lugar de "los que lloran".

¡Qué lección para todos nosotros! ¡Ojalá que nunca nos olvidemos del Señor!

# Días de inestabilidad

*(Jueces 2:11 a 6:1)*

DURANTE muchos años, después de la muerte de Josué, la prosperidad de Israel se pareció al movimiento de un sube y baja. A veces estaban arriba, a veces bajaban.

Cuando los israelitas se olvidaban de Dios y adoraban los ídolos de Canaán, se veían en grandes dificultades; cuando se volvían a Dios, volvían los buenos tiempos.

Era justamente así: sube y baja, sube y baja. ¡Qué lástima! Porque Dios había planeado para ellos una vida maravillosa. Él quería que anduvieran siempre "sobre las alturas de la tierra".* Deseaba que llegaran a ser la nación más grande y más noble que jamás hubiera existido, una nación que proclamara a todo el mundo su amor. Pero, he aquí que, "abandonaron al Señor, y adoraron a Baal... Así llegaron a verse muy angustiados".

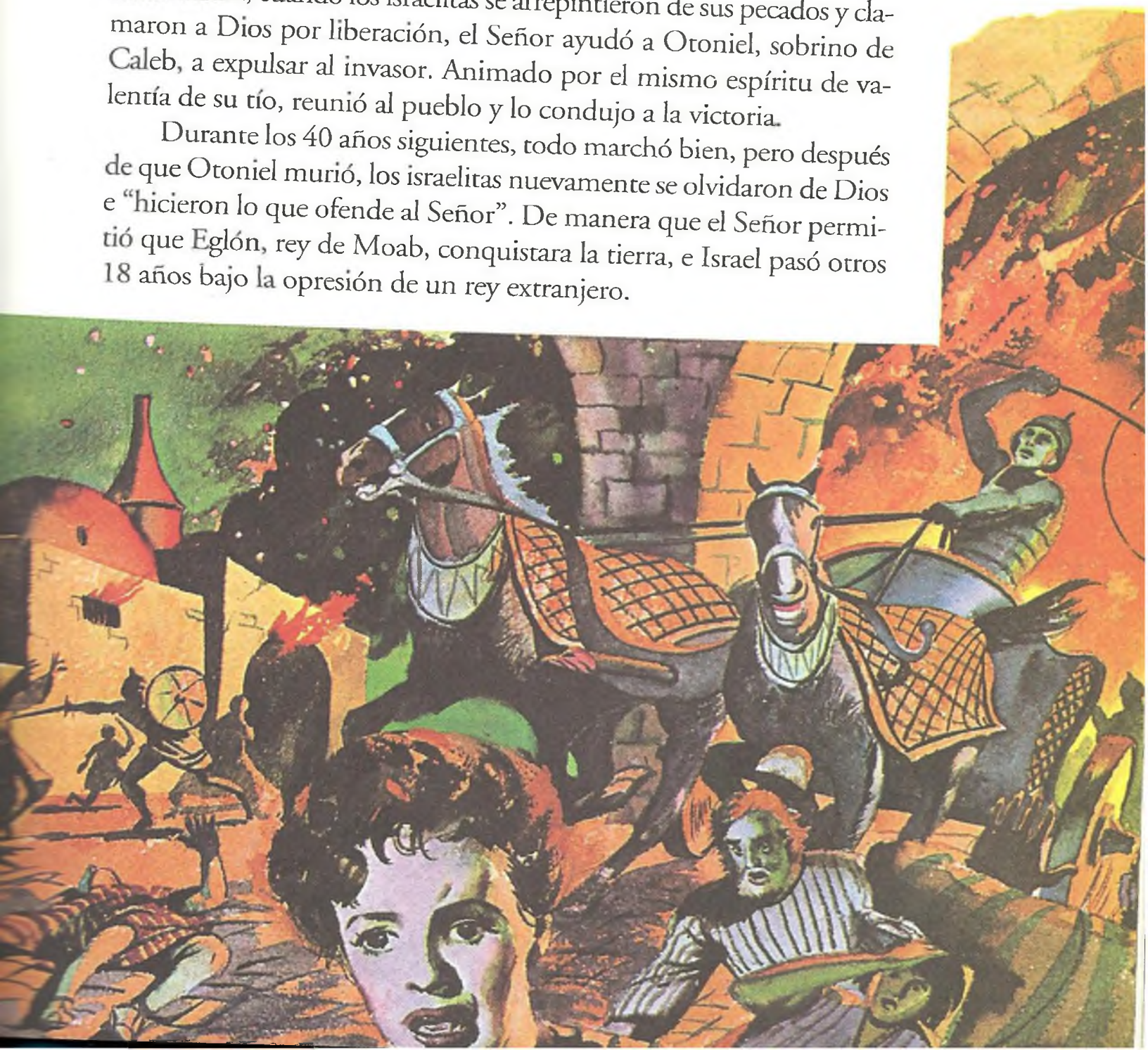
No obstante, dice la Biblia que "el Señor hizo surgir caudillos que los libraron del poder de esos invasores". Sin embargo, después que cada caudillo fallecía, "ellos volvían a corromperse aún más que sus antepasados, pues se iban tras otros dioses, a los que servían y ado-

raban. De este modo se negaban a abandonar sus malvadas costumbres y su obstinada conducta".

Esa era la historia –sube y baja, sube y baja, abajo y arriba– apartándose de Dios y metiéndose en dificultades, y apartándose de las dificultades y volviendo a Dios.

El primer castigo sobrevino cuando Dios permitió que el rey de Mesopotamia invadiera el país. Durante ocho largos años, controló Israel. Al fin, cuando los israelitas se arrepintieron de sus pecados y clamaron a Dios por liberación, el Señor ayudó a Otoniel, sobrino de Caleb, a expulsar al invasor. Animado por el mismo espíritu de valentía de su tío, reunió al pueblo y lo condujo a la victoria.

Durante los 40 años siguientes, todo marchó bien, pero después de que Otoniel murió, los israelitas nuevamente se olvidaron de Dios e "hicieron lo que ofende al Señor". De manera que el Señor permitió que Eglón, rey de Moab, conquistara la tierra, e Israel pasó otros 18 años bajo la opresión de un rey extranjero.



Finalmente, comenzaron a arrepentirse por haber procedido mal, y el Señor los perdonó. Esta vez, envió a un hombre llamado Aod para rescatarlos. Obtuvo una gran victoria sobre Moab, y tuvieron paz durante ochenta años. "Después de la muerte de Aod, los israelitas volvieron a hacer lo que ofende al Señor. Así que el Señor los vendió a Jabín, un rey cananeo".

Era justamente como algunos niños que conozco: tan desobedientes, que tienen que ser castigados. Entonces, se arrepienten de su conducta y se portan bien durante un tiempito. Pero después vuelven a desobedecer. Tal vez tú conoces a alguien que es así.

Era una verdadera lástima, porque no solamente se arruinaba el hermoso propósito que Dios tenía para ellos, sino que todos vivían pobres y miserables. Los invasores les robaban sus cosechas y su dinero, y los hacían trabajar para ellos.

Cuando el rey Jabín tomó el país de los israelitas, Sísara era el comandante de su ejército. Tenía 900 carros de hierro y "había oprimido cruelmente a los israelitas". Deben haber sido malos tiempos. Pero de nuevo, cuando los israelitas se arrepintieron de sus pecados, el Señor se compadeció de ellos y envió a Débora para que los ayudara.

Esta mujer era una "madre en Israel" y una profetisa. Débora levantó a todo Israel para que saliera y peleara contra Sísara, el capitán del ejército de Jabín, a pesar de todos sus carros de hierro. Liderados por esta valiente mujer, Israel obtuvo una gran victoria, y Sísara mismo fue muerto, mientras dormía, por una mujer llamada Jael.

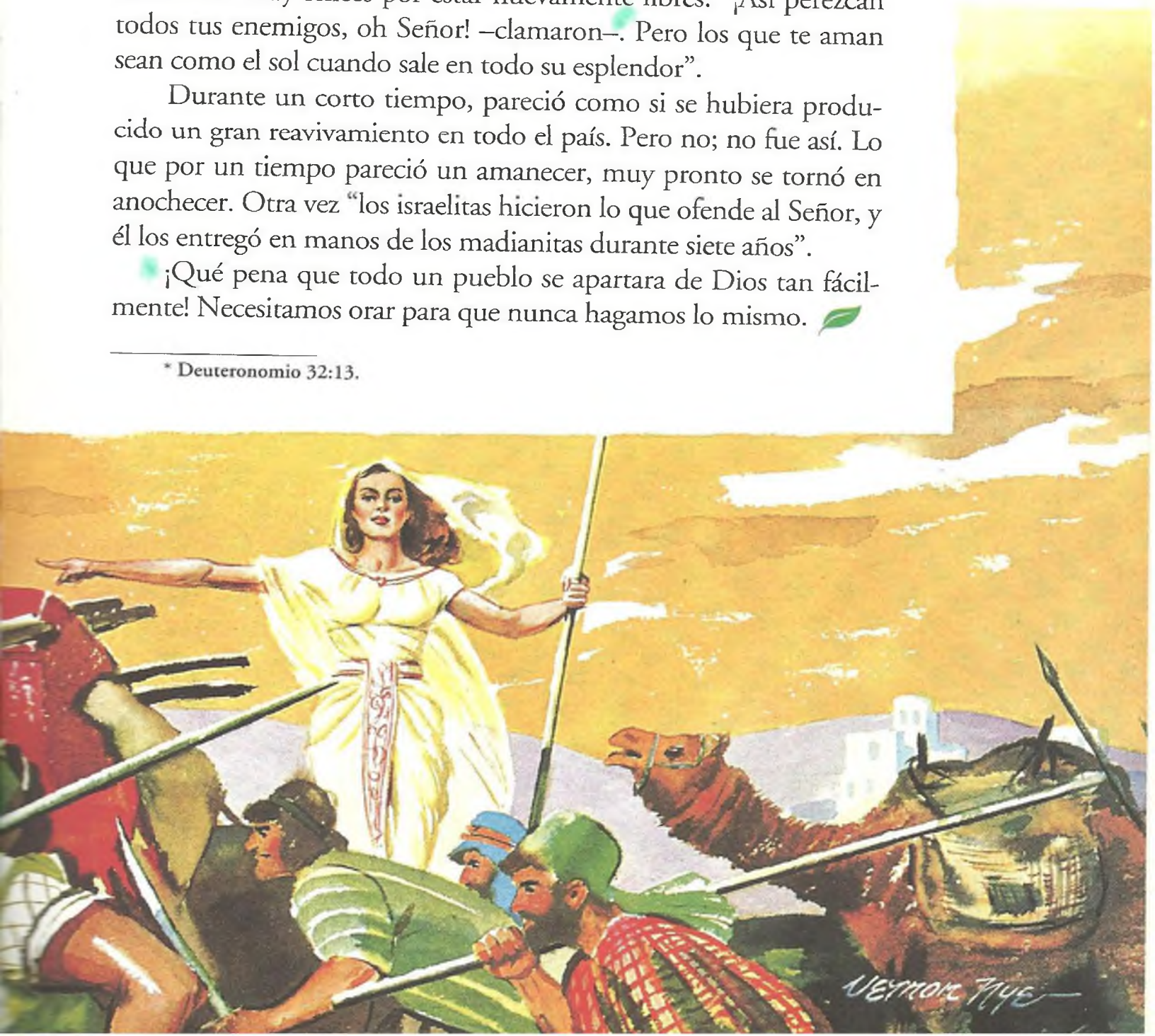
"Cuando el pueblo se ofrece voluntariamente, ¡bendito sea el Señor!", cantó Débora después de la batalla. Y el pueblo alabó a Dios. Se sentían muy felices por estar nuevamente libres. "¡Así perezcan todos tus enemigos, oh Señor! –clamaron–. Pero los que te aman sean como el sol cuando sale en todo su esplendor".

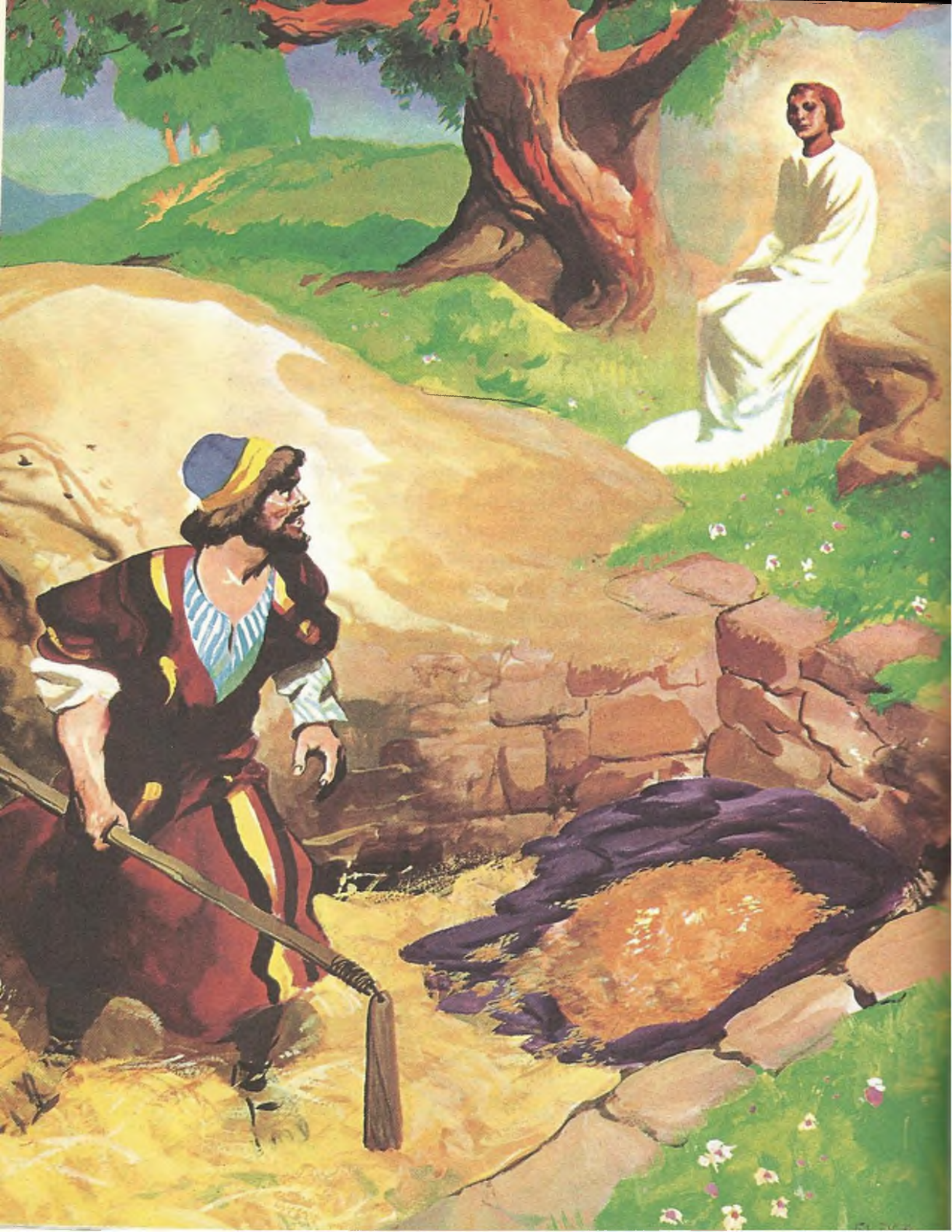
Durante un corto tiempo, pareció como si se hubiera producido un gran reavivamiento en todo el país. Pero no; no fue así. Lo que por un tiempo pareció un amanecer, muy pronto se tornó en anochecer. Otra vez "los israelitas hicieron lo que ofende al Señor, y él los entregó en manos de los madianitas durante siete años".

¡Qué pena que todo un pueblo se apartara de Dios tan fácilmente! Necesitamos orar para que nunca hagamos lo mismo.

---

* Deuteronomio 32:13.





# Un ángel quema la cena

*(Jueces 6:1-24)*

DESPUÉS de vivir siete años bajo el reinado de los madianitas, las cosas se volvieron tan malas para el pueblo de Israel, que huyeron de sus hogares y vivieron en cuevas y cavernas en las montañas. Cuando algunos de los más valientes se las arreglaban para sembrar sus campos, los soldados enemigos destruían sus sembrados antes de que pudieran cosecharlos. Los madianitas "no dejaban en Israel nada con vida: ni ovejas, ni bueyes ni asnos". Todos se estaban muriendo de hambre.

Los peores días pasados en el desierto no habían sido tan malos como estos. ¡Cuánto deben haber anhelado los pobres israelitas tener a Moisés y a Josué! Era como si Dios los hubiera abandonado para siempre. Pero no lo había hecho. El Señor no pudo soportar más el sufrimiento de Israel. Estaba buscando siempre la primera señal de arrepentimiento, y a alguien por quien pudiera librarlos.

Esta vez, encontró un hombre en una pequeña localidad llamada Ofra. Allí, en una calurosa tarde de verano, un joven estaba trillando trigo en el lagar "para protegerlo de los madianitas". Ya que no era



← ILUSTRACIÓN DE KREIGH COLLINS

Cuando Dios necesitó un líder valiente en quien pudiera confiar para librar a los israelitas de los madianitas, envió a un ángel, con el fin de llamar a Gedeón que estaba trillando.

época de cosechar la uva, pensó que durante un tiempo los madianitas no irían a revisar el lagar.

Aunque era un joven de elevada estatura, fuerte y de buena apariencia, semejante a "un príncipe", su corazón se sentía adolorido pensando en las aflicciones que su pueblo estaba enfrentando. Parecía que no valía la pena seguir viviendo en esas condiciones.

De pronto, al elevar su mirada, se sobrecogió al ver a un extraño sentado debajo de una encina cercana. Había tenido la seguridad de que estaba solo, oculto a todo ojo curioso. Pero no era así. Alguien lo estaba mirando. ¿Quién podría ser? ¿Un madianita?

Entonces el forastero habló:

–"¡El Señor está contigo, guerrero valiente!"

¡Conque era así! Entonces debía ser un amigo.

–"Pero, señor –replicó Gedeón–, si el Señor está con nosotros, ¿cómo es que nos sucede todo esto? ¿Dónde están todas las maravillas que nos contaban nuestros padres, cuando decían: '¡El Señor nos sacó de Egipto!'? ¡La verdad es que el Señor nos ha desamparado y nos ha entregado en manos de Madián!"

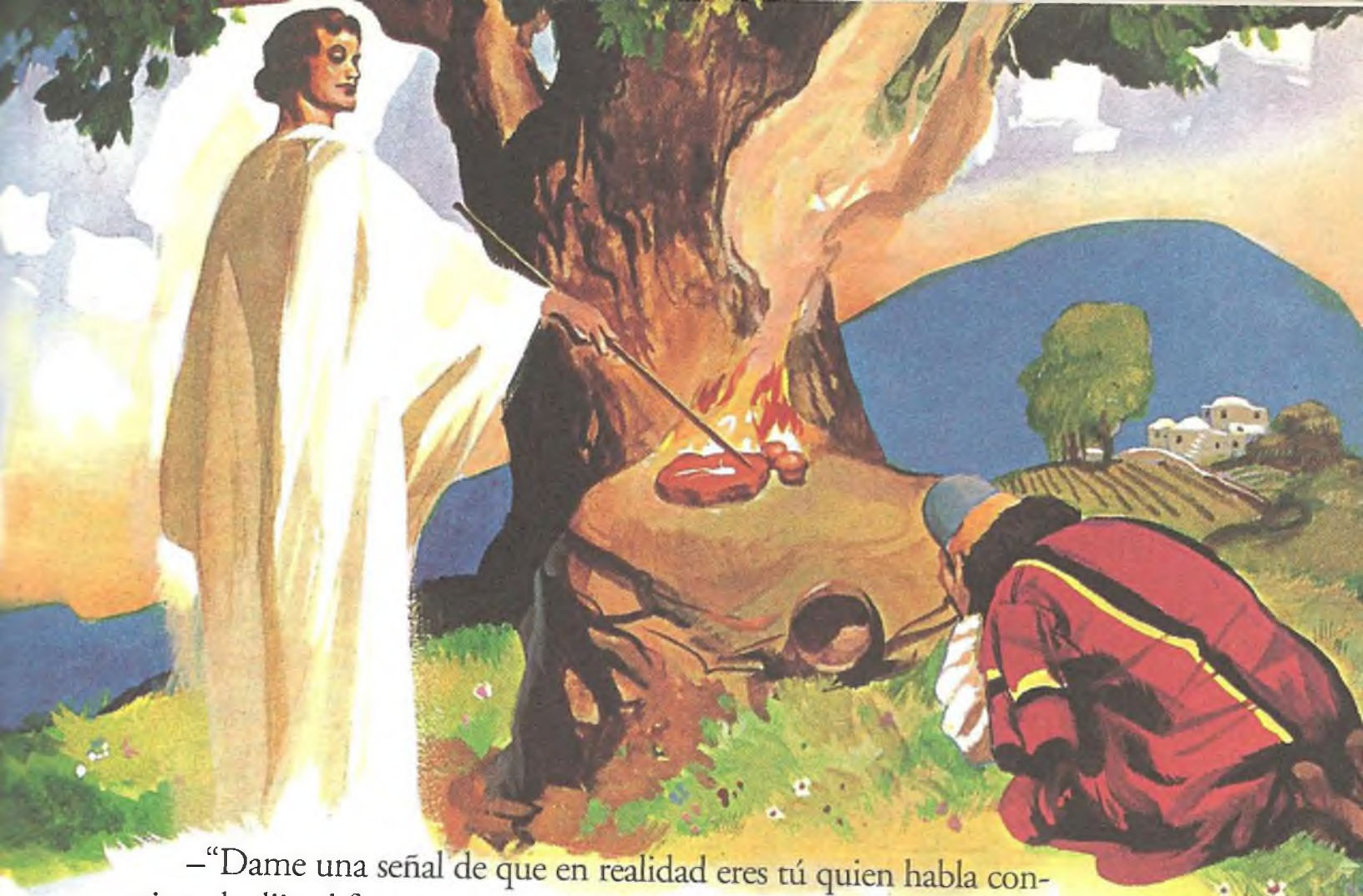
El forastero lo miró entonces de frente y le dijo:

–"Ve con la fuerza que tienes, y salvarás a Israel del poder de Madián".

–¿Yo? –dijo Gedeón con la misma humildad que Moisés había manifestado al ser llamado por Dios junto a la zarza ardiendo–. "Mi clan es el más débil... y yo soy el más insignificante de mi familia".

–"Tú derrotarás a los madianitas como si fueran un solo hombre, porque yo estaré contigo" –le respondió el Señor.

Gedeón casi no podía creer lo que escuchaba. Se preguntaba si no estaría soñando.



–"Dame una señal de que en realidad eres tú quien habla conmigo –le dijo al forastero.

Entonces recordó que el extraño era su huésped, así que Gedeón le pidió que esperara mientras iba en busca de algo para comer.

Muy emocionado, corrió a su humilde hogar, cocinó un poco de carne, haciendo con ella un caldo, y preparó algunas tortas de harina, alimentos muy escasos y preciosos en esa época. Entonces, se apresuró a volver a la encina, preguntándose si el visitante estaría todavía allí.

Así era. Y para sorpresa de Gedeón, le pidió que pusiera la carne y los panes sin levadura sobre una roca cercana y que vertiera sobre ellos el caldo. Gedeón hizo como se le dijo, aunque todo eso debe haberle parecido un tremendo derroche. El forastero tocó entonces el alimento con la punta del báculo que tenía en la mano "¡y de la roca salió fuego, que consumió la carne y el pan!" Luego, el desconocido desapareció.

Gedeón tuvo entonces la seguridad de que su visitante no había sido otro sino el ángel del Señor. Inclinando su rostro exclamó:

–"¡Ay de mí, Señor y Dios! ¡He visto al ángel del Señor cara a cara!"

–"¡Quédate tranquilo! –le susurró el Señor –. No temas. No vas a morir".

Profundamente conmovido, el primer pensamiento de Gedeón fue construir un altar al Dios del cielo, el Dios de Abram, de Isaac y de Jacob, que le había hablado en ese lugar. De manera que apiló piedras sobre la roca donde había surgido el fuego, y llamó el lugar "El Señor es la paz".

Esa oración expresaba el anhelo de su alma. El Señor deseaba enviar paz, pero había mucho más que hacer primero.

# El vellón húmedo-seco

*(Jueces 6:25-40)*

ESA misma noche, el Señor volvió a hablarle a Gedeón, dándole indicaciones exactas de lo que debía hacer. Dios quería que comenzara su obra inmediatamente, en su hogar. El primer paso para expulsar a los madianitas del país era derribar el altar a Baal que estaba en su propio patio trasero.

Así que, en medio de la noche, Gedeón tomó consigo a diez de sus criados jóvenes para que lo ayudaran y derribó el altar a Baal que su padre había construido. Antes de que saliera el sol, lo había hecho añicos y cortado todos los árboles del bosque que lo rodeaba.

Luego, envió mensajeros por todo el país, pidiendo voluntarios para que lo ayudaran a combatir a los madianitas. Miles se le unieron.

Pero Gedeón todavía estaba preocupado por su llamamiento. ¿Realmente había sido llamado por el Señor? ¿Lo acompañaría en las batallas que tendría que librar? Por tanto, Gedeón decidió pedirle al Señor que le mostrara con claridad que no había habido ninguna equivocación.

Tomando "un vellón de lana", lo extendió sobre el suelo. En-

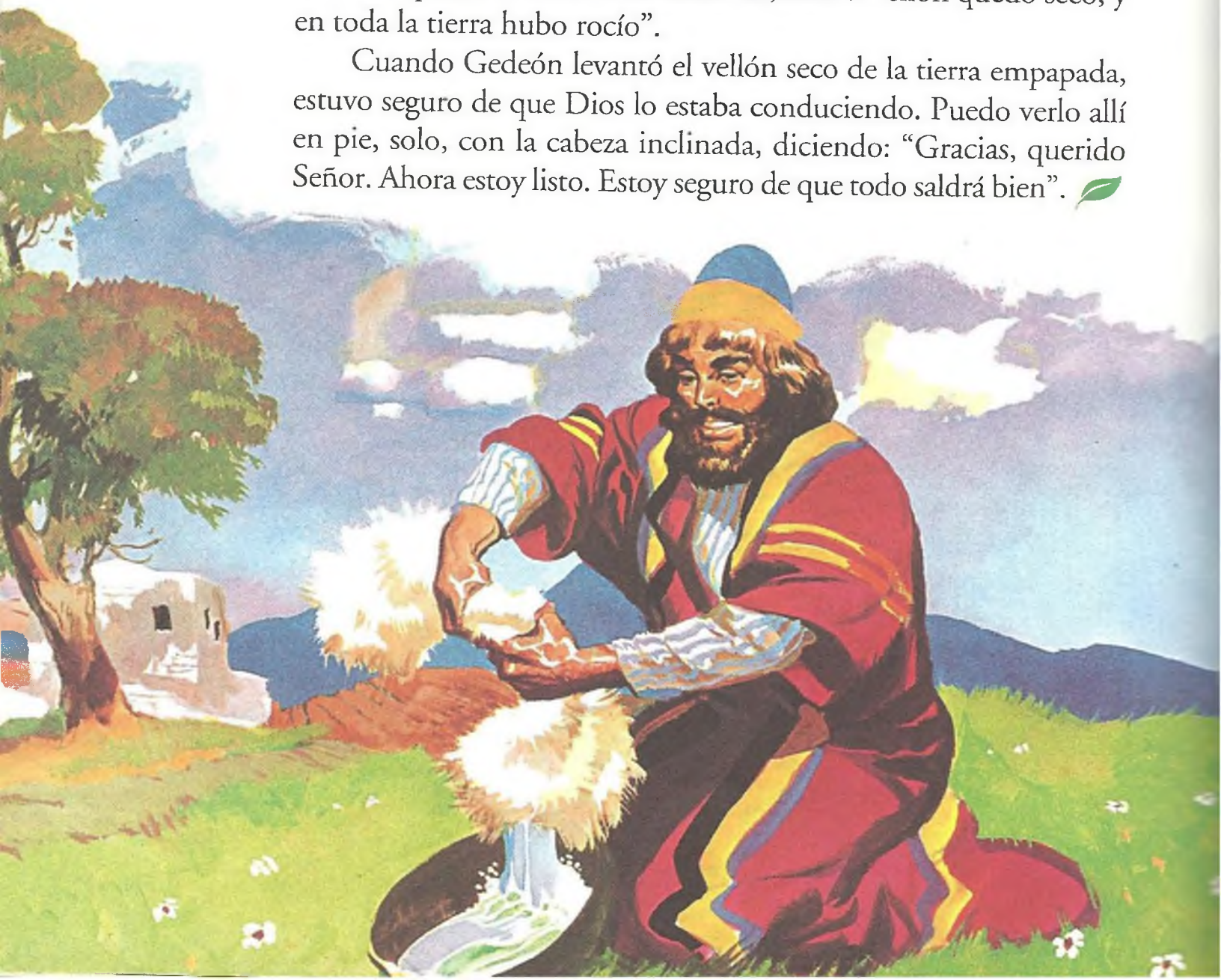
tonces, le dijo al Señor que, si a la mañana el rocío había caído sobre el vellón, al mismo tiempo que la tierra de alrededor estaba seca, él sabría que todo estaba bien y que Dios realmente deseaba que él salvara a los israelitas de los madianitas.

A la mañana siguiente, el vellón estaba tan húmedo que, al exprimirlo, Gedeón extrajo un balde lleno de agua. El terreno a su alrededor estaba seco.

Pero Gedeón no estaba seguro todavía. La lana podría haberse mojado por la humedad del ambiente. Para asegurarse mejor, le pidió a Dios que le diera otra señal: "Esta vez haz que sólo el vellón quede seco, y que todo el suelo quede cubierto de rocío".

"Y aquella noche lo hizo Dios así; sólo el vellón quedó seco, y en toda la tierra hubo rocío".

Cuando Gedeón levantó el vellón seco de la tierra empapada, estuvo seguro de que Dios lo estaba conduciendo. Puedo verlo allí en pie, solo, con la cabeza inclinada, diciendo: "Gracias, querido Señor. Ahora estoy listo. Estoy seguro de que todo saldrá bien".



# Trescientos héroes

*(Jueces 7:1-8; 19-23)*

CADA vez era mayor el número de hombres de Israel que se encaminaban al lugar donde Gedeón había levantado el estandarte de rebelión contra los madianitas, hasta que llegó a tener un ejército de 32.000 hombres.

–"Tienes demasiada gente para que yo entregue a Madián en sus manos" –le dijo el Señor.

–¿Demasiada? –se preguntó Gedeón.

Eso era algo difícil de entender para un comandante de ejército.

–Sí –insistió el Señor–; es muy peligroso pelear con tantos; no sea que el pueblo "vaya a jactarse contra mí y diga que su propia fortaleza lo ha librado".

Por orden del Señor, y para sorpresa de todos, Gedeón dijo a la multitud que lo rodeaba: "¡Cualquiera que esté temblando de miedo, que se vuelva y se retire!".

Para su sorpresa, vio que el ejército se le desvanecía. ¡Veintidós mil hombres se volvieron a la casa!

Quizá haya dicho:

–¡Esto es imposible! Con solo 10.000 hombres que han quedado, lo mejor será que abandonemos toda esta empresa.

Pero el Señor volvió a hablarle:

–"Todavía hay demasiada gente".

¡Todavía! ¿Cómo era posible?

Entonces, el Señor le indicó que llevara a los 10.000 hombres que le habían quedado a un arroyo cercano, y él le indicaría cuáles de estos irían a la batalla.

Cuando todos estuvieron reunidos a la orilla del agua, el Señor le dijo a Gedeón que todos los que se arrodillaran para beber, debían ser enviados de vuelta a la casa. Solo los que se llevaran el agua a la boca con la mano, y la lamieran "como los perros", debían permanecer.

Cuando terminó la prueba, ¿cuántos soldados crees que le quedaron a Gedeón? Apenas 300. ¿Y por qué fueron elegidos? Es posible que fuera porque estaban tan deseosos de pelear, que ni siquiera quería perder tiempo en arrodillarse junto al agua para beber.

¿Qué iba a hacer Gedeón ahora? ¿Cómo podía derrotar a la gran hueste de madianitas con ese puñado de hombres, por valientes y consagrados que fueran?

Cuando el Señor advirtió la gran preocupación de Gedeón, le dijo:

–"Con los trescientos hombres que lamieron el agua, yo los salvaré".

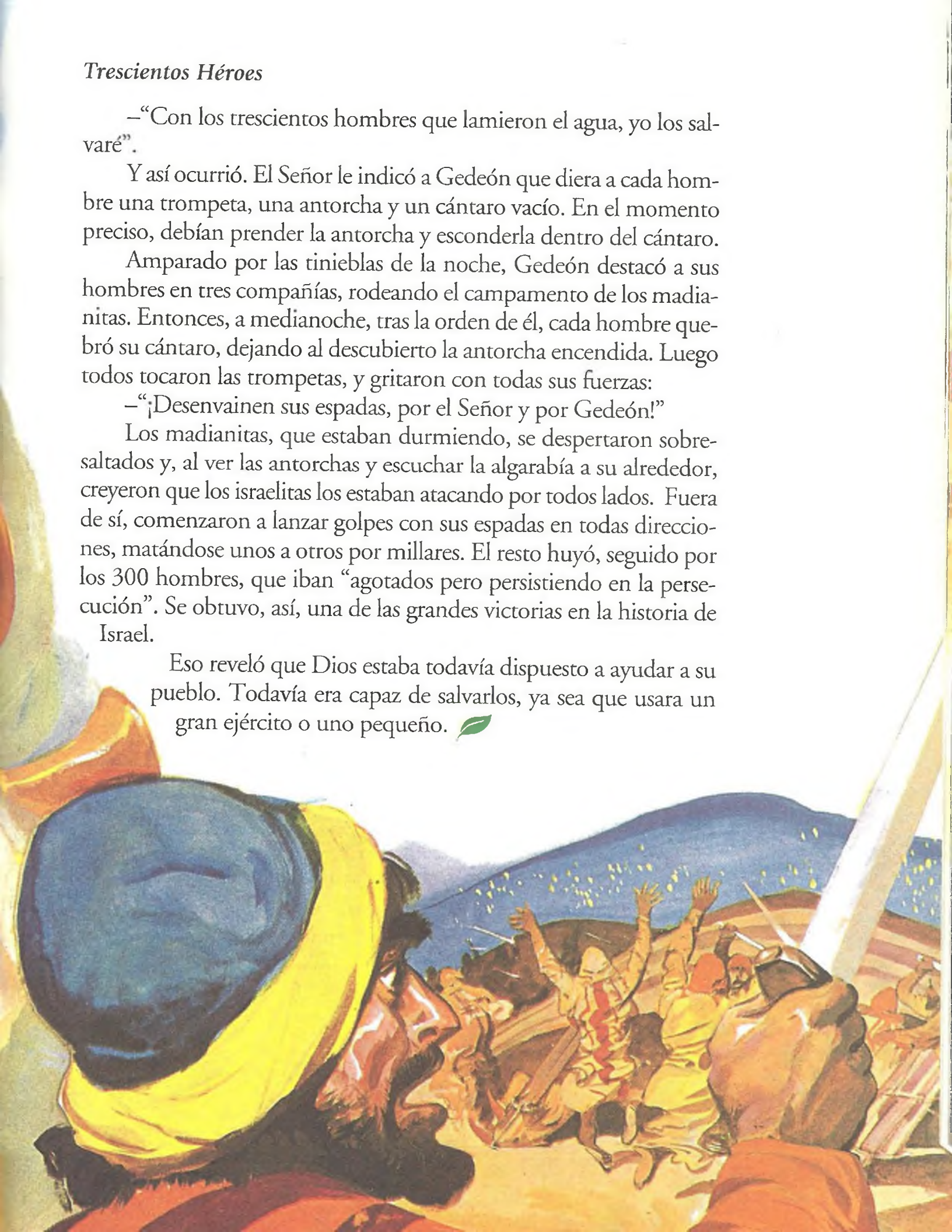
Y así ocurrió. El Señor le indicó a Gedeón que diera a cada hombre una trompeta, una antorcha y un cántaro vacío. En el momento preciso, debían prender la antorcha y esconderla dentro del cántaro.

Amparado por las tinieblas de la noche, Gedeón destacó a sus hombres en tres compañías, rodeando el campamento de los madianitas. Entonces, a medianoche, tras la orden de él, cada hombre quebró su cántaro, dejando al descubierto la antorcha encendida. Luego todos tocaron las trompetas, y gritaron con todas sus fuerzas:

–"¡Desenvainen sus espadas, por el Señor y por Gedeón!"

Los madianitas, que estaban durmiendo, se despertaron sobresaltados y, al ver las antorchas y escuchar la algarabía a su alrededor, creyeron que los israelitas los estaban atacando por todos lados. Fuera de sí, comenzaron a lanzar golpes con sus espadas en todas direcciones, matándose unos a otros por millares. El resto huyó, seguido por los 300 hombres, que iban "agotados pero persistiendo en la persecución". Se obtuvo, así, una de las grandes victorias en la historia de Israel.

Eso reveló que Dios estaba todavía dispuesto a ayudar a su pueblo. Todavía era capaz de salvarlos, ya sea que usara un gran ejército o uno pequeño.



# Una historia muy triste

*(Jueces 11:29-40)*

NO sabemos su nombre; solo se nos dice que era la hija de un hombre llamado Jefté, que era un "guerreo valiente" que Dios usó para ayudar a Israel después de la muerte de Gedeón. Estoy seguro de que amaba mucho a su padre, y sé que él la amaba mucho también. La Biblia dice que era solo una niña. Se debe haber sentido muy solita cuando su papá se iba a luchar, especialmente porque no tenía hermanos ni hermanas para jugar.

Tal vez, como la mayoría de las niñas, soñaba con casarse y tener muchos niños y niñas. Quizá esperaba que eso compensara sus sentimientos de soledad que había experimentado en su niñez.

Más adelante, cuando era una encantadora jovencita, Jefté fue a pelear contra los amonitas, que habían amenazado despojar a los israelitas de mucho de su territorio. Este guerrero hizo un extraño voto y le prometió al Señor que, si ganaba la batalla, le consagraría lo primero que encontrara al llegar a su casa.

Por supuesto, él esperaba que fuera uno de los animales que, en

aquellos días, por motivo de seguridad, la gente guardaba en sus casas. Pensó que podría ser un cordero, un cabrito o un ternero, que alegremente ofrecería como ofrenda sobre el altar.

Imagínate sus sentimientos cuando, a su regreso de la victoria obtenida sobre los amonitas, vio que no venía corriendo un animal, ¡sino su propia preciosa hija!

En cualquier otra oportunidad, se habría regocijado al verla. Se la veía tan dulce y bonita, tocando la pandereta, mientras bajaba danzando por la ladera de la colina para encontrarse con él, cantando de alegría como cualquier otra niña que amaba a su padre lo habría hecho.

Pero el pobre Jefté se sentía agobiado. Para asombro de su hija, prorrumpió en llanto y rasgó sus vestidos, como solía hacerlo entonces la gente cuando estaba muy disgustada.

–¿Qué pasa, papá? –sin duda le habrá preguntado ella–. ¿No te alegras de verme?

Entonces, él le contó del voto que había hecho y le dijo que

nunca se imaginó que sería ella quien saldría a recibirlo primero.

Por supuesto, Jefté no podía ofrecer a su hija como sacrificio sobre el altar, pero tenía que cumplir su promesa de entregarla al Señor. Una promesa hecha a Dios es muy importante. Así que le dijo a su hija que nunca debía casarse, sino quedar soltera, y servir al Señor durante toda su vida.

Esto era muy difícil de aceptar. Ella deseaba con toda su alma tener sus propios niños y niñas. Ahora nunca sería capaz de formar una familia. Muchas niñas se hubieran amargado y enojado en gran manera por toda esta situación. Pero ella no.

–"Padre mío, si le has dado palabra a Jehová, haz de mí conforme a lo que prometiste, ya que Jehová ha hecho venganza en tus enemigos los hijos de Amón... Concédeme esto: déjame por dos meses que vaya y descienda por los montes, y llore mi virginidad, yo y mis compañeras".

Así que ella se fue a los montes a lamentarse con algunas de sus amigas. Después de eso, cuando ella volvió a su hogar nuevamente, su padre "hizo de ella conforme al voto que había hecho".

Por esta razón es que esta es una historia muy triste.

# El niño muy deseado

*(Jueces 13:2-24)*

SU madre lo deseaba y su padre lo deseaba pero, por sobre todo, Dios lo deseaba. Manoa y su esposa habían ansiado tener un niñito, pero ella nunca había quedado embarazada. Cierto día, un mensajero celestial se le apareció a la mujer de Manoa y le dijo que tendría un hijo. También le mencionó que debía dedicarlo a Dios desde el día de su nacimiento, porque el Señor se proponía que realizara una gran obra. Dios deseaba que él llegara a ser un líder de Israel y que salvara a su pueblo de los filisteos, que reinaban ahora sobre ellos.

Cuando llegó a la casa, le contó a su esposo lo que había ocurrido.

–"Un hombre de Dios vino adonde yo estaba. Por su aspecto imponente, parecía un ángel de Dios. Ni yo le pregunté de dónde venía, ni él me dijo cómo se llamaba. Pero me dijo: 'Concebirás y darás a luz un hijo. Ahora bien, cuídate de no beber vino ni ninguna otra bebida fuerte, ni de comer nada impuro, porque el niño será nazareo, consagrado a Dios desde antes de

nacer hasta el día de su muerte'".

Manoa no puso en duda la historia que le contó su esposa, sino que se inclinó en oración, diciendo: "Oh Señor, te ruego que permitas que vuelva el hombre de Dios que nos enviaste, para que nos enseñe cómo criar al niño que va a nacer".

Esa fue una oración muy hermosa, y el Señor la escuchó. El hombre de Dios vino de nuevo y les dio a ambos el mismo consejo que había dado antes.

Después de que conversaron durante algún tiempo acerca del niño, Manoa ofreció traer alimento al visitante. Pero el desconocido no quería comida. Sin embargo, le dijo que si Manoa quería ofrecer un sacrificio a Dios, estaba bien. De manera que Manoa tomó el cabrito con que iba a preparar la comida y lo ofreció como una ofrenda en el altar. De repente, mientras el fuego se levantaba del sacrificio, el hombre de Dios desapareció, ascendiendo al cielo en las llamas.

Sobrecogidos, Manoa y su esposa "se postraron en tierra sobre sus rostros", seguros de que habían visto a un ángel del Señor.

Manoa estaba asustado, pensando que ambos morirían, pero su esposa fue más sensata. Le dijo que, si el Señor hubiera querido matarlos, no habría aceptado su ofrenda, ni enviado el ángel para decir-

les todo lo referente a la crianza del niño.

Ella tenía razón, y con el tiempo llegó el niño, precisamente como el ángel le había dicho. Llenos de orgullo y de agradecimiento, lo llamaron Sansón. "El niño creció y el Señor lo bendijo".

¡Con cuánto amor cuidaron esos queridos padres a su hijito! ¡Con cuánto anhelo esperaban el día en que llegara a ser hombre, y estuviera listo para realizar la gran obra que Dios quería que hiciera!

¡Pobres! ¡Qué gran chasco amargo les esperaba!

# El hombre más fuerte que haya existido

*(Jueces 14 a 16)*

SANSÓN llegó a ser el hombre más fuerte que haya existido. Gracias al cuidado amante de sus padres, creció tan grande y tan fuerte, que nadie podía hacerle frente. Una vez, siendo aún joven, destrozó un león valiéndose únicamente de sus manos.

Pero aunque era fuerte físicamente, también era egoísta y terco, y significaba un gran problema para su padre y su madre.

Cuando estaba creciendo, se enamoró de una joven filistea y quiso casarse con ella inmediatamente. Naturalmente, sus padres intentaron convencerlo de que no lo hiciera.

–¿No puedes encontrar una esposa entre tu propio pueblo? –le dijeron bondadosa pero firmemente–. ¿Por qué tomas a una de entre nuestros enemigos?

Sansón, sin embargo, no estaba dispuesto a escucharlos.

–"¡Pídeme a ésa, que es la que a mí me gusta!" –insistió.

Así que se casó con ella. ¡Y cuánta dificultad y tristeza significó eso para todos!

Cierto día, cuando pasaba cerca del león que había matado,

notó que dentro del cuerpo muerto había un enjambre de abejas que tenía miel. Eso le dio una idea para hacer algo con que divertirse en su fiesta de bodas. En el banquete había treinta jóvenes invitados y él les pidió que resolvieran el siguiente enigma. "Del que come salió comida; y del fuerte salió dulzura". Luego ofreció regalar a cada uno una muda de ropa si podían darle la respuesta durante los siete días que duraría la fiesta. Si no podían hacerlo, a ellos les tocaría darle las 30 mudas.

Al no poder resolver el enigma, los jóvenes comenzaron a preocuparse. Temían que tendrían que darle a Sansón sus propias ropas, y entonces ¿qué les quedaría a ellos?

Cuando se dieron cuenta de que no podían resolver el enigma, se acercaron a la esposa de Sansón y la persuadieron para que ella le arrancara el secreto. Ella le rogó a Sansón que se lo revelara y, en un momento de debilidad, él lo hizo. Entonces, la esposa se lo comunicó a los jóvenes, y ellos vinieron a Sansón y le dijeron: "¿Qué es más dulce que la miel? ¿Qué es más fuerte que un león?"

Sansón se enojó tanto, porque su esposa había revelado el secreto, que fue y mató a 30 filisteos y, tomando sus ropas, se las dio a los 30 jóvenes. Entonces, después de haber estado solamente siete días con su esposa, la abandonó y volvió a su hogar paterno.

Cuando se tranquilizó un poco, decidió volver con su esposa,

pero descubrió que ella se había casado con otro, pensando que él ya no la quería más. Esto lo enfureció. Para vengarse, tomó 300 zorras, las ató de dos en dos, cola con cola, con una tea encendida en el medio, y luego soltó a los enloquecidos animales en medio de los campos de mies y de los viñedos de los filisteos. Puedes imaginarte lo que ocurrió. Esas zorras deben haber prendido fuego a centenares de hectáreas, dejando tras sí solo campos arrasados por el fuego.

Ahora le tocaba a los filisteos el turno de enfurecerse. Fueron a la tierra de Judá y exigieron que les entregaran a Sansón para castigarlo. De manera que 3.000 hombres de Judá rodearon a Sansón, lo ataron, y lo entregaron a los filisteos. Pero apenas se encontró entre sus enemigos, rompió las ligaduras como si fueran "fibra de lino quemada" y, tomando la quijada de un asno, mató con ella a 1.000 hombres.

Para entonces, se había extendido la fama de que él era el hombre más fuerte de la tierra. Todos lo temían. Aun cuando intentaban hacerlo, los filisteos no pudieron tomarlo. Una noche que se encontraba en Gaza, las autoridades de la ciudad cerraron

las puertas para que no pudiera escaparse. ¡Pero a media noche Sansón cargó sobre sus hombros las dos hojas de la puerta y los pilares que la sostenían, y los tiró en la cima de una colina que quedaba a unos 61 kilómetros de distancia!

A la mañana siguiente, cuando los filisteos vieron la tremenda abertura que había quedado en la muralla de Gaza, debe haberles dado un ataque. Pero ¿qué podían hacer? Ese gigante era un hombre demasiado fuerte e inteligente como para enfrentarse a él.

Entonces, se enteraron de que Sansón se había enamorado de una mujer llamada Dalila, y se propusieron trabajar por intermedio de ella para apresarlo.

–Descubre "el secreto de su tremenda fuerza" –le pidieron.

Usando su astucia, ella trató de hacerlo. Pero no era fácil. Tres veces él la engañó.

Una vez, le dijo que si lo ataba con siete mimbres verdes, quedaría indefenso. Pero cuando ella lo ató, Sansón las rompió como nada.

Otra vez, le dijo que, si lo ataba con cuerdas nuevas, sería tan débil como cualquier otro. Pero después que ella se molestó para encontrar las cuerdas nuevas y atarlo con ellas, las rompió como si hubieran sido hilos delgados.

La tercera vez le dijo, para divertirse, que si tejía su cabello con la tela que estaba haciendo, nunca podría libertarse. De manera que esa noche, mientras él dormía, ella hizo precisamente eso. Pero a la mañana, Sansón tiró con su cabello y salió con el telar a la rastra, y así se burló de ella.

Dalila, sin embargo, siguió día tras día pidiéndole que le revelara el secreto, alternando las lágrimas con el enojo y las bromas,

hasta "hacerlo sentirse harto de la vida". Ya no podía aguantar ni un minuto más. Entonces, se lo reveló.

Le dijo que el secreto de su fuerza residía en que él era nazareo, un hombre consagrado a Dios, y que su cabello largo y hermoso, arreglado con siete largas trenzas, era una señal de ello. Si alguna vez le cortaban esas siete trenzas, se volvería realmente tan débil como cualquier otro hombre.

Segura de que al fin le había dicho la verdad, Dalila planeó cortarle el cabello esa misma noche, e invitó a los principales de los filisteos para que vinieran a ver el resultado.

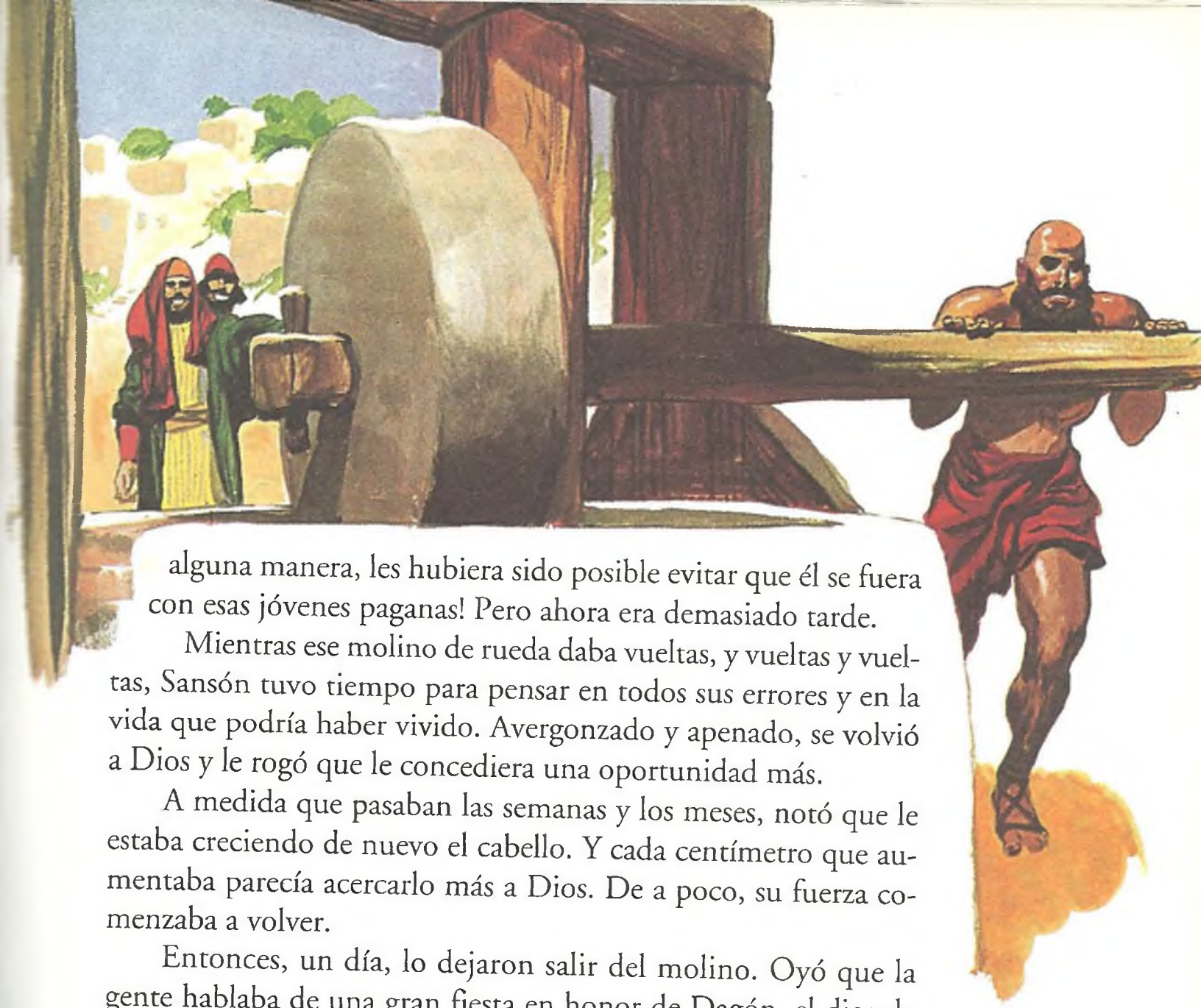
Después de que Sansón se durmió, ella trajo a un hombre para que le afeitara la cabeza. Las siete trenzas doradas, símbolo de su dedicación a Dios, cayeron al suelo, y con ellas desapareció su fuerza. Cuando Dalila gritó:

–"¡Sansón, los filisteos se lanzan sobre ti!" –clamó ella.

Pero él ya no pudo defenderse. Trató de luchar, pero "el Señor lo había abandonado".

Entonces, fue hecho prisionero. Los filisteos le arrancaron los ojos, lo encadenaron con cadenas de bronce y lo pusieron a trabajar en un molino.

¡Pobre Sansón! ¡Lo había echado todo a perder! Costaba creer que ese hombre ciego y encadenado en el molino era el mismo niñito a quien sus padres habían amado tan tiernamente, y por medio de quien Dios esperaba liberar a Israel. ¡Cómo habrán llorado por él Manoa y su esposa, y cómo habrán deseado que, de



alguna manera, les hubiera sido posible evitar que él se fuera con esas jóvenes paganas! Pero ahora era demasiado tarde.

Mientras ese molino de rueda daba vueltas, y vueltas y vueltas, Sansón tuvo tiempo para pensar en todos sus errores y en la vida que podría haber vivido. Avergonzado y apenado, se volvió a Dios y le rogó que le concediera una oportunidad más.

A medida que pasaban las semanas y los meses, notó que le estaba creciendo de nuevo el cabello. Y cada centímetro que aumentaba parecía acercarlo más a Dios. De a poco, su fuerza comenzaba a volver.

Entonces, un día, lo dejaron salir del molino. Oyó que la gente hablaba de una gran fiesta en honor de Dagón, el dios de los filisteos. Alguien dijo lo habían dejado en libertad para que sirviera de diversión a la multitud.

Entonces, se imaginó dónde lo llevaban. Él había estado antes en ese lugar. Recordaba que, en el centro, había dos grandes pilares que sostenían el techo. Y se le ocurrió una idea. Le pediría al muchacho que lo conducía de la mano que le mostrara dónde estaban los pilares, para apoyarse en ellos.

Cuando estuvo allí, rodeó cada uno de los pilares con sus

brazos, y clamó de lo profundo del alma: "Oh Dios, te ruego que me fortalezcas sólo una vez más, y déjame de una vez por todas vengarme de los filisteos por haberme sacado los ojos. Asió luego Sansón las dos columnas de en medio, sobre las que descansaba la casa, y echó todo su peso sobre ellas, su mano derecha sobre una y su mano izquierda sobre la otra. Y dijo Sansón: Muera yo con los filisteos. Entonces se inclinó con toda su fuerza".

De repente, se produjo un ruido ensordecedor, mientras las columnas comenzaban a caer. Luego todo el edificio se desmoronó sobre él y 3.000 personas más que estaban en el lugar De ese modo, fueron "muchos más los que Sansón mató al morir, que los que había matado mientras vivía".

Así murió Sansón, el hombre más fuerte que haya existido. Si hubiera tratado de agradar a Dios en lugar de agradarse a sí mismo, podría haber llegado a ser el héroe más grande de toda la historia.

# La niña que juntaba espigas

*(Rut 1 a 4)*

EN medio de los días tristes y oscuros en que Israel era gobernado por los jueces, surge una de las historias más hermosa que se hayan contado. Se trata de una jovencita llamada Rut, nacida entre los moabitas, antiguos enemigos de Israel.

Supongo que, desde niña, solo había escuchado hablar mal de los israelitas, y de no haber conocido a Noemí, se habría quedado con esa impresión. Noemí era la madre de dos muchachos de más o menos la edad de Rut. Uno de ellos se llamaba Majlón y el otro Quilión. El padre de los niños se llamaba Elimélec, y los cuatro habían venido desde Belén hasta Moab para escapar del hambre que reinaba en su propio país.

Después de la muerte de Elimélec, Rut y Majlón se enamoraron y se casaron, y una amiga de Rut, llamada Orfa, se casó con Quilión. Los cinco eran muy felices, porque Noemí era una suegra sumamente bondadosa. Ella quería mucho a sus nueras y ellas a su vez también amaban a Noemí.



← ILUSTRACIÓN DE KREIGH COLLINS

**Dios contestó la oración de Sansón y le concedió fuerza para destruir el templo del dios-pez Dagón, en el que murieron tres mil filisteos que se burlaban de él y oprimían al pueblo.**

Dado que era una mujer piadosa, sin duda se entristeció cuando sus hijos se casaron con niñas paganas; pero se propuso hacer todo lo posible para guiarlas al amor del Dios de Israel. Aprovechaba toda oportunidad que se le presentaba para hablarles del amor de Dios y contarles las historias que había escuchado de sus antepasados.

Noemí les explicó a Rut y Orfa cómo Dios había creado el mundo en el comienzo, convirtiéndolo en un hermoso hogar para el hombre, cómo Adán y Eva habían pecado y perdido el Edén, y cómo Dios planeaba devolvérselo algún día. Les habló también acerca del diluvio y de cómo Noé y su familia se habían salvado en el arca, de las promesas que Dios le había hecho a Abram, de los días oscuros en Egipto, de la gran liberación en los días de Moisés, y de todo lo que Dios había hecho desde entonces por su pueblo.

A Rut y a Orfa les gustaba escuchar a Noemí, especialmente cuando les hablaba de las cosas maravillosas que Dios haría por Israel en el futuro. Es posible que alguna vez les dijera también que, mediante una buena niña, vendría "la simiente" de la mujer, que aplastaría la cabeza de la serpiente.

Pasaron diez años. Entonces, sobrevinieron dificultades y una gran tristeza. Uno tras otro fallecieron los dos esposos: primero Majlón y luego Quilión.

La tristeza en ese hogar debe haber sido terrible. Noemí, Rut y Orfa deben haber llorado juntas. ¡Pobres criaturas! ¡Cuán difícil les habrá sido creer en la bondad de Dios! Pero lo hicieron.

Entonces, la valiente Noemí decidió volver a su antiguo hogar en Belén, y las dos nueras resolvieron acompañarla. No

obstante, en el camino, Noemí se preguntó si hacía bien en sacarlas de su propio país. Quizá sería mejor si ellas volvían con sus madres.

–"¡Miren, vuelva cada una a la casa de su madre! –les dijo bondadosamente–. Que el Señor las trate a ustedes con el mismo amor y lealtad que ustedes han mostrado con los que murieron y conmigo".

Luego las besó y las tres lloraron.

Tanto Rut como Orfa le aseguraron que, por su parte, preferían acompañarla de regreso a su patria. No la abandonarían. La amaban demasiado para hacerlo. Pero Noemí insistió en que era mejor para ellas volver a la casa paterna para formar de nuevo su hogar, y que les sería más fácil hacerlo donde las conocían, entre su propio pueblo.

Después de discutir mucho el asunto, Orfa por fin se convenció. Besando a su suegra, con muchas lágrimas, se volvió a la casa de su madre. Me imagino saludando por última vez antes de llegar a un recodo del camino.

Pero Rut no estaba dispuesta a volver. En cambio le dijo a Noemí:

–"¡No insistas en que te abandone o en que me separe de ti! Porque iré adonde tú vayas, y viviré donde tú vivas. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios".

De manera que Noemí y Rut continuaron juntas, recorriendo a pie, lentamente y con el corazón afligido, la senda áspera y empinada que conducía a Belén. Cuando por fin llegaron a la antigua aldea se produjo un gran alboroto. "¡Noemí ha vuelto", exclamaba la gente, agolpándose a su alrededor para escuchar las noticias que traía de la tierra de Moab.

–Pero ¿dónde está tu esposo? –le preguntaron–, y ¿dónde están los muchachos?

Con lágrimas, ella contó su historia:

–"Me fui con las manos llenas, pero el Señor me ha hecho volver sin nada".

Afortunadamente, había comenzado la cosecha de cebada, de manera que había trabajo y alimento. En seguida, Rut se ofreció para ir a los campos y espigar con las otras jóvenes de la aldea. En aquellos días, las espigas de cereal se cortaban y se

juntaban a mano, y lo que dejaban los segadores, era recogido por las espigadoras.

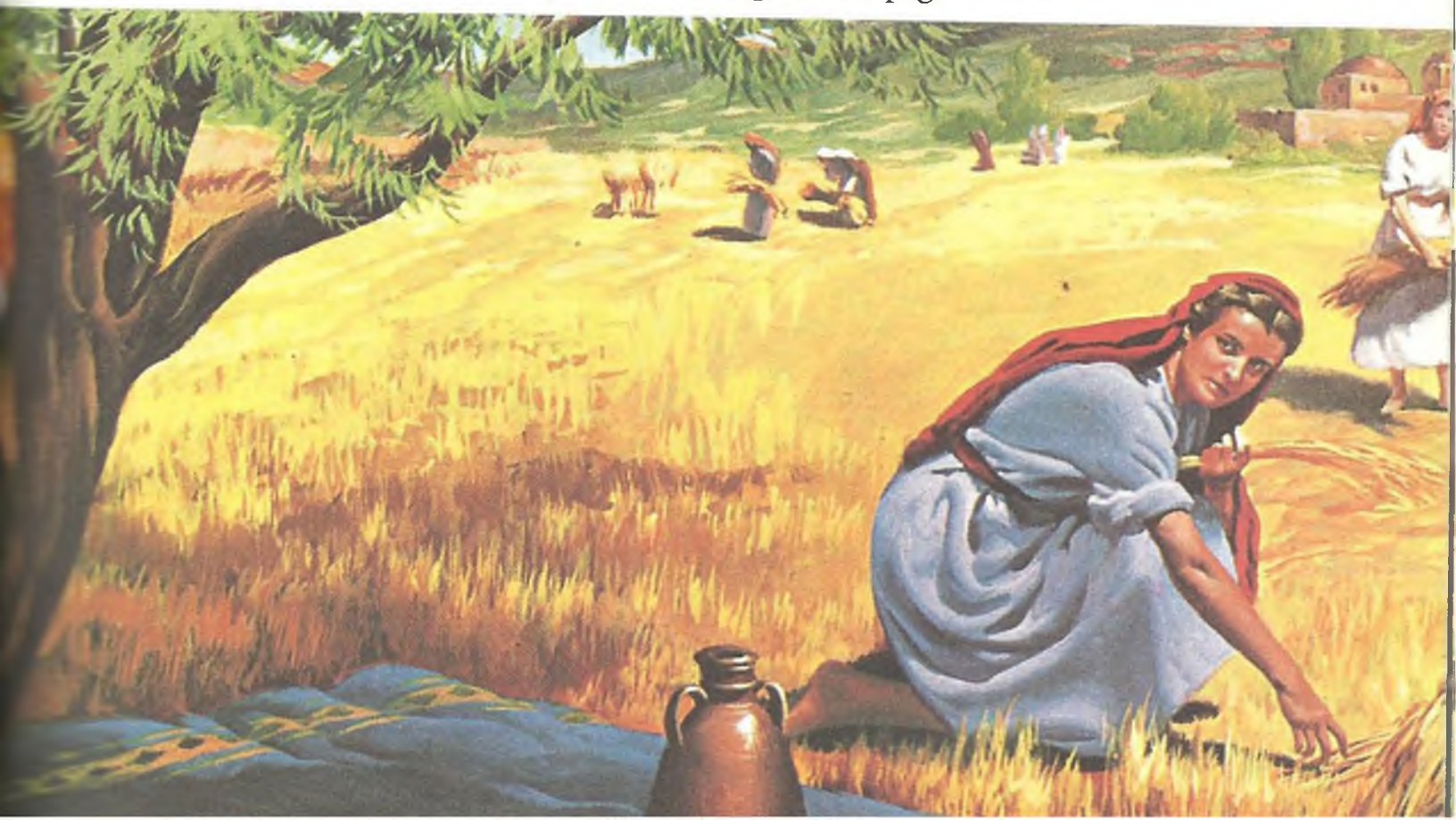
Cierto día en que Rut se hallaba muy atareada trabajando, llegó Booz, el dueño del campo. Al ver que entre sus espigadoras había una joven forastera, se detuvo para averiguar quién era. El encargado le contestó:

–Es una joven moabita que volvió de la tierra de Moab con Noemí.

Booz se interesó en ella. Tenía deseos de conocerla, especialmente en vista de que Noemí era parienta suya. Llamando a Rut, le dijo que se había enterado de la bondad que ella había manifestado hacia Noemí, y de su decisión de abandonar su propia tierra para venir a vivir entre extraños.

–"¡Que el Señor te recompense por lo que has hecho! Que el Señor, Dios de Israel, bajo cuyas alas has venido a refugiarte, te lo pague con creces".

Con una amable sonrisa, Rut le agradeció sus palabras bondadosas, algo que complació a Booz, quien le pidió a los segadores de su campo que dejaran caer algunas espigas como al



descuido con el fin de que Rut las recogiera y dispusiera así de más grano para llevarle a Noemí.

Con el transcurso de los días, Booz y Rut comenzaron a verse más a menudo, hasta que finalmente se celebró una boda en Belén. Esa boda habrá causado verdadera sensación en el pueblo, porque Booz era un hombre muy rico y Rut era una joven muy pobre y, además, moabita.

Los comentarios de la boda habrán seguido durante semanas, y se habría hablado mucho más si, con anticipación, se hubieran conocido los resultados que traería. Porque Rut y Booz tuvieron un niñito a quien llamaron Obed. Obed a su vez tuvo un hijo llamado Isaí. E Isaí tuvo un hijo llamado David.

Por lo tanto Rut –la amable, bondadosa y fiel Rut– llegó a ser la bisabuela del rey David y, por lo tanto, una antepasada directa de José, el esposo de María que, mil años después, en la mismísima aldea de Belén, daría a luz al niño Jesús.

Estoy seguro de que Rut nunca soñó recibir un honor como este cuando, en la lejana tierra de Moab, escuchó a Noemí relatar las maravillosas historias del Dios de Israel, el Dios del cielo y de la tierra. ¡Cuánto se alegrará durante toda la eternidad por haber entregado entonces su corazón al Señor!

CUARTA PARTE

# *Historias de*

# Samuel

*y*

# Saúl

*(1 Samuel 1:1 a 16:13)*

# Consagrado al Señor

*(1 Samuel 1:1 a 2:11)*

POR muchos años, el tabernáculo construido en el desierto había estado en Siló, localidad situada a unos 40 kilómetros al norte de Jerusalén. Josué lo había colocado allí poco después de cruzar el Jordán. Por haber estado expuesto a la intemperie durante casi trescientos años, se lo veía bastante gastado. Pero seguía siendo el centro de adoración de todos los que permanecían fieles al Dios del cielo.

Dentro del tabernáculo todavía estaban el arca, el candelabro con los siete brazos, el altar del incienso y la mesa de los panes de la proposición, utensilios que el joven Bezalel había hecho con una maestría tan maravillosa. Afuera estaba el altar de bronce –recubierto por una capa verdusca producida por la acción del tiempo–, del que se elevaba el humo del sacrificio que se estaba ofreciendo.

Elí era ahora el sumo sacerdote. Era un hombre débil de carácter, que no podía compararse con Aarón o Eleazar, que habían sido los primeros en desempeñar ese oficio. Sus dos hijos malcriados, Ofni y Finés, se metían en toda clase de problemas. Por causa de su mal



← ILUSTRACIÓN DE CORRINE B. DILLON

**Ana había dedicado su hijo Samuel al Señor antes de que naciera, y ahora lo traía para que viviera con el sumo sacerdote Elí, con el fin de que se preparara para el servicio divino.**

ejemplo, las personas que visitaban el santuario estaban comenzando a perder el respeto por el lugar santo. Como puedes imaginarte, Dios se sentía muy disgustado, y comenzó a buscar otro líder.

Cierto día en que Elí se encontraba sentado a la puerta de la tienda, le llamó la atención una mujer que actuaba en una forma muy extraña. Parecía estar gesticulando y hablando consigo misma, y Elí llegó a la conclusión de que estaba ebria. Viendo una oportunidad para detener la ola de impiedad que reinaba en el servicio del santuario, reprendió severamente a la mujer, pidiéndole que dejara de beber.

–"No, mi señor –le dijo ella–; no he bebido ni vino ni cerveza. Soy solo una mujer angustiada que ha venido a desahogarse delante del Señor".

Elí entonces se apenó de haberle hablado tan ásperamente, y quizás le pidió que le contara por qué se encontraba tan apenada.

Entonces Ana le contó su historia. Ella dijo que estaba casada con un hombre bondadoso llamado Elcaná, pero que no tenían hijos. Y ¡cuánto deseaba ella un hijo! Sus amigas tenían muchos niños, pero ella no tenía ninguno. Ni uno solo. Es no parecía justo.

Había llorado mucho a causa de ello, hasta que parecía que no podía llorar más. Su esposo le había dicho: "¿Acaso no soy para ti mejor que diez hijos?"; aunque, naturalmente, él no entendía lo que ella sentía.

Ella había orado muchas veces sobre el asunto, pero no había ocurrido nada. Por eso, había acudido al tabernáculo, para pedirle a Dios una vez más que le concediera un niño, y que lo hiciera pronto. Si él le concedía su petición, ella le prometía a su vez que lo consagraría al señor "para toda su vida".

El corazón de Elí se conmovió.

–"Vete en paz –le dijo–. Que el Dios de Israel te conceda lo que le has pedido".

Ana dejó de sollozar. Una hermosa sonrisa se dibujó en su rostro surcado por las lágrimas.

Por lo que Elí había dicho, y por la forma en que lo había dicho, se sintió segura de que su oración sería contestada. Por primera vez desde hacía muchos años, volvió feliz a su casa.

Dios contestó su oración. Al poco tiempo, así le pareció a ella, llegó un hermoso bebé al que llamó Samuel, nombre que significa "Dios oyó".

¡Cuán feliz se sentía de tener un muchachito propio! Lo que la hacía aún más feliz era el pensamiento de que ese querido capullito de amor le había llegado directamente del cielo en respuesta a sus oraciones.

La siguiente vez que Elcaná fue al tabernáculo en Siló, Ana quedó en la casa, para cuidar mejor del bebé. Día tras día y mes tras mes cuidó tiernamente de él, atesorando cada precioso minuto que lo tenía consigo. Porque no había olvidado su promesa de entregárselo al Señor.

Cuando finalmente Samuel pudo caminar y alimentarse solo, Ana tomó a su precioso hijito y lo llevó al sacerdote Elí.

Al principio, el anciano pareció no reconocerla, de manera que ella le dijo:

–"Mi señor, tan cierto como que usted vive, le juro que yo soy la mujer que estuvo aquí a su lado orando al Señor".

Luego señaló al niño Samuel, que se aferraba a sus vestidos.

–"Éste es el niño que yo le pedí al Señor –dijo ella–. Ahora yo, por mi parte, se lo entrego al Señor. Mientras el niño viva, estará dedicado a él".

Elí se sintió turbado. Nunca había visto un fervor, una consagración, un amor a Dios como los que en ese momento percibía revelados en el rostro de Ana. Era algo tan distinto de la expresión insolente y despiadada que había observado tan a menudo en el rostro de sus hijos. Si todos los israelitas hubieran amado a Dios de esa manera, y hubieran estado dispuestos a consagrarle a él sus hijos, ¡cuán diferente hubiera sido todo!

Reverentemente, el anciano inclinó su cabeza y adoró. En cuanto a Ana, cayó de rodillas y comenzó a orar: "Mi corazón se alegra en el Señor... Puedo celebrar su salvación... Nadie es santo como el Señor, no hay roca como nuestro Dios".

Esa no fue una oración silenciosa como la que había elevado años antes. La pronunció en alta voz, para que todos la escucharan: "Levanta del polvo al desvalido y saca del basurero al pobre para sentarlos en medio de príncipes y darles un trono esplendoroso".

En ese momento, Ana se sentía como una princesa. Y en lo íntimo de su alma sabía que Samuel, su precioso niño Samuel, era ahora un príncipe de Dios. ¿Acaso no lo había consagrado al Señor de la gloria por el resto de su vida, en verdad, para siempre jamás?

# Una voz en medio la noche

*(1 Samuel 2:18-21; 3:1-21)*

NO sería sorprendente que Samuel se hubiera dormido entre sollozos esa primera noche que fue dejado con Elí. Era solamente un niñito y nunca antes había estado separado de su madre.

En cuanto a Ana, estoy seguro de que lloró todo el camino de regreso a su hogar, al pensar en que su pequeño tesoro tal vez se sintiera solo en el gran tabernáculo. También le preocupaba lo que esos rufianes de Ofni y Finés pudieran hacerle. Pero en lo íntimo de su corazón tenía la seguridad de haber hecho lo correcto. Después de todo, había recibido a Samuel como un don especial de Dios, y ella se lo había prometido al Señor.

Día tras día, Ana pensó en su precioso hijito y oró por él. Siempre se hacía tiempo para coserle una túnica. Quería llevarle esta prenda la siguiente vez que fuera a Siló, acompañando a su esposo, para ofrecer el sacrificio anual.

¡Qué reunión habrá sido esa! Puedes imaginarte al niño Samuel corriendo hacia ella con los brazos extendidos, gritando: "¡Mamá!

¡Mamá!, ¡oh, mamá querida! ¡Por fin has venido a verme!"

Ella nunca olvidó a su querido niño ni por un momento, aun cuando Dios le Dios tres hijos y dos hijas. Año tras año, Ana iba hasta Siló, llevando cada vez una túnica nueva. Y cada vez esta era un poquito más larga, y un poquito más ancha, porque Samuel iba creciendo a medida que cumplía años.

Durante todos esos años, Samuel se mantuvo ocupado en el tabernáculo, realizando toda clase de tareas para ayudar a Elí. Sin duda, siempre se necesitaba limpiar, pulir y arreglar, y eso bien podía hacerlo un muchacho de su edad.

Elí le tenía un afecto especial. Le debe haber contado toda la historia maravillosa del tabernáculo, de cómo Dios lo había dado a los israelitas con el fin de recordarles su propio gran sacrificio para salvarlos del pecado, y prepararlos para el día en que vivirían de nuevo en el jardín del Edén.

A Samuel le gustaba escuchar las historias que el anciano le contaba de los tiempos pasados, y mediante ellas habrá aprendido mucho del trato que Dios le había dado a su pueblo.

Entonces, cierta noche, sucedió algo extraordinario. Samuel había terminado su trabajo del día, y se había ido a su cama. Todo estaba en silencio en el tabernáculo, y la fluctuante luz de la lámpara proyectaba extrañas sombras sobre las paredes del cielo raso. De repente, oyó que alguien lo llamaba por su nombre.

–"¡Samuel!"

Pensando que Elí quería algo, se puso en pie de un salto, y corrió hacia donde estaba el anciano.

–"Aquí estoy" –dijo.

–"Yo no te he llamado. –dijo Elí–. Vuelve a acostarte".

Un poquito después, la voz volvió a llamar de nuevo.

–"¡Samuel!"

Obedientemente, Samuel se levantó de nuevo y corrió hacia donde estaba Elí.

–"Aquí estoy –dijo–. ¿para qué me llamó usted?"

–"Yo no te he llamado. –dijo Elí–. Vuelve a acostarte".

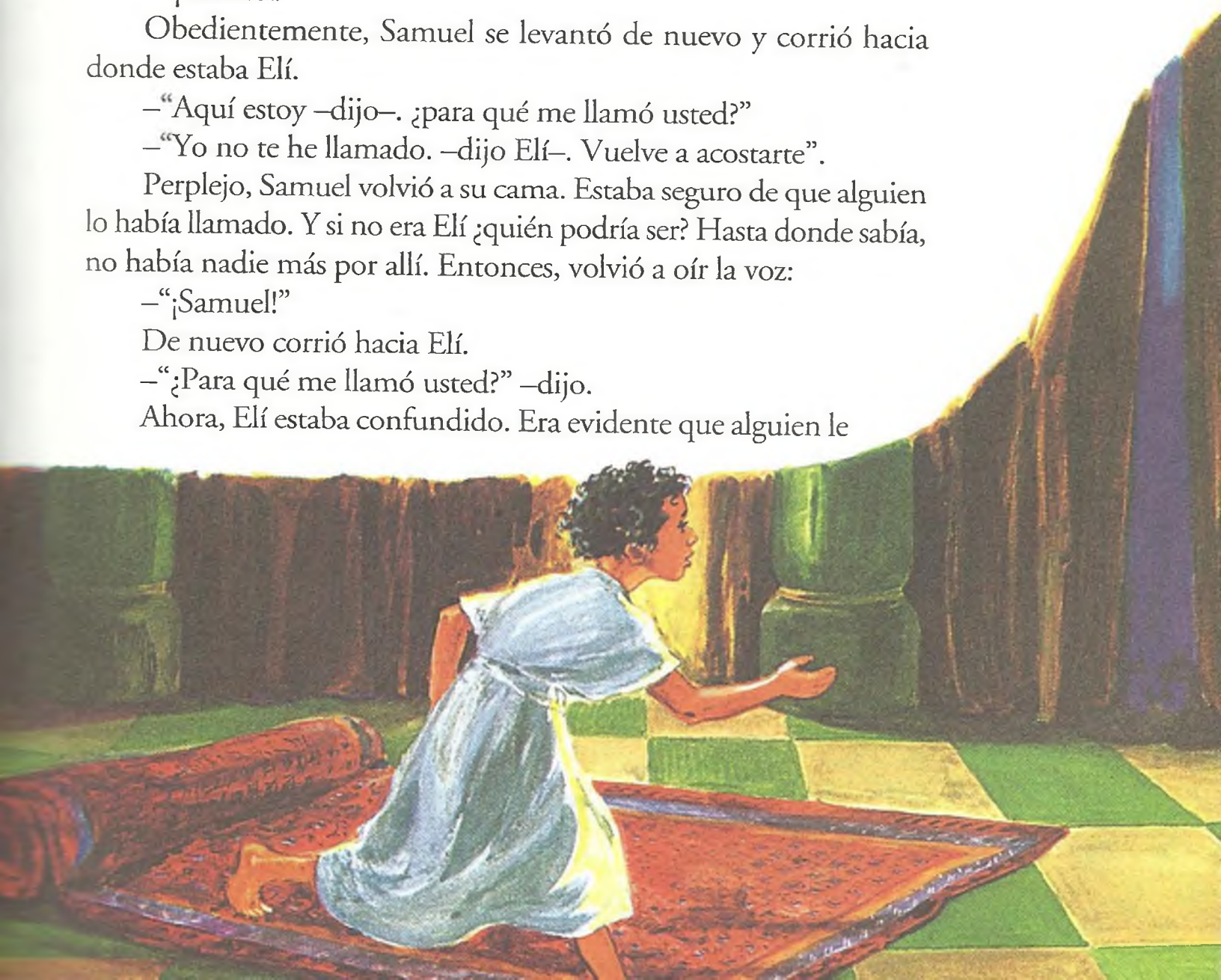
Perplejo, Samuel volvió a su cama. Estaba seguro de que alguien lo había llamado. Y si no era Elí ¿quién podría ser? Hasta donde sabía, no había nadie más por allí. Entonces, volvió a oír la voz:

–"¡Samuel!"

De nuevo corrió hacia Elí.

–"¿Para qué me llamó usted?" –dijo.

Ahora, Elí estaba confundido. Era evidente que alguien le



había hablado al muchacho. Supuso entonces que debía ser Dios. Bondadosamente, le dijo a Samuel:

–"Ve y acuéstate –le dijo Elí–. Si alguien vuelve a llamarte, dile: 'Habla, Señor, que tu siervo escucha'".

Muy nervioso, Samuel se apuró para volver a su cama. Pero no durmió. ¿Cómo podría? En su lugar, se quedó quieto, prestando atención, escuchando. ¿Lo llamarían de nuevo? ¿Sería realmente Dios?

Entonces, la escuchó esa voz tierna, suave y cariñosa, como si Dios le estuviera hablando a un niño:

–"¡Samuel! ¡Samuel!"

Con voz temblorosa, Samuel respondió:

–"Habla, porque tu siervo oye".

Entonces, el Señor le reveló la aflicción que estaba por sobrevenirle a Elí, porque no había educado a sus hijos para hacer el bien, y les había permitido practicar hacer tantas cosas malas en el tabernáculo.

Samuel no pudo dormir esa noche. Estuvo dando vueltas y vueltas hasta que amaneció, preguntándose si debía decirle a Elí lo que Dios le había comunicado. Amaba entrañablemente a su anciano amo y no quería herir sus sentimientos. Pero ¿qué se suponía que debía hacer con un mensaje como ese?

Elí fue el que rompió el hielo esa mañana. Él tampoco había dormido mucho esa noche. Como es natural, le intrigaba saber por qué Dios había preferido hablar a Samuel, que era tan joven, en lugar de hablarle a él, que era el sumo sacerdote. Y estaba lleno de curiosidad por saber qué era lo que el Señor le había dicho.

–"¡Samuel, hijo mío! –le dijo cuando lo oyó levantarse al ama-



← ILUSTRACIÓN DE CORRINE B. DILLON

**Cuando el niño Samuel oyó una voz amable que lo llamaba a altas horas de la noche, recordó lo que el sacerdote Elí le había dicho y respondió: "Habla, Señor, que tu siervo escucha".**

necer–. ¿Qué fue lo que te dijo el Señor?"

Muy apenado, Samuel comenzó a decírselo, y poco a poco le relató toda la historia "sin ocultarle nada". Cuando terminó, Elí dijo:

–Él es el Señor; que haga lo que mejor le parezca".

Ese día no ocurrió nada más; tampoco al día siguiente. Pero mientras Samuel realizaba sus tareas, no se apartaba de su mente aquella voz que había escuchado en la noche. Sonaba tan dulce y amable, que se parecía a la de su madre, que ahora escuchaba raras veces. Quizá la escucharía nuevamente. Eso es lo que él esperaba.

A menudo, escuchaba la voz de Dios antes de irse a dormir. Entonces, comenzaba a hablar con Dios y a escuchar sus respuestas.

¡Qué experiencia maravillosa! ¡Un niñito hablando con el gran Dios del cielo! Muy pronto, se hicieron buenos amigos.

"Y Samuel creció, y Jehová estaba con él –dice la Biblia–. Y Jehová volvió a aparecer en Silo; porque Jehová se manifestó a Samuel en Silo por la palabra de Jehová".

# El botín peligroso

*(1 Samuel 4:1 a 6:16)*

LOS años pasaron. Samuel creció y se lo llegó a conocer en todo Israel como un profeta de Dios. ¡Cuán orgullosa debe haberse sentido su madre de él, y cuán complacida de que lo había consagrado al Señor cuando era un pequeñito!

Todavía no se había cumplido el mensaje que Dios le diera y que él finalmente había transmitido a Elí. Elí todavía vivía. Sus dos hijos, Ofni y Finés, se estaban portando peor que nunca. Pero Samuel sabía que en poco tiempo sucedería algo, y la palabra de Dios finalmente se cumpliría.

Un día, llegaron a Siló mensajeros provenientes de Siló, que anunciaron que venían a llevarse el arca. El ejército había sido derrotado por los filisteos y los líderes pensaban que la única forma de obtener la victoria sería llevando el arca con ellos.

Elí se opuso a que quitaran el arca del lugar santísimo. Pero Ofni y Finés no lo tomaron en cuenta. Entre los dos sacaron el arca del tabernáculo, y la llevaron al campamento.

Cuando el arca "llegó al campamento, los israelitas empezaron

a gritar de tal manera que la tierra temblaba". El pueblo consideraba el arca como una especie de talismán mágico que le daría la victoria, sin importar la clase de vida que llevaban ni cuánta maldad había en su corazón.

¡Cuán equivocados estaban! Al día siguiente, cuando los israelitas salieron otra vez a la batalla, fueron derrotados. Treinta mil hombres perdieron la vida y, entre ellos, estaban Ofni y Finés. Y "fue capturada el arca de Dios".

Mientra tanto, allá en Siló, Elí esperaba noticias. Se sentía profundamente preocupado por sus dos hijos y por el arca.

Mientras estaba sentado cerca del tabernáculo, vio a un hombre que ascendía de prisa el empinado camino de la montaña. Tenía sus ropas rasgadas y tierra sobre su cabeza, que en aquellos días era señal de duelo. Cuando llegó a Siló y contó su historia, todos alzaron su voz en un lamento.

–"¿A qué viene tanto alboroto?" –preguntó Elí, que tenía ya noventa y ocho años, y estaba ciego–. ¿Qué ha pasado?

Entonces, el mensajero se acercó y le contó a Elí todo lo que había ocurrido.

–"Los israelitas han huido ante los filisteos –respondió el mensajero–; el ejército ha sufrido una derrota terrible. Además, tus dos hijos, Ofni y Finés, han muerto, y el arca de Dios ha sido capturada".

Cuando el hombre mencionó el arca de Dios, Elí se desmayó y, al caer hacia atrás de su asiento, se golpeó la cabeza tan fuerte contra el suelo, que se quebró la nuca.

En ese mismo momento, la esposa de Finés murió también mientras daba a luz a un niñito. Con su último aliento llamó al bebé "Icabod", diciendo: "¡Se han llevado la gloria de Israel! ¡El arca de

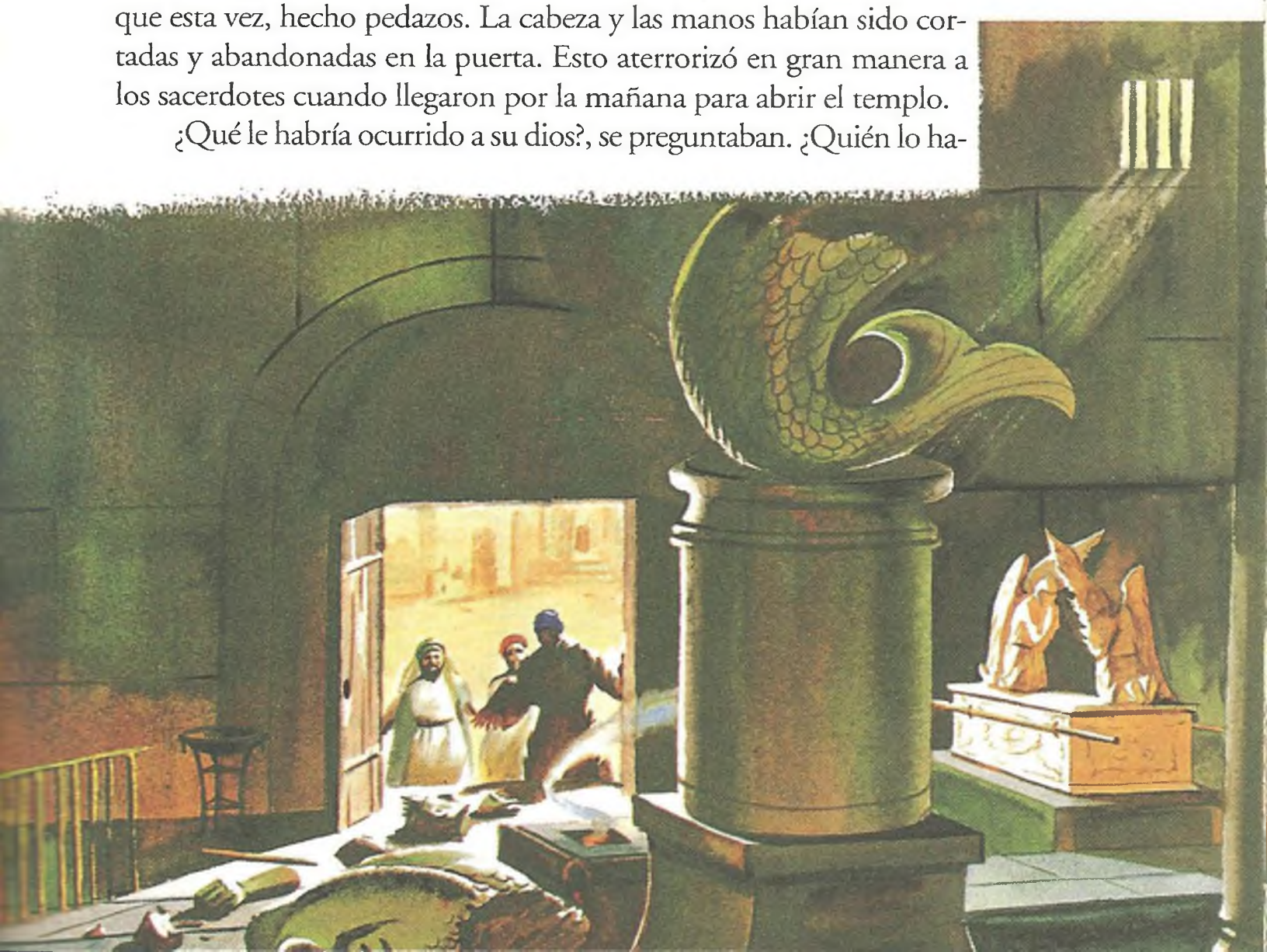
Dios ha sido capturada!"

Mientras tanto, los filisteos llevaban triunfantes el arca a la ciudad de Asdod para colocarla en el templo de su dios Dagón. De todo el botín que habían obtenido de los israelitas ese día, el arca representaba para ellos lo más valioso. No solamente estaba recubierta de oro, sino que, pensaban ellos, era el secreto de la fuerza de Israel. Pero pronto descubrieron que era la pieza más peligrosa del botín.

Creyeron que su victoria demostraba que su famoso ídolo era mayor que el Dios de Israel; pero a la mañana siguiente, encontraron a Dagón caído en tierra boca abajo delante del arca. La mano de un ángel debe haberlo hecho caer durante la noche.

Los filisteos volvieron a colocar a Dagón en su lugar; pero a la mañana siguiente, el dios estaba tumbado en el suelo de nuevo, aunque esta vez, hecho pedazos. La cabeza y las manos habían sido cortadas y abandonadas en la puerta. Esto aterrorizó en gran manera a los sacerdotes cuando llegaron por la mañana para abrir el templo.

¿Qué le habría ocurrido a su dios?, se preguntaban. ¿Quién lo ha-



bría hecho pedazos de esa manera?

Todavía se estaban preguntando qué había sucedido, cuando se enteraron de que un gran número de personas de la ciudad se sentían muy enfermas, víctimas de un extraño mal. Y fueron tantas las que murieron, que las autoridades de la ciudad de Asdod se reunieron y resolverion desprenderse inmediatamente del arca de Dios. Estaban convencidos de que ella era la causante de todas sus calamidades. De modo que enviaron el arca a la ciudad de Gat.

Pero ni bien llegó el arca a Gat, se declaró allí la misma extraña epidemia. Cada vez más de personas enfermaban y morían. De modo que los de Gat decidieron enviarla a su vez a Ecrón. Lo mismo ocurrió en Ecrón.

Después de siete meses en que esto se repitió, los filisteos se dieron por vencidos. Por todas partes, la gente les pedía a sus líderes:

–"¡Devuélvanla a su lugar de origen, para que no nos mate a nosotros y a todos los nuestros!"

Por fin, los cinco príncipes que gobernaban a los filisteos decidieron actuar. Llamaron a los sacerdotes de Dagón y les preguntaron

qué debían hacer. Estos aconsejaron que se colocara el arca sobre un carro nuevo, tirado por dos vacas, y que se la enviara por el camino que iba a la ciudad de Bet Semes, en la tierra de Israel.

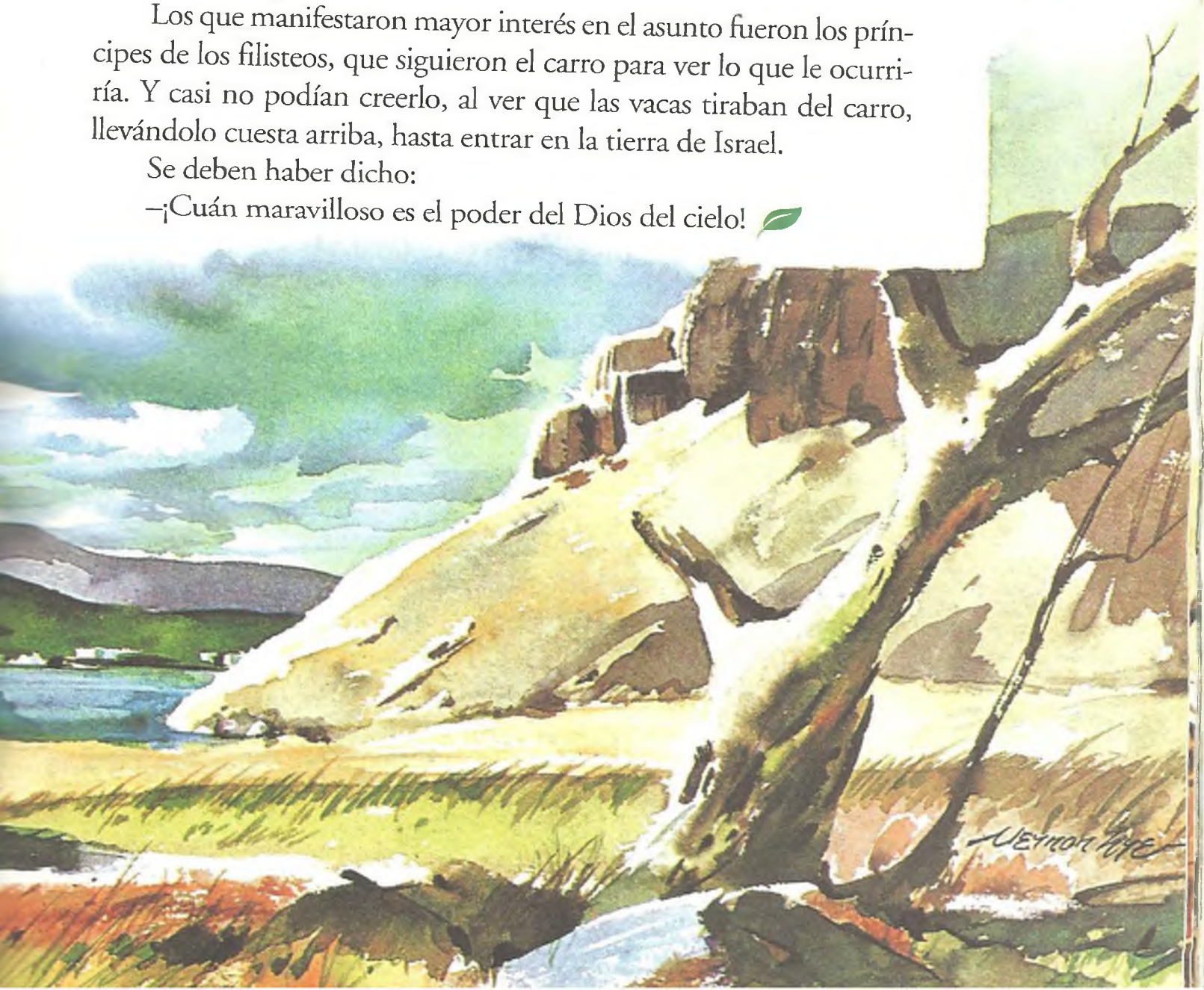
Si las vacas dejaban atrás a sus terneros y seguían el camino hasta llegar a Bet Semes, los filisteos debían considerar eso como una señal de que habían procedido bien, y de que todas las calamidades que habían sufrido provenían de haber retenido el arca.

Se reunió mucha gente para verla partir, pero nadie lamentó que se fuera. ¡Qué habrán pensado cuando comprobaron que las dos vacas tomaban por el camino real; "mugiendo... siguieron esa ruta sin desviarse para ningún lado".

Los que manifestaron mayor interés en el asunto fueron los príncipes de los filisteos, que siguieron el carro para ver lo que le ocurriría. Y casi no podían creerlo, al ver que las vacas tiraban del carro, llevándolo cuesta arriba, hasta entrar en la tierra de Israel.

Se deben haber dicho:

–¡Cuán maravilloso es el poder del Dios del cielo!



# Una advertencia desatendida

*(1 Samuel 7:5 a 8:22)*

CUANDO ofni y Finés se llevaron arca fuera del lugar santísimo, hicieron más daño del que se imaginaron. Ese día, la gloria se apartó no solo de Israel, sino también del tabernáculo. El arca nunca volvió a Siló.

Dado que el arca ya no estaba en Siló, y que había muerto Elí, Samuel volvió a su antiguo hogar en Ramá donde su madre quizá todavía vivía. Ella lo había consagrado al Señor en su infancia, y ahora su hijo volvía convertido en un sabio y vigoroso líder del pueblo.

Samuel construyó una casa en Ramá y se casó. Y desde ese lugar salía para recorrer todo Israel, instando a los israelitas a abandonar sus pecados y a adorar al Dios del cielo. "Todos los años recorría las ciudades de Betel, Guilgal y Mizpa, y atendía los asuntos del país en esas regiones".

Durante todos esos años los filisteos siguieron atacando a los israelitas, pero Samuel no dejó de decirle al pueblo de Dios que, si se volvían al Señor de todo corazón y abandonaban los dioses extraños

que había entre ellos, y le servían únicamente a él, todo marcharía bien. No necesitarían temer nunca más a los filisteos.

En cierta ocasión en que Samuel convocó a una reunión en Mizpa, llegó la noticia de que los filisteos se acercaban con un gran ejército. Todos se atemorizaron, pero Samuel siguió adelante con su servicio, orando al Señor para que los librara del enemigo.

Repentinamente, se oyeron grandes truenos en los cielos. Los filisteos se asustaron al oír los estruendos ensordecedores, y huyeron. Los israelitas los persiguieron hasta la frontera. Samuel tomó una piedra y, con ella, erigió un monumento recordativo de la gran liberación, al que llamó Ebenezer, diciendo: "El Señor no ha dejado de ayudarnos".

Gracias a la hábil conducción de Samuel, "subyugados... no volvieron a invadir su territorio". Y los israelitas hasta retomaron algunas ciudades tan importantes como Ecrón y Gat.

Un día, cuando ya Samuel estaba envejeciendo, los ancianos de Israel fueron a verlo a Ramá. Estaban preocupados por lo que ocu-

rriría en el futuro, después de la muerte del profeta. El problema era que, por desgracia, Samuel no había tenido más éxito en educar a sus hijos de lo que Elí había tenido con los suyos. Se había consagrado tan completamente a su obra de predicar y viajar de un lugar a otro, que no había dedicado tiempo para educar a sus hijos como debía, y ahora le estaban creando muchos problemas y verdadera aflicción. Su mayor deseo era que uno de ellos lo sucediera en el cargo, pero ninguno de los dos parecía ser digno de ello. Y todos lo sabían.

–"Tú has envejecido ya –le dijeron los ancianos–, y tus hijos no siguen tu ejemplo. Mejor danos un rey que nos gobierne, como lo tienen todas las naciones".

Samuel se horrorizó. ¡Un rey! Israel nunca había tenido un rey, sino a Dios. ¿Acaso el Señor no había sido para ellos más que un rey desde que los había sacado de Egipto? ¿Por qué necesitarían ahora un rey?

Samuel se sintió tan disgustado, que dejó a los ancianos y se fue solo para preguntarle a Dios qué debía hacer.

El Señor le indicó que hiciera lo que el pueblo le pedía, y que no lo tomara como un insulto personal:

–"En realidad, no te han rechazado a ti –le dijo–, sino a mí, pues no quieren que yo reine sobre ellos".

Samuel volvió a los ancianos y les advirtió lo que ocurriría si insistían en tener un rey.

–"Les quitará a sus hijos para que se hagan cargo de los carros militares y de la caballería, y para que le abran paso al carro real... Los hará... fabricar armamentos y pertrechos... También les quitará a sus hijas para emplearlas como perfumistas, cocineras y panaderas. Se apoderará de sus mejores campos, viñedos y olivares, y se los dará a

sus ministros... Además, les quitará sus criados y criadas, y sus mejores bueyes y asnos, de manera que trabajen para él".

¡Cuán ciertas eran sus palabras eran sus palabras! Pero los ancianos no quisieron prestar atención a su advertencia. Se enojaron y gritaron:

–"¡De ninguna manera! Queremos un rey que nos gobierne. Así seremos como las otras naciones, con un rey que nos gobierne y que marche al frente de nosotros cuando vayamos a la guerra".

No había forma de hacerles cambiar de parecer. Estaban seguros de que un rey era todo lo que necesitaban para librarse de sus problemas. Estaban equivocados, desesperadamente equivocados, pero no podían entenderlo. Tenían que aprenderlo por experiencia.

Cuando Samuel le relató al Señor lo que los ancianos habían dicho, Dios le dijo que hiciera lo que ellos querían.

–"Hazles caso –respondió el Señor–; dales un rey".

De manera que los ancianos se volvieron a sus lugares, y Samuel comenzó a buscar a un joven que fuera digno de convertirse en el primer rey de Israel.

# La elección del rey

*(1 Samuel 9:1 a 10:24)*

¿QUÉ harías si te pidieran que eligieras a alguien para ser rey? ¿Dónde lo buscarías? ¿Qué clase de persona tendría que ser? Ese era el problema de Samuel. Los ancianos de Israel le habían dicho: "¡Danos un rey!" Ahora le tocaba a Samuel encontrar uno.

Sin duda que pensó en todos los jóvenes buenos que había conocido en sus viajes por todo el país. Allí estaba ese muchacho alto y fornido, que había visto en una reunión en Guilgal; pero no, no era lo suficientemente bueno. Estaba también ese muchacho apuesto que vivía en un hogar que había visitado en Betel; pero no era bastante fornido. Sin embargo, en alguna parte debía haber un joven apto para el cargo, pero ¿quién era, y dónde estaba?

Entonces, un día, Dios le dijo a Samuel que no tendría que buscar más. El joven venía a su encuentro y llegaría a la ciudad a la mañana siguiente:

–"Mañana, a esta hora, te voy a enviar un hombre de la tierra de Benjamín. Lo ungirás como gobernante de mi pueblo".

A la mañana siguiente, Samuel se dirigió a la puerta de la ciudad y, desde allí, comenzó a observar a todos los que pasaban. A medida que la gente entraba, Samuel se preguntaba cuál de los hombres sería el que buscaba. Uno de ellos llegaría a ser el primer rey de Israel. Pero ¿cuál de ellos sería?

Entonces, alguien "joven y hermoso" apareció ante su vista. Alto, simpático y fornido, sobresalía de entre la multitud como si hubiera nacido para ser líder.

Mientras ese joven espléndido, que sobresalía de los hombros para arriba de todos los demás, se dirigía a Samuel, Dios le dijo al profeta:

–"Ahí tienes al hombre de quien te hablé; él gobernará a mi pueblo".

Por supuesto, este joven, que se llamaba Saúl, no sabía nada de todo el asunto. De hecho, nunca antes había visto a Samuel. Durante los últimos tres días había estado buscando las asnas perdidas de su padre, y en ese momento esas asnas eran todo lo que lo preocupaba. Su siervo le había sugerido que quizá el profeta que vivía en esa

ciudad podría decirles dónde se encontraban las asnas; y para eso había venido.

–"¿Podría usted indicarme dónde está la casa del vidente?" –preguntó Saúl.

–"Yo soy el vidente –respondió Samuel–. En cuanto a las burras que se te perdieron hace tres días, ni te preocupes, que ya las encontraron".

¿Cómo sabe él acerca de las asnas de mi padre?, se preguntó Saúl. ¿Cómo se enteró de que fueron halladas? Porque, desde luego, en esos días no había teléfonos.

Entonces, Samuel invitó a Saúl y a sus siervos a comer en su casa. Cuando entraron en el comedor, encontraron allí a unas 30 personas; y puedes imaginarte la sorpresa de Saúl cuando se le asignó, a él y a su siervo, el lugar de honor a la cabecera de la mesa. Y se sorprendió aún más cuando Samuel le dijo al cocinero que trajera la porción especial de alimento que había reservado para esa ocasión y la colocara delante de Saúl.

Todos los que estaban en el comedor deben haberse preguntado por qué se trataba con tanta consideración a ese forastero. Algunos quizás hayan pensado que era porque se trataba de un extraño que acababa de llegar a la ciudad; o tal vez porque estaba emparentado con Samuel. Samuel no dio ninguna explicación. Dejó que pensaran lo que quisieran. Algún día lo descubrirían.

Esa noche, Samuel y Saúl mantuvieron una larga conversación afuera, sobre la terraza de la casa del profeta. Luego se retiraron a dormir.

A la mañana siguiente, el profeta acompañó a Saúl y a su siervo hasta las afueras de la ciudad para despedirlos. Al llegar

allí le susurró a Saúl:

–"Dile al criado que se adelante".

El siervo obedeció. Entonces, Samuel destapó una pequeña vasija de aceite que había traído consigo y la derramó sobre la cabeza de Saúl. Después de eso lo besó, y le dijo que había sido ungido para ser el líder del pueblo del Señor.

Cuando Saúl se separó de Samuel, le ocurrió algo: "Dios le cambió el corazón". Eso significa que todos sus pensamientos y sus planes fueron cambiados. Hasta ese momento, él había pensado solamente en sí mismo; ahora comenzó a pensar en otros y en lo que podía hacer por su pueblo y por su Dios.

Samuel le dijo que, cuando llegara cerca del sepulcro de Raquel, se encontraría con dos hombres que le dirían que las asnas de su padre habían sido halladas. Luego, en la llanura de Tabor, se encontraría con tres hombres: Uno llevaría tres cabritos, otro tres panes, y otro una bota de vino. Estos le darían dos panes. Entonces, cuando llegara "a Guibeá de Dios", se encontraría con un grupo de profetas, cantando y profetizando, y él se uniría a ellos.

Todo sucedió exactamente como Samuel lo había predicho; y

esto ayudó a Saúl a creer que todo lo demás que el profeta le había dicho era verdad.

Algunos días después, Saúl fue a Mizpa. Miles de personas se habían reunido en ese lugar, y Saúl supuso que sería la ocasión en que Samuel lo presentaría como rey. Se atemorizó y se escondió entre el equipaje. Desde su escondrijo, podía escuchar a Samuel dirigiéndose a los israelitas, recordándoles todo lo que Dios había hecho por ellos desde que los había sacado de Egipto.

Luego, oyó que echaban suertes para determinar la tribu de la que provendría el nuevo rey. Quizá la suerte caería sobre la tribu de Judá, o tal vez sobre la tribu de Simeón. Si así ocurría, él se libraría.

Pero no. La suerte cayó sobre la tribu de Benjamín: su tribu.

Luego echaron suertes entre las familias de Benjamín, y entonces entre los miembros de la familia de Cis. Finalmente, se llamó su

nombre. "¡Saúl! ¡Saúl!", gritaron sus amigos. Pero él no contestó. El gran momento de su vida había llegado y no estaba listo para él. En cambio, estaba escondido detrás de un montón de frazadas, o de una pila de cacharros, o tal vez de un fardo de heno. Por fin, sus amigos lo encontraron.

Conducido a la presencia de Samuel por un grupo de personas muy entusiasmadas, Saúl miró a la multitud en el momento que el profeta decía:

–"¡Miren al hombre que el Señor ha escogido! ¡No hay nadie como él en todo el pueblo!"

Con gusto, Saúl se hubiera escapado, y habría vuelto a su granja o huido a cualquier parte, pero no podía hacerlo. De repente se oyó una gran ovación:

–"¡Viva el rey! ¡Viva el rey!"

# Saúl salva los ojos del pueblo

*(1 Samuel 11:1 a 12:25)*

NO todo el pueblo de Israel estaba contento con la elección de Saúl como rey. Algunos, con gesto despectivo, dijeron: "¿Y éste es el que nos va a salvar?" Mientras tanto, Saúl volvió a su casa y siguió trabajando en su granja como siempre. Se trataba, pues, de un monarca que no tenía palacio, ni parlamento, ni ejército, ni fuerza policial. Más de una vez debe haberse preguntado qué era lo que se esperaba que hiciera un rey.

Entonces, cierto día en que traía sus bueyes del campo, le llegaron noticias de que los amonitas habían sitiado a Jabés de Galaad, y amenazado con sacarles el ojo derecho a todos los habitantes de la ciudad.

Aquel era un desafío, y Saúl lo aceptó. En seguida se dio cuenta de lo que debía hacer un rey. Rápidamente, envió mensajeros por todo Israel, pidiendo voluntarios que fueran con él para salvar a los ciudadanos de Jabés de Galaad de los crueles amonitas. Trescientos treinta mil hombres se presentaron rápi-

damente, listos para la batalla.

Saúl cobró ánimo al ver ese poderoso ejército, les comunicó a los mensajeros de Jabés de Galaad que se apresuraran a volver a la ciudad y les dijeran a sus atemorizados amigos:

–"Mañana, cuando más calor haga, serán librados".

Los hombres de Israel marcharon toda esa noche, con Saúl al frente. Entonces, a primera hora de la mañana, cayeron sobre los amonitas y los tomaron por sorpresa, derrotándolos tan completamente, que en el campamento enemigo "no quedaron dos hombres juntos".

Así fue librada Jabés de Galaad, y Saúl salvó los ojos del pueblo. Todos se sentían tan felices por esa victoria, la primera bajo la dirección de Saúl, que alguien preguntó:

–"¿Quiénes son los que no querían que Saúl reinara sobre nosotros? Entréguenlos, que vamos a matarlos.

–"¡Nadie va a morir hoy! –intervino Saúl–. En este día el Señor ha librado a Israel".

Samuel vio en todo eso una magnífica ocasión para brindarle a Saúl una mejor ceremonia de coronación como nuevo rey. Por lo tanto, sugirió que todos fueran a Guilgal "para confirmar a Saúl como rey". Así lo hicieron. Alentados por el espíritu de la victoria, miles de los que habían respondido al llamamiento de Saúl para salvar a Jabés de Galaad trasladaron sus tiendas a Guilgal. Aun cuando ya había sido elegido rey, en esa oportunidad volvieron a proclamarlo en medio de gran regocijo.

Samuel ofreció sacrificios, y el pueblo comió y bebió hasta quedar satisfechos. Las cosas no habían marchado tan bien desde hacía mucho tiempo.

–"Pues bien, aquí tienen al rey que pidieron y que han escogido –dijo dirigiéndose a la vasta asamblea–. Si ustedes y el rey

que los gobierne temen al Señor su Dios, y le sirven y le obedecen, acatando sus mandatos y manteniéndose fieles a él, ¡magnífico! En cambio, si lo desobedecen y no acatan sus mandatos, él descargará su mano sobre ustedes".

Fervorosamente les rogó:

–"No se aparten del Señor; más bien, sírvanle de todo corazón... Por amor a su gran nombre, el Señor no rechazará a su pueblo... Pero los exhorto a temer al Señor y a servirle fielmente y de todo corazón, recordando los grandes beneficios que él ha hecho en favor de ustedes".

En ese momento, todos querían obrar bien y servir al Señor con todo su corazón para siempre. Pero ¡cuán rápidamente se olvidaron de todas sus buenas resoluciones! ¡Cuán pronto se metieron otra vez en dificultades!

# El precio de la impaciencia

*(1 Samuel 13:1-16)*

SAÚL había reinado menos de dos años, cuando las cosas nuevamente comenzaron a andar mal. Se había quedado con 3.000 de los hombres que habían acudido a su llamado para luchar contra los amonitas como una especie de guardia real, y el resto fue enviado a su casa. De este ejército de 3.000 hombres, 1.000 quedaron bajo el liderazgo de su hijo Jonatán.

Como buen joven obstinado que era, Jonatán suscitó dificultades con los filisteos atacando una de sus cuarteles. En venganza, los filisteos reunieron un tremendo ejército de 3.000 carros y 6.000 jinetes, y "un ejército tan numeroso como la arena a la orilla del mar", y marcharon contra Israel.

Cuando los israelitas se enteraron de esta nueva invasión, se aterraron. "Por eso tuvieron que esconderse en las cuevas, en los matorrales, entre las rocas, en las zanjas y en los pozos". Muchos huyeron buscando refugio al otro lado del Jordán. "Saúl se había quedado en Guilgal, y todo el ejército que lo acompañaba temblaba de miedo".

*El Precio De La Impaciencia*

Samuel le había dicho a Saúl que, en el término de siete días, se encontraría con él en ese lugar; pero pasaban los días y el profeta no llegaba. Mientras tanto, los soldados que estaban con Saúl se iban dispersando. Cuando llegó el séptimo día, la guardia real había quedado reducida a solo 600 soldados.

El joven rey se impacientó. ¿Por qué no cumplía Samuel su promesa? Él sabía muy bien cuán grave era la situación. Pronto desaparecería todo el ejército.

Entonces, se le ocurrió algo. No esperaría más al profeta. Él mismo ofrecería el sacrificio en lugar de Samuel. ¿Por qué no? Después de todo, ¿no era él el rey?

De modo que mató el animal dispuesto para el sacrificio, y lo ofreció en holocausto sobre el altar. Todavía quedaba algo de humo cuando Samuel llegó. Saúl se apresuró a ir a recibirlo, pero en el rostro del anciano se advertía una expresión de dolor.

–"¿Qué has hecho?" –le dijo.

Saúl explicó el asunto lo mejor que pudo.

–"Pues como vi que la gente se desbandaba, que tú no llegabas en el plazo indicado, y que los filisteos se habían juntado... Por eso me atreví a ofrecer el holocausto".

–"¡Eres un necio! –le replicó Samuel–. No has cumplido el mandato que te dio el Señor tu Dios".

Al no esperar a Samuel, y al ofrecer él mismo el holocausto, algo que no debía haber hecho, Saúl había revelado una gran debilidad de carácter. Había mostrado que no era la clase de hombre que Samuel había pensado. No era suficientemente sabio ni bueno como para ser rey, porque no sabía obedecer.

–"Tu reino no permanecerá" –le advirtió el profeta.

Entonces, como si fuera una última estocada, añadió:

–"El Señor ya está buscando un hombre más de su agrado, pues tú no has cumplido su mandato".

En un momento así, esas eran palabras muy duras, pero indudablemente Saúl lo necesitaba. Poco después, Samuel se fue, y Saúl fue librado a su suerte, con solo 600 hombres para enfrentar a las fuerzas de los filisteos que avanzaban.

Contemplando las brasas del sacrificio que acababa de ofrecer, deseó no haber sido tan precipitado, y comenzó a preguntarse si realmente Dios lo habría abandonado tan pronto.

Desanimado, condujo al grupo de sus fieles seguidores al lugar de mayor seguridad que pudo encontrar, "al extremo de Gabaa", y estableció su comando debajo de un granado. Más de una vez habrá deseado no haber salido nunca a buscar las asnas de su padre. Entonces, nunca se hubiera encontrado con Samuel, ni hubiera sido hecho rey, y nunca se hubiera visto en ese terrible aprieto.

Ahora no sabía qué hacer. La causa de Israel parecía desesperada. ¿Qué podría hacer con solo 600 hombres?

# El valiente joven príncipe

*(1 Samuel 14:1-45)*

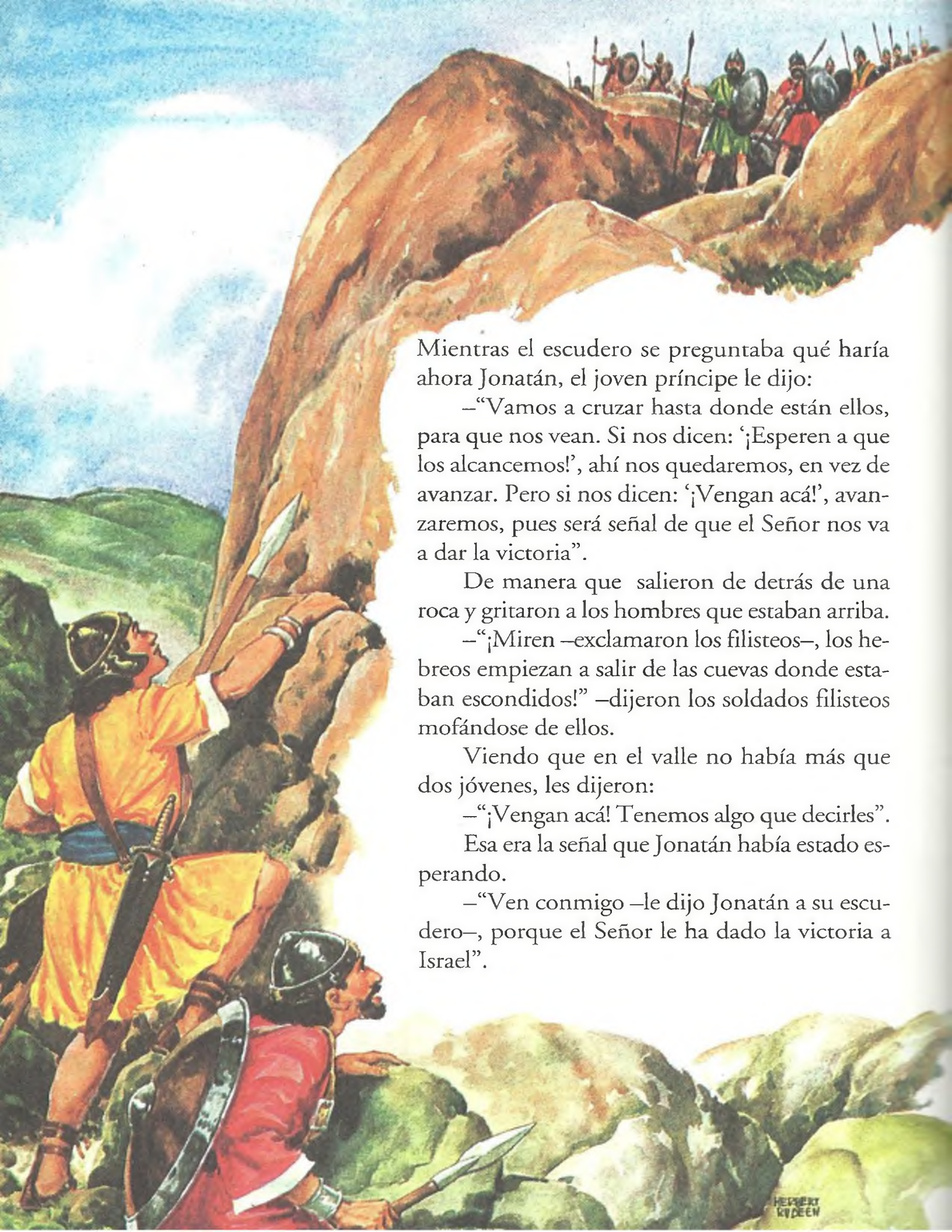
HABÍA al menos una persona de entre los que acompañaban a Saúl que no estaba desanimada, y ese era Jonatán. Él sabía que los filisteos tenían 3.000 carros y 6.000 jinetes, al igual que cuán pocos eran los hombres que habían quedado con su padre. Sin embargo, estaba seguro de que Dios todavía podía salvar a Israel, si así lo quería.

Un día, sin decirle nada a su padre, salió del campamento con su escudero, y se dirigió por un camino rocoso hacia el ejército de los filisteos.

–"Vamos –le dijo a su escudero–. Espero que el Señor nos ayude, pues para él no es difícil salvarnos, ya sea con muchos o con pocos".

Esa declaración era realmente notable; y Dios ama a los jóvenes que poseen semejante fe y valor.

Juntos, los dos jóvenes se fueron deslizando de una piedra a otra, hasta que llegaron a una distancia como de un tiro de flecha de una guarnición filistea apostada en lo alto de un acantilado.



Mientras el escudero se preguntaba qué haría ahora Jonatán, el joven príncipe le dijo:

–"Vamos a cruzar hasta donde están ellos, para que nos vean. Si nos dicen: '¡Esperen a que los alcancemos!', ahí nos quedaremos, en vez de avanzar. Pero si nos dicen: '¡Vengan acá!', avanzaremos, pues será señal de que el Señor nos va a dar la victoria".

De manera que salieron de detrás de una roca y gritaron a los hombres que estaban arriba.

–"¡Miren –exclamaron los filisteos–, los hebreos empiezan a salir de las cuevas donde estaban escondidos!" –dijeron los soldados filisteos mofándose de ellos.

Viendo que en el valle no había más que dos jóvenes, les dijeron:

–"¡Vengan acá! Tenemos algo que decirles".

Esa era la señal que Jonatán había estado esperando.

–"Ven conmigo –le dijo Jonatán a su escudero–, porque el Señor le ha dado la victoria a Israel".

Mientras tanto él comenzaba a treparse hacia el tope del acantilado. Los filisteos fueron tomados completamente por sorpresa, porque nunca imaginaron que los dos jóvenes pelearían, especialmente después de haber recorrido todo el camino de ascenso a ese peñasco tan empinado. Pero ellos no conocían a Jonatán ni a su escudero.

Desenvainando sus espadas, los dos jóvenes hirieron a unos veinte hombres. Justamente en ese momento, en medio de la pelea, se produjo un gran temblor. Las mismas montañas parecían temblar. El pánico se apoderó de los filisteos, y comenzaron a pelear entre sí.

En ese instante, el vigía de Saúl que estaba en Guibeá notó que algo andaba mal en el campamento de los filisteos. Parecía que el poderoso ejército "huía en desbandada".

El valor renació en el grupito de 600 hombres. Tan rápido como les fue posible, corrieron hacia el ejército enemigo, donde "era tal la confusión entre los filisteos, que se mataban unos a otros".

Los israelitas salían en número creciente de sus escondrijos y se unían en la batalla. Cuando los filisteos los vieron venir, comenzaron a huir, y los israelitas obtuvieron una gran victoria.

"Así –mediante la fe y la valentía de Jonatán y de su escudero– libró el Señor a Israel aquel día".

Pero Saúl había hecho otra cosa necia que echó a perder todo. Por alguna razón desconocida, cuando iban a la batalla, dijo a sus soldados:

–"¡Maldito el que coma algo antes del anochecer!"

De manera que, aun cuando estaban muy hambrientos, los soldados no comieron nada en todo el día.

Algunos de ellos, mientras perseguían a los filisteos, llegaron a

un bosque y encontraron un gran panal de miel que "corría como agua", quizá en un tronco hueco. ¡Qué rica parecía! Pero no se animaron a tocarla, no fuera que Saúl los matara.

En ese momento, llegó Jonatán y vio la miel. Como él no había escuchado la orden de su padre de ayunar, se adelantó y comió un poco de miel.

–Esto va a traer dificultad –le advirtió uno de los hombres que lo vio comer.

Pero Jonatán se rió de la advertencia. Él no comprendía por qué la gente debía abstenerse de comer en un día como ese.

–"Miren cómo me volvió el color al rostro cuando probé un poco de esta miel" –dijo en tono de broma, declarando que la vitoria podría haber sido mucho mayor si todos hubieran podido comer también un poco de miel.

La dificultad se produjo muy pronto. Aunque nadie le contó a Saúl lo que Jonatán había hecho, él oyó rumores de que alguien había comido ese día, y juró que lo iba a descubrir.

Estaba tan enojado porque alguien lo había desobedecido, que casi se olvidó de que ese era un día de triunfo –cuando todos debían sentirse felices y agradecidos– y juró que mataría al culpable aun cuando fuera su propio hijo.

Entonces reunió a todos sus hombres y les dijo que se pusieran a un lado, y él y Jonatán se pondrían al otro. Después, ordenó que se echaran suertes entre las dos partes. Así se hizo. Y puedes imaginarte la sorpresa cuando la suerte cayó sobre él y Jonatán. En ese momento, se podría haber oído volar una mosca.

Entonces Saúl ordenó:

–"Echen suertes entre mi hijo Jonatán y yo".

Otra vez se echaron suerte, y esta cayó sobre Jonatán.

Esto puso a Saúl en aprietos.

–"Cuéntame lo que has hecho" –le preguntó severamente, mientras todos observaban la escena, reteniendo el aliento.

–"Es verdad que probé un poco de miel con la punta de mi vara –respondió Jonatán–. ¿Y por eso tengo que morir?"

Herido en su amor propio, Saúl dijo muy enojado:

–"Jonatán, si tú no mueres, ¡que Dios me castigue sin piedad! –exclamó Saúl".

Entonces, ocurrió una cosa magnífica.

Del pueblo se elevó un clamor de protesta.

–"¡Cómo va a morir Jonatán, siendo que le ha dado esta gran victoria a Israel! ¡Jamás! Tan cierto como que el Señor vive, que ni un pelo de su cabeza caerá al suelo, pues con la ayuda de Dios hizo esta proeza".

"Así libraron a Jonatán de la muerte".

# Obediencia, no sacrificios

*(1 Samuel 15:1-28)*

CERCA de la tierra de Israel vivía el pueblo de los amalecitas. Habían llegado a ser tan malvados, que Dios ordenó que fueran destruidos. Tal como hacía mucho tiempo había tenido que enviar fuego del cielo para quemar a Sodoma y Gomorra, el Señor enviaba ahora a Israel para destruir a los amalecitas. Eran tan malos, que no quedaba ninguna esperanza de que se arrepintieran de sus pecados.

Samuel trajo el mensaje de Dios a Saúl y le ordenó:

–"Ve y ataca a los amalecitas ahora mismo. Destruye por completo todo lo que les pertenezca".

Eso no iba a ser una guerra común, sino un castigo divino. No debía tomarse ninguna clase de botín. No debía perdonarse nada, ni siquiera los animales.

Saúl entendió perfectamente lo que debía hacer. No era una tarea placentera, pero como Dios le había ordenado que lo realizara, trazó planes para llevarla a cabo. Nuevamente, envió mensajeros por toda la tierra de Israel, pidiendo hombres para su

ejército. Esta vez, 210.000 hombres respondieron a su llamado.

Los amalecitas no pudieron hacer nada frente a tantos. Fueron completamente derrotados. Solo Agag su rey fue dejado con vida, y "preservaron las mejores ovejas y vacas, los terneros más gordos y, en fin, todo lo que era de valor".

Se eliminaron todos los animales inútiles, pero los que parecían fuertes y sanos... daba lástima matarlos. Al fin y al cabo, eran muy valiosos. Los animales buenos eran escasos.

De manera que los 210.000 hombres volvieron de la tierra de los amalecitas arreando centenares de ovejas y muchas vacas. Parecía un ejército que volvía trayendo el botín de la batalla.

Saúl se sentía muy satisfecho consigo mismo. Se había realizado una tarea desagradable. El pueblo se sentía feliz con el botín que había obtenido. Tendría alimento para mucho tiempo. Considerando las cosas en conjunto, todo había salido muy bien. Indudablemente que Samuel estaría contento y agradecido cuando oyera la historia.

Pero Samuel no estuvo ni contento ni agradecido.

Cuando el anciano profeta llegó al campamento, Saúl, muy sonriente, se apresuró a ir a su encuentro.

–"¡Que el Señor te bendiga! He cumplido las instrucciones del Señor".

–"Y entonces –dijo Samuel, mirándolo severamente–, ¿qué significan esos balidos de oveja que me parece oír? ¿Y cómo es que oigo mugidos de vaca?"

–"Son las que nuestras tropas trajeron del país de Amalec –respondió Saúl, que siempre tenía lista una excusa–. Dejaron con vida a las mejores ovejas y vacas para ofrecerlas al Señor tu Dios, pero todo lo demás lo destruimos".

–"¡Basta! –lo interrumpió Samuel–. Voy a comunicarte lo que el Señor me dijo anoche.

–"Te escucho –respondió Saúl".

–"¿No es cierto que, aunque te creías poca cosa, has llegado a ser jefe de las tribus de Israel? ¿No fue el Señor quien te ungió como rey de Israel, y te envió a cumplir una misión? Él te dijo:

'Ve y destruye a esos pecadores, los amalecitas. Atácalos hasta acabar con ellos'. ¿Por qué, entonces, no obedeciste al Señor? ¿Por qué echaste mano del botín e hiciste lo que ofende al Señor?"

–"¡Yo sí he obedecido al Señor! –insistió Saúl–. He cumplido la misión que él me encomendó... Y del botín, los soldados tomaron ovejas y vacas con el propósito de ofrecerlas en Guilgal al Señor tu Dios".

–"¿Qué le agrada más al Señor: que se le ofrezcan holocaustos y sacrificios, o que se obedezca lo que él dice? El obedecer vale más que el sacrificio, y el prestar atención, más que la grasa de carneros".

Y luego añadió estas solemnes palabras:

–"Y como tú has rechazado la palabra del Señor, él te ha rechazado como rey".

¡Rechazado! Saúl estaba conmocionado. Nunca pensó que ocurriría una cosa semejante. ¡Y todo por unas pocas ovejas y vacas! ¡Seguramente que Dios no lo despojaría del reino por un asunto tan insignificante como este! Sin embargo, él no había aprendido cuán importante era la obediencia a la vista de Dios.

–"Te ruego que perdones mi pecado" –clamó suplicando que se le diera otra oportunidad.

Pero era demasiado tarde.

Samuel meramente repitió lo que le había dicho antes:

–El Señor "te ha rechazado como rey de Israel".

Cuando el profeta se volvió para partir, Saúl lo agarró de sus vestidos, como para evitar que se fuera, y el manto se rasgó.

Mirando el manto rasgado, Samuel dijo:

–"Hoy mismo el Señor ha arrancado de tus manos el reino de Israel, y se lo ha entregado a otro más digno que tú".

De manera que no había ninguna esperanza. Saúl estaba abrumado de dolor. ¡Cuán necio había sido! ¡Qué precio tenía que pagar por su error!

Esa noche, mientras estaba acostado en su tienda, escuchando el balido de las ovejas y el mugido de las vacas que debiera haber destruido, una y otra tras vez deben haber acudido a su mente aquellas memorables palabras: "El obedecer vale más que el sacrificio, y el prestar atención, más que la grasa de carneros".

Obediencia... obediencia... obediencia.

Así aprendió Saúl, demasiado tarde, que la obediencia, y no los sacrificios, es lo que Dios desea de todos nosotros.

# Dios encuentra otro muchacho

*(1 Samuel 16:1-13)*

MIENTRAS Saúl yacía en su tienda esa noche, pensando en todo lo que Samuel le había dicho, comenzó a preguntarse qué habría querido decir el profeta cuando afirmó que el reino le sería quitado y entregado a otro *mejor que él*.

¡A otro!, pensó. ¿A qué otro?

Su mente repasó a todos los que conocía... Luego pensó en Jonatán. Sí, ¿qué pasaría con Jonatán? ¿Iba a ser castigado por causa del pecado de su padre?

Por mucho que se esforzó, Saúl no pudo encontrar ninguna respuesta a sus preguntas. Si Dios estaba buscando otro rey, no había dado ningún indicio de quién sería. Es decir, no a Saúl.

Pero Dios tenía a Samuel.

–"Voy a enviarte a Belén –le dijo Dios–, a la casa de Isaí, pues he escogido como rey a uno de sus hijos".

Cuando Samuel llegó a la casa de Isaí, pronto descubrió que tendría que resolver un problema mayor del que había esperado. Porque

Isaí tenía muchos hijos, todos ellos jóvenes altos, fuertes y simpáticos. ¿Cómo podía saber él a quién había elegido Dios para que fuera el próximo rey de Israel?

Por supuesto, Samuel no le confió a nadie el propósito de su visita. No hubiera sido sabio. En su lugar, dijo que había venido para ofrecer un sacrificio, y los habitantes del lugar aceptaron su explicación como única razón de su visita.

Después del sacrificio, Samuel le pidió a Isaí que le presentara a sus hijos, y este estuvo muy gustoso de hacerlo.

El primer fue Eliab, el mayor. Era un joven alto y de tan buen parecer, que Samuel pensó que ese sería el muchacho a quien debía ungir. Pero Dios le dijo:

–"No te dejes impresionar por su apariencia ni por su estatura, pues yo lo he rechazado. La gente se fija en las apariencias, pero yo me fijo en el corazón".

*Dios Encuentra Otro Muchacho*

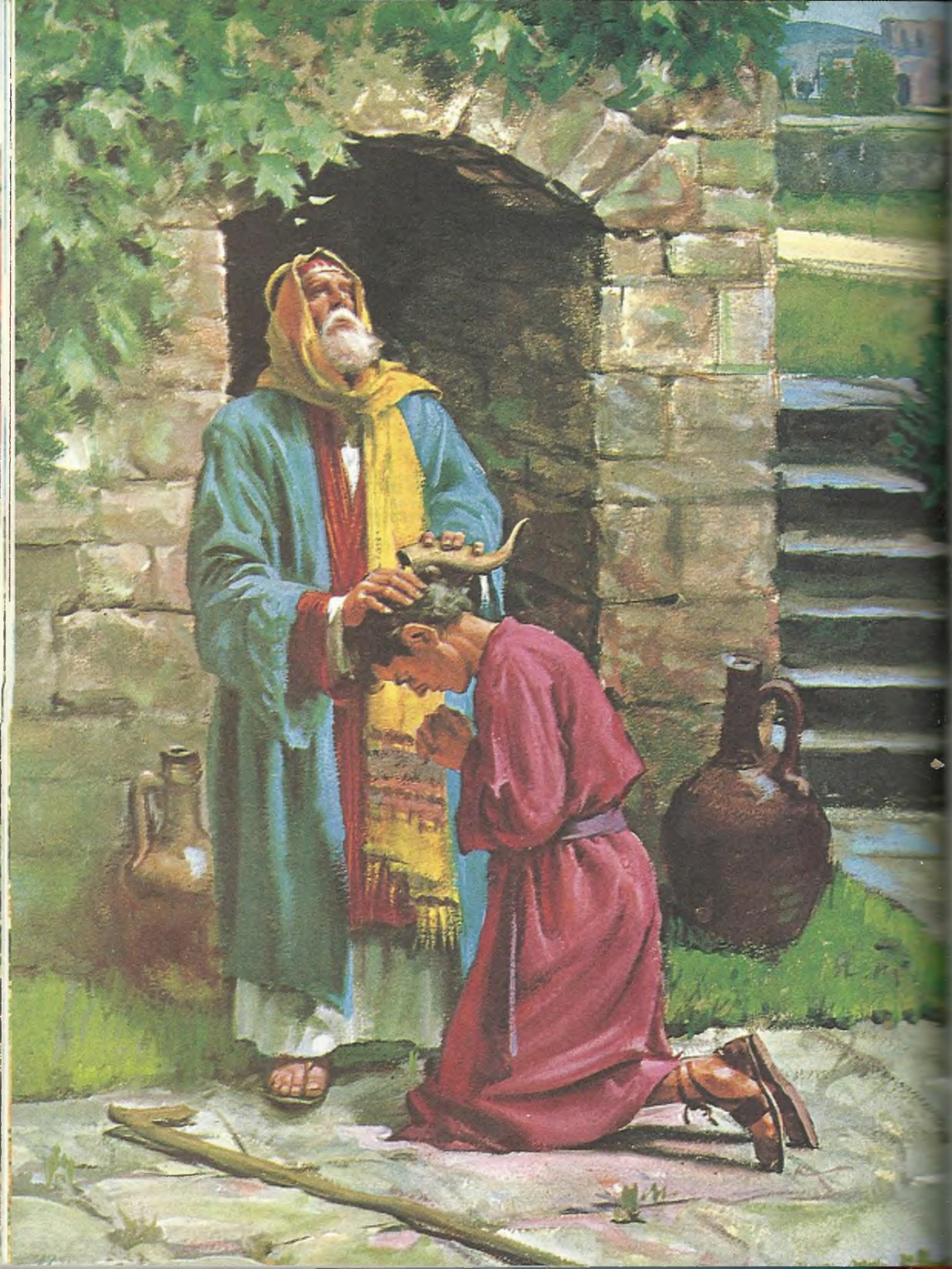
La Biblia no dice exactamente por qué Dios no eligió a Eliab. Habrá sido por alguna debilidad de su carácter que no lo hacía apto para ser rey. Sus padres no la conocían, ni tampoco sus hermanos ni amigos. Aunque Dios sí, y eso bastaba.

Entonces Isaía llamó a su segundo hijo, Abinadab. Pero mientras Samuel lo saludaba calurosamente, Dios le susurró que tampoco había escogido él a ese muchacho. Luego fue presentado Sama, y otra vez volvió a ocurrir la misma cosa.

Entonces, Isaía trajo a su cuarto hijo, a su quinto, a su sexto y a su séptimo. Pero a medida que los muchachos iban pasando, Dios le fue diciendo a Samuel: "Este no", "este no", "este no".

Para entonces Samuel se sentía realmente perplejo. Dios había rechazado a los siete hijos de Isaí y, hasta donde él supiera, no había más. ¿Qué ocurriría? ¿Había cometido una equivocación? ¿Debía considerarlos de nuevo?

Entonces se le ocurrió una brillante idea.



–Isaí –le dijo–, "¿son éstos todos tus hijos?"

–Bueno, no –respondió Isaí–. "Queda el más pequeño, pero está cuidando el rebaño".

–"Manda a buscarlo –insistió Samuel".

Pensó que, seguramente, ese debía ser el muchacho en quien Dios estaba pensando, y con ansiedad esperó su llegada.

Mientras tanto, allá en las onduladas colinas de Belén, el joven David, acostado sobre la hierba verde, contemplaba las nubes blancas y algodonosas que cruzaban por el cielo azul y transparente, y tarareaba una tonada mientras el rebaño de su padre mordiscaba a su alrededor el pasto corto. El suave balido de las ovejas añadía quietud a la apacible escena.

Repentinamente, la quietud fue perturbada por un grito distante.

–¡David! ¡David!

David se paró de un salto. Alguien lo estaba llamando.

Era uno de los siervos de confianza de su padre.

–Aquí estoy. ¿Qué quieres?

El siervo subió corriendo la colina, jadeante.

–¡David!

–¿Qué pasa? –preguntó David.

–Tu padre quiere que vayas inmediatamente. Ha venido Samuel.

–¿Samuel? ¿El profeta Samuel?

–Sí. Va a quedarse a comer, y quiere verte.

–¿Verme a mí? ¡Oh, no! ¿Por qué querría verme a mí?

–Pero él quiere verte, y tu padre dice que vayas inmediatamente.

No se nos dice qué hizo David con el rebaño. Quizá el siervo



← ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

**En cuanto el profeta Samuel vio la sonrisa de David y la bondad que se reflejaba en sus ojos, se dio cuenta de que ese era el muchacho a quien Dios había escogido para que fuera rey.**

quedó en su lugar para cuidarlo. Sea como fuere, dado que era un muchacho obediente, corrió a la casa tan rápido como pudo, preguntándose durante todo el camino qué ocurriría, y por qué el gran profeta Samuel deseaba verlo.

No tuvo tiempo para lavarse. Isaí lo trajo lo llevó inmediatamente ante Samuel.

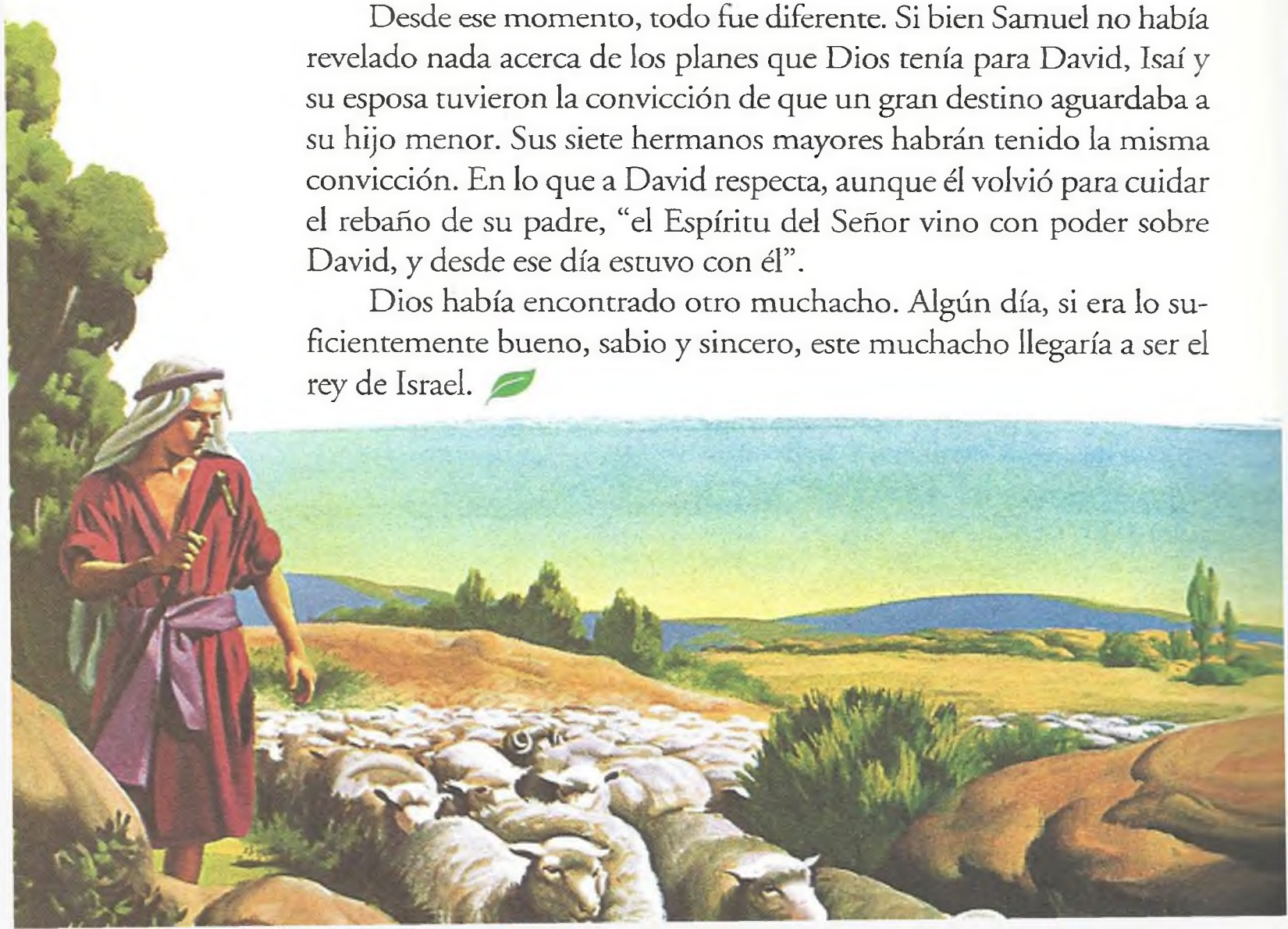
Al llegar a la presencia de un hombre tan famoso, David se ruborizó. Pero su sonrisa afable, su actitud amigable, y la bondad que brillaba en sus expresivos ojos, conquistaron en seguida el corazón de Samuel. En ese instante, el profeta escuchó la voz de Dios que le decía:

–"Éste es; levántate y úngelo".

Sin decir una palabra, Samuel tomó su vasija de aceite y la derramó sobre la cabeza de David.

Desde ese momento, todo fue diferente. Si bien Samuel no había revelado nada acerca de los planes que Dios tenía para David, Isaí y su esposa tuvieron la convicción de que un gran destino aguardaba a su hijo menor. Sus siete hermanos mayores habrán tenido la misma convicción. En lo que a David respecta, aunque él volvió para cuidar el rebaño de su padre, "el Espíritu del Señor vino con poder sobre David, y desde ese día estuvo con él".

Dios había encontrado otro muchacho. Algún día, si era lo suficientemente bueno, sabio y sincero, este muchacho llegaría a ser el rey de Israel.



# 3

## ¡Los israelitas se están acercando a la tierra que Dios les prometió!

*Este tomo de Las bellas historias comienza con Levítico 9, que presenta a los hijos de Israel mientras recorren todo el desierto a pie después de escapar de Egipto.*

*Encontrarás historias fascinantes acerca de espías, una serpiente de bronce, un burro que habla, la conquista de Jericó y las aventuras de Sansón, el hombre más fuerte que haya vivido alguna vez. El tomo 3 termina con el profeta Samuel ungiendo a David como el nuevo rey de Israel (1 Samuel 16).*

La ilustración de la portada es de Harry Anderson